

**LAS RATAS INVADEN LA  
ESCENA DEL CUÁDRUPLE  
CRIMEN(Y OTRAS CRÓNICAS)**

UNA ANTOLOGÍA DE NO FICCIÓN

**JAVIER SINAY**

© Javier Sinay  
Abril 2016

[brigadaparaleerenlibertad@gmail.com](mailto:brigadaparaleerenlibertad@gmail.com)  
[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)

Esta es una publicación del H. Ayuntamiento de Nezahualcóyotl  
y Para Leer en Libertad AC.

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Ezra Alcázar.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

**Ratas**



## Las ratas invaden la escena del cuádruple crimen

*A un año y medio de la masacre en La Plata, los roedores se adueñan del departamento de Susana de Bártole y causan pánico entre los vecinos.*

—Después de todo eso, el departamento quedó abandonado. Y ahora está lleno de ratas —dice Silvia Matsunaga, una vecina de Susana de Bártole, Bárbara Santos y Micaela Galle, la abuela, la madre y la nieta que en las primeras horas de 26 de noviembre de 2011 fueron víctimas, junto a Marisol Pereyra (una amiga de la señora de Bártole), del cuádruple crimen de La Plata.

Matsunaga, que todos los días se cruzaba con ellas, forjó a lo largo de los años un vínculo casi familiar, y todavía siente que ellas están presentes en el departamento del fondo, el número 5 del condominio del 467 de la calle 28. Pero sabe que las únicas habitantes de esa casa ahora son las lauchas.

—En un mismo día hemos matado a dos —sigue. —¿Sabés lo que debe ser ahí adentro? Está todo cerrado y no sabemos quién tiene las llaves, aparte de la policía, que entró para hacer todo lo que tenía que hacer pero ya hace tiempo. Ahora encontramos un agujerito en la puerta de la casa, que es de metal pero se está pudriendo, y las ratas entran y salen por ahí como quieren. Y nosotros no podemos vivir en un ambiente lleno de ratas; es insalubre.

---

## Una antología de no ficción

Mientras Matsunaga y los demás vecinos reclaman por la desratización, la defensa del sospechoso Osvaldo Emir Martínez, mejor conocido como “el Karateca” (aunque hace varios años que dejó la práctica del karate), apeló la semana pasada la elevación a juicio que propuso el fiscal Álvaro Garganta y que firmó el juez de garantías Guillermo Federico Atencio, acusados por esa misma defensa de parcialidad en contra de Martínez.

Aunque el departamento permanece cerrado, los trámites de sucesión ya han comenzado. El heredero y futuro dueño sería Daniel Galle, el padre de Micaela, la niña muerta. Los criminalistas establecieron que la primera en ser asesinada fue Susana de Bártole; la segunda, Bárbara Santos; y la tercera, Micaela Galle. De modo que el departamento debe ser tomado por el heredero natural de esta última víctima: su padre.

—Yo me quejé por el asunto de las lauchas con el fiscal Garganta y él me dijo que se iba a encargar y que lo llamara, pero lo estuve llamando y no lo encontré —sigue ahora la vecina.

—Queremos al menos que desinfecten, porque ahí adentro hay ropa, frazadas, cajas y papel, y la heladera debe estar llena de comida... Olor ahora ya no hay, pero sí hay moscas. El único que me dijo algo fue el comisario Pedro Beltrame: “La solución más rápida es que haga un escrito y que lo firmen todos los vecinos”, me sugirió. En eso estamos.

*[Publicado en elidentikit.com, el 22 de mayo de 2013]*

## Cuatro mujeres muertas

*En 2011, la sociedad argentina se estremeció con un cuádruple crimen salvaje: una abuela, una madre, una hija y una amiga fueron asesinadas a puñaladas. Pero la Justicia nunca terminó de resolver el caso.*

A las siete de la mañana del 27 de noviembre de 2011, un muchacho llamado Facundo González abrió la puerta de su casa para ir a trabajar y quedó de cara a un pasillo lleno de huellas rojizas. El corredor unía los cinco departamentos que formaban parte del condominio, y las pisadas — oscuras, salpicadas, confusas — salían de la puerta contigua, la de sus vecinas del timbre 5. Era domingo y el silencio en la ciudad de La Plata era total.

—Che, papá... Mirá lo que hay acá... —le dijo Facundo a su viejo.

El hombretón apareció por detrás. Se llamaba Rubén, y lucía ojeroso y despeinado. Había dormido mal. En el medio de la noche se había despertado escuchando gritos y lamentos, y se había desvelado pensando en el origen del ruido. Había dos explicaciones. Podían ser las nenas del vecino: dos chiquillas que lloraban por cualquier cosa y que se peleaban entre ellas todo el tiempo. O podían ser las ratas: en los últimos tiempos habían aparecido algunas en el condominio y los vecinos les habían declarado la guerra. El mismo Rubén había cazado dos adentro de su casa. Las había tenido que acorralar

---

## Una antología de no ficción

detrás de un mueble; no había sido fácil. Eran bichos veloces, incluso astutos, y era probable —había pensado Rubén aquella noche— que los golpes y los sollozos respondieran a una cacería doméstica.

A la mañana siguiente, sin embargo, la hipótesis cambió. O se confirmó.

Rubén se asomó por detrás de su hijo, siguió con la mirada las huellas del pasillo y se detuvo en la entrada de sus vecinas, a un metro de su propia nariz. La puerta estaba entreabierta. Y permitía ver un charco de sangre en el descanso del ingreso al departamento. No había nada más. O mejor dicho: Rubén no quiso ver nada más. En cambio entró a su casa y levantó el teléfono. Discó 911.

—Señorita, acá hay algo raro... —le dijo a la operadora de la policía.

Era raro, por cierto. Y atroz: sus vecinas estaban muertas y faltaba poco para que los agentes llegaran y descubrieran los cuerpos.

Susana de Bártole, de sesenta y tres años, yacía en la cocina —el ambiente contiguo al descanso de entrada— sobre un gran charco de sangre. Los peritos advirtieron que había sido golpeada en la cabeza con un elemento voluminoso y pesado, tal vez un palo de amasar o un pisapapeles. También notaron que había recibido algunas trompadas y varias puñaladas en el cuello, en el tórax y en uno de sus brazos —con dos cuchillos diferentes y con un destornillador. Y que debajo de sus uñas había restos de piel arrancada en un rasguño: “ADN perfil NN1”, en el léxico frío de los forenses. En el comedor, siguiendo el recorrido de la casa, apareció el cadáver de Bárbara Santos, de veintinueve años: la única hija de Susana. Podía suponerse que para ella el horror había comenzado en el

baño. Allí había sido sorprendida, después de la ducha y justo antes de lavarse los dientes —el cepillo había quedado con la pasta en el lavatorio. Bárbara había corrido unos metros, pero no había tenido suerte: fue la más castigada de las víctimas. En las manos —con las que había intentado defenderse— y en la cabeza —donde asomaba el hueso del cráneo— había recibido varios golpes con un palo de amasar que fue hallado por los forenses sobre una mesita de la sala, al lado de unas estatuillas de porcelana y de unos retratos familiares. Había más: un relámpago de puño le había desprendido un diente; al caer sobre una mesa de vidrio —o ser golpeada contra ella a propósito— se había cortado la cara; y el filo del puñal había pasado setenta y seis veces por su cara, su cuello, su torso, su abdomen, los brazos y una de sus piernas. El agresor —podía deducirse— había iniciado el ataque de frente y lo había continuado por detrás: el reguero de sangre con el que Bárbara había salpicado la pared —una estampa de microgotas en spray— daba cuenta de que la mujer se había inclinado o se estaba cayendo cuando llegó una cuchillada mortal al cuello. Después el asesino continuó apuñalándola en el piso. Ocho veces más.

La masacre siguió.

Micaela, la hija de Bárbara, de once años, había sido alcanzada en una de las habitaciones: la policía encontró su cuerpo recostado sobre la cama matrimonial, frente al televisor. La nena había sido golpeada y apuñalada dieciséis veces en el tórax y en los brazos. Por debajo de ella quedaba un celular con el que había discado 9111: había querido llamar a la policía, pero había discado un número de más. La llamada, que no se concretó, quedó registrada a las 00:07 del domingo. La niña fue la única víctima que no fue pasada a degüello.

---

## Una antología de no ficción

La última en morir, Marisol Pereyra, recibió el mismo tratamiento que el resto de las víctimas adultas: puñaladas y cortes en todo el cuerpo, el cuello incluido. Marisol era una amiga joven de Susana de Bártole y su presencia en la casa a la medianoche era difícil de explicar. Quizás había llegado de visita, por casualidad y mientras ocurrían los asesinatos, y luego de haber sido recibida por el homicida había sido liquidada. Como fuera, Marisol estaba echada en la cocina, con su cabeza sobre el zócalo de la heladera. Uno de sus pómulos había sido fracturado con una trompada y tenía la marca de ocho puñaladas —la salpicadura roció el techo y dos paredes—, y así y todo en el medio del ataque había alcanzado a defenderse y a rasguñar a quien tenía enfrente: debajo de sus uñas también se hallaron restos de piel.

Había, entonces, rastros. Y no sólo en las uñas de las víctimas.

En la cocina fue hallado uno de los cuchillos utilizados para la masacre —la punta estaba manchada de sangre y el resto de la hoja había sido lavada— y también había pisadas. En un intento por ordenar la escena del crimen, el asesino había dejado sus propias huellas apresuradas y confusas cerca de los dormitorios y del baño, como si hubiera estado meditando qué hacer. O como si hubiera estado buscando algo —un teléfono quizás: el de Marisol Pereyra nunca fue hallado. Había también un guante en el comedor, señalado por los forenses con el patrón genético “ADN perfil NN1”, y estaban también las últimas pisadas del homicida, esas que iban por el pasillo y que llegaban a la vereda, hasta desaparecer en el cordón. Allí, estimaron los peritos, el homicida se había subido a un auto.

La casa lucía, al final, como una gran ciénaga. Era el feroz escenario del cuádruple crimen de La Plata: uno de los

casos más escandalosos y enigmáticos de los últimos años en la historia criminal argentina.

\*

El mismo domingo, poco después del hallazgo de Facundo y Rubén González, un muchacho llamado Osvaldo Martínez amanecía en su casa de Melchor Romero, una localidad ubicada a veinte kilómetros del centro de La Plata. Su noche — diría después — había sido tranquila, casi desangelada: había visto una película (*Agente Salt*, con Angelina Jolie) y con un mensaje de texto le había reprochado a su novia su desapego: “otro sábado que me dejaste solo, me voy a acostar, ya no me vas a mandar mensaje”.

Su novia era Bárbara Santos, una de las mujeres muertas.

Después de tres años, Bárbara se había convertido en la primera chica que Martínez tomaba por novia formal. Sin embargo, la relación tenía ya sus altibajos. Bárbara se quejaba de los celos de Martínez y a él le molestaba que ella no lo tuviera en cuenta. Pero aun así seguían juntos. Dos días atrás, el viernes veinticinco de noviembre de 2011, él le había regalado un ramo de flores y una caja de bombones para su cumpleaños, y habían pasado toda la tarde jugando con Micaela — la niña de ella — al *Reto mental*, un juego de dados y preguntas. Pero el sábado veintiséis todo se había vuelto opaco: de noche, ella no había llamado y Martínez había vivido ese silencio como un abandono.

A pesar de esa distancia, al día siguiente Martínez organizó la jornada pensando en Bárbara. Después diría que había querido hacer un plan con ella. Por eso, a media mañana

---

## Una antología de no ficción

del domingo veintisiete se subió a su Fiat Uno para buscar a su novia y llevarla a una fiesta familiar, al cumpleaños de su sobrina. Pero el plan no se concretó: cuando conducía por la calle Treinta y dos, una camioneta repleta de policías le cerró el paso. Martínez pensó que había un error, hasta que uno de los vigilantes le abrió la puerta del auto y le ordenó bajar. “¿Vos sos Martínez, Osvaldo? ¡Asesinaron a tu novia!”, le dijo, mientras lo hacía subir a la camioneta y le pedía que indicara el camino a su casa, que muy pronto sería allanada.

Pocas horas después, el novio salió de su hogar encapuchado y detenido, en el marco de una operación ordenada por el fiscal Álvaro Garganta. El funcionario dijo más tarde que Martínez mentía cuando decía que la noche anterior se había quedado mirando una película y durmiendo. Y que, en cambio, había estado manipulando un cuchillo y abriendo canales de sangre. La hipótesis del fiscal —que apuntó a Martínez como el principal acusado— decía que los celos enfermizos sobre Bárbara se desataron cuando Martínez se había enterado de que su novia se iría a bailar con sus amigas, y que ese rapto de furia lo había llevado a matarla —y a acuchillar a todas las demás mujeres para no dejar testigos.

Esa versión tenía, en un principio, algún sostén: los vecinos de Bárbara se preguntaban por la ausencia de Martínez la noche del sábado. —“Qué raro que no estuviera ayer; siempre dormía con ella”, decían— y eso llevó al fiscal Garganta a hacer foco en el novio. Después Garganta armó un esquema de femicidio que apuntaló primero con algunos mensajes de texto de Martínez (más reproches hacia Bárbara), con las palabras del chofer de remís Marcelo Tagliaferro (un testigo que juró haber visto al acusado en la escena del crimen), y con un informe que señalaba la personalidad tenaz y prolija de su

acusado. A través de una pericia telefónica, y a lo largo del tiempo, el fiscal también intentó demostrar que Martínez había estado en movimiento —y no en su casa— durante la medianoche de los crímenes, y que el nivel de agresión que había sufrido Bárbara —quien tenía el doble de puñaladas que las demás víctimas— convertía a la mujer en el eje de la masacre. Para Garganta, se trataba de una verdadera historia de amor con final trágico.

\*

La hipótesis —que mostraría varias fisuras con el paso del tiempo— sorprendió a todos los que conocían a Martínez. A los veintisiete años, no encajaba con el arquetipo de un asesino múltiple. Había sido criado en el seno de una familia de clase media trabajadora del suburbio de Berisso —una localidad cercana a La Plata— y había alternado el estudio —cursaba la carrera de Ingeniería electromecánica en la Universidad de La Plata— con el trabajo —en la petroquímica Repsol YPF— y con el deporte: había practicado karate durante diez años en los que había forjado dos brazos largos y duros, y un temple moldeado por los preceptos del arte marcial. El apodo tampoco calzaba con el perfil de un homicida: lo llamaban “Alito”, un sobrenombre que venía de “Ale”, un nombre árabe que la madre de Martínez había querido ponerle de acuerdo a sus tradiciones y que no había sido aceptado en el registro civil.

En cualquier caso, el asunto del apodo resultó una transformación simbólica para Martínez en el momento de ser detenido. Y es que apenas se lo acusó de la masacre, “Alito” pasó a ser una contraseña para los íntimos; el resto de la sociedad lo conoció desde entonces como “el Karateka”, un

alias hoy célebre en La Plata, donde Martínez es visto por algunos como un temible exterminador de mujeres; y por otros como una víctima del poder Judicial de la provincia de Buenos Aires, que lo detuvo dos veces y dos veces lo liberó por falta de pruebas.

Si el Karateka fue o no el autor de la masacre es una pregunta que quizá nunca encuentre respuesta. Como sea, la guerra de versiones comenzó en la hora cero. El fiscal y el juez apoyan la hipótesis de que fue un crimen pasional. Pero también están todas las otras versiones: muchas de ellas hacen foco en la figura de Susana de Bártole, la madre de Bárbara. De ella se han dicho principalmente dos cosas: que su trabajo como secretaria de un juez la podría haber expuesto a cierta información inconveniente. Y que su afición al juego le podría haber dejado un dineral —ganado en el bingo— atractivo para los asesinos.

—Yo estoy convencido de que todo gira en torno a mi suegra —dice Osvaldo Martínez.

Es septiembre de 2012 está sentado en la mesa de un bar de La Plata, luego de haber salido de la cárcel. Martínez tiene ya 29 años, y sin embargo viene a la entrevista acompañado por su madre. La señora se llama Herminia López, es empleada de un hospital y es sobre todo una mujer fuerte. Ella fue la principal opositora al fiscal Garganta y al juez que confirmó los cargos contra su hijo.

—A mí me investigaron por completo y si estoy acá, libre, es porque soy inocente —sigue Martínez. Este no es un crimen pasional y yo quiero conocer la verdad. Todos nos merecemos conocerla. También las chicas.

“Las chicas”, dice Martínez. Su madre —ojos negros, rulos morenos— asiente con la cabeza.

\*

A Susana de Bártole le gustaba mantener el orden. Apenas llegaba del trabajo se quitaba la ropa cara con la que ingresaba a Tribunales, agarraba un plumero viejo y se ponía a reparar. Recién al terminar se permitía un descanso. Cuando caía la tarde solía cruzarse a uno de los departamentos de adelante, donde vivía Silvia Matsunaga, una vecina más joven a la que conocía desde que había llegado al condominio, dieciséis años atrás, y que se había convertido con el tiempo en una amiga íntima. En esos primeros días, Susana ya estaba separada del padre de Bárbara —un policía que se había marchado a Mar del Plata— y la soledad la había llevado a tender lazos. Pronto nació una costumbre: Susana aparecía cada noche con sus cigarrillos Le Mans en la casa de la vecina y fumaba con ella en la ventana.

Mientras hablaban, Susana solía contarle a Silvia sobre su agujero económico. El tema era recurrente en los últimos tiempos: una de las hermanas de Susana había quedado a la intemperie con la muerte de su marido y ella la había ayudado, pero después ella misma había caído en desgracia. El dinero no le alcanzaba. No había terminado de pagar su departamento; la herencia recibida de sus padres —y compartida con las dos hermanas— no había sido suficiente y además un amigo la había traicionado pidiendo un crédito a su nombre y dejando cuotas sin pagar. Por todas estas razones Susana tenía retenida una parte de su sueldo y estaba embarcada en una vida que se había vuelto angosta. Al final había tenido que renunciar a los paseos de compras, a la ropa nueva y a las tragamonedas del bingo al que tanto le gustaba ir.

Así y todo, seguía encontrando formas de divertirse.

—Susana era una mujer moderna y sin compromisos, y estaba muy bien para la edad que tenía —dice Silvia Matsunaga, una mujer de ascendencia japonesa y sonrisa grande. Hemos salido juntas y vi cómo se divertía y cómo conocía gente. Pero le conocí pocos novios formales. La mayoría quedaba fuera de casa porque no quería compromisos: su prioridad era su nieta, Micaela.

Después del crimen, sin embargo, la vida íntima de Susana de Bártole perdió toda reserva: en el expediente judicial del caso, un abultado papelerío que roza los dos metros lineales, hay toda clase de historias y de rumores —difíciles de probar— sobre su vida íntima.

Que practicaba el culto umbanda y gustaba del ocultismo, se dijo. Que pedía créditos sin parar y que estaba gravemente endeudada con una docena de acreedores. Que se jugaba lo poco que le quedaba en el bingo. Que era ludópata. Que el sexo casual era uno de sus grandes placeres. Que el sexo pago era uno de sus grandes recursos. Que el juez Blas Billordo —su jefe— era su amante. Que el suicidio del juez —con un balazo en la cabeza, apenas un día antes del cuádruple crimen— no tenía que ver con el cáncer que lo estaba carcomiendo sino con algún asunto caliente que pasó por sus manos y por las de su secretaria Susana, y que podría haber derivado también en la masacre de las cuatro mujeres. Que el albañil Javier Quiroga —que había hecho varias tareas de refacción en la casa y que el día del crimen había trabajado allí— también era su amante. Y que el albañil Javier Quiroga había sido, además y por último, su asesino.

Es un hombre pequeño y moreno, el albañil. Una médica forense anotó un año atrás que medía un metro con sesenta y cinco centímetros y que pesaba setenta y dos kilos, pero hoy Javier Quiroga parece más delgado. Y su rostro ajado — primero por el sol de las provincias del Norte, después por el trabajo fatigoso del obrero, finalmente por el drama policial — desmiente los 35 años que lleva en su documento.

— Me causa dolor hablar de esto... es algo que quiero olvidar hasta el día de hoy... — vacila Javier Quiroga en ésta, la primera entrevista que concede a la prensa después de un largo silencio.

Por el parecido que tenía con el boxeador Rodrigo Barrios cuando se rapó el cabello, una vez y hace tiempo, a Quiroga todavía le dicen “Hiena”. Sin embargo, su aspecto — doblegado — hoy no parece estar a la altura de su apodo. En una sala de la cárcel de Magdalena, a unos cincuenta kilómetros de La Plata, Quiroga fuma y habla de olvidar. Pero después recuerda. E intenta explicar la suma de — dice él — las injusticias que lo llevan a ser el único detenido por el cuádruple crimen, y que lo dejaron entre rejas el 2 de mayo de 2012.

Quiroga fue capturado a seis meses del asesinato, cuando el resultado de las pericias sobre el “ADN perfil NN1” lo señaló culpable. La piel que había debajo de las uñas de Susana y Marisol era la del albañil, y también eran suyos los dieciocho rastros de sangre que habían sido recolectados adentro de la casa de La Plata. Quiroga, sin embargo, tenía una explicación. Y la dio la misma noche en la que lo capturaron. El albañil dijo que era inocente y acusó a Martínez — el Karateka — de haber orquestado la masacre. Su testimonio, que resultó clave en la investigación, derivó en la detención

---

## Una antología de no ficción

del Karateka — que ya había sido apresado y liberado una vez por falta de pruebas —, pero no salvó al propio albañil del encierro: acusaron a la Hiena de ser coautor del múltiple homicidio. Al principio, Quiroga estuvo cautivo en el pabellón psiquiátrico del penal de Melchor Romero — donde comenzó a limpiarse de la adicción al alcohol y a las drogas en la que había caído por la depresión de un divorcio y el horror de la masacre —, después en el de Olmos y finalmente aquí, en Magdalena.

Su temporada a la sombra no fue fácil: cargar con la muerte de una niña no es la mejor credencial para entrar a una cárcel, dice Quiroga y se limpia las lágrimas. Tiene las manos esposadas. Hace unos minutos dos guardias lo trajeron sin delicadezas a esta oficina — retirándolo de las tareas de carpintería que hace en el penal —, y le dieron un rato para hablar. Ésta es su versión de la masacre, contada por primera vez ante un grabador y un periodista.

— Era sábado a la tarde — comienza. Martínez vino a mi casa a eso de las cuatro y me encontró soldando rejas para un trabajo que estaba haciendo. Llegó caminando y se presentó, porque yo al principio no sabía quién era.

“Soy el novio de Bárbara”, dice que le dijo. Quiroga apenas lo recordaba: lo había visto una sola vez, durante un trabajo previo en la casa de Bárbara y de Susana, pero en aquella oportunidad Martínez ni siquiera lo había saludado. Esta segunda vez fue distinta: el novio le habló con una confianza amistosa y hasta le encargó una nueva tarea. Martínez — dice Quiroga — le propuso juntarse ese mismo sábado, a las ocho y media de la noche, para convenir un arreglo en los cielorrasos de la casa. Le dijo que había prisa, que quería empezar ese mismo lunes.

Mientras charlaban, Quiroga —formoseño y proveniente de una familia de albañiles— notó que la cerveza que había estado bebiendo durante el trabajo ya se había acabado, y decidió ir a comprar otra. Martínez lo acompañó. En el camino hablaron de sus mujeres: los dos estaban en la cuerda floja. “Yo ando medio peleado, voy a ver si con esto arreglo un poquito mi situación”, le dijo el novio de Bárbara.

“Sí, te entiendo, yo también ando en la misma: tengo un pie afuera y otro adentro”, respondió Quiroga, según su versión. Luego se despidieron frente al kiosco.

—Pero antes de irse me regaló una rodaja de merca —sigue el albañil, y se muestra sorprendido. No sé si él sabía que yo consumía, pero en un momento me dijo: “¿Vos tomás?”. Y yo no sabía para qué lado lo quería llevar, porque hay gente sana que le dice “tomás” a tomar alcohol, y hay otra gente que sabe que “tomar” es tomar cocaína. Él me dijo que él no tomaba y que le habían regalado esa rodaja. ¿Un regalo de esos en la calle? ¡Era raro! Yo creía que me quería sobornar por el trabajo, para que le cobrara menos, y me causaba gracia... Después pasé a saludar a un amigo que cumplía años y le comenté lo que me había pasado. Él se rió y me dijo que tenía suerte.

Un rato más tarde Quiroga llegó en su bicicleta hasta la casa de Bárbara y tocó el timbre, según cuenta. Salió Susana, la madre, y se mostró sorprendida: no sabía nada de los arreglos en el techo.

—Pero la señora confiaba en mí y me hizo pasar; siempre prefería pagar un poquito más y tener alguien de confianza en la casa —sigue el albañil. Nos quedamos un rato tomando mate y charlando, y después apareció Bárbara. Mientras esperaba que llegara Martínez me puse a arreglar unos caja-

---

**Una antología de no ficción**  
nes por pedido de Susana y... en eso llegó él... y... pasó lo que pasó.

Martínez —dice Quiroga— ni siquiera lo saludó: siguió de largo y se puso a discutir en voz baja con su novia. Cuando terminó con el arreglo, Quiroga se quedó esperando a que el otro le dijera qué hacer con el techo, y aprovechó el rato para llamar a su mujer y avisarle que iba a llegar tarde. Un instante después Bárbara se metió en el baño a tomar una ducha y recién entonces apareció Martínez para preguntarle a Quiroga si ya había comenzado a trabajar. El albañil le dijo que no y fue a buscar una silla para subirse a ver el techo.

— Ahí fue que escuché un golpe; ahí empezó todo.

En la declaración ante el fiscal, Quiroga contó que después de escuchar ese golpe Martínez apareció sorpresivamente con el rostro desencajado, calzando guantes y con un arma en una mano y un cuchillo en la otra.

Martínez se había convertido en “el Karateka”.

“¡Corréte para allá, hijo de puta!”, le habría ordenado entonces al albañil, para luego meterse en el baño a buscar a Bárbara.

La masacre había comenzado.

Y mientras ocurría a su alrededor, Quiroga se asustó de tal forma que —lo jura— no supo qué hacer. No pudo hablar ni moverse. Durante unos minutos estuvo de pie, pero después se le vencieron las piernas y se quedó arrodillado detrás de una mesa, mirando y a la vez tratando de no mirar. Quiroga sentía un terror primario que —dice— contrastaba con la frialdad del Karateka, que iba de un lado a otro de la casa, ejecutando su plan sin abrir la boca.

— Sólo vi uno de los homicidios. El de Bárbara —dice Quiroga.

Los demás ocurrieron en otros ambientes, asegura, aunque podía escuchar los ruidos y algunos — pocos — gritos.

Entonces sonó el timbre. Era Marisol, una enfermera de treinta y cinco años: la última de las víctimas.

Marisol tenía pocas razones para estar allí. Se había acordado de su amiga Susana de Bártole apenas un rato antes, cuando el remis en el que viajaba había pasado por delante del edificio de los Tribunales en el que trabajaba la señora. El chofer, Marcelo Tagliaferro, tiempo atrás — antes de la entrevista en el penal de Magdalena — recordó la escena de esta manera:

— Pensó en Susana y en Bárbara, y quiso ir a la casa. Intentó por teléfono: llamó dos veces y le cortaron, pero decidió ir igual. ¡Un capricho, el destino de la vida!

Luego de la masacre, Tagliaferro se transformó en un testigo fundamental. Según contó, Marisol se había bajado sin pagar — pensando que tal vez nadie la iba a recibir y que iba a tener que seguir viaje — y él se había quedado estacionado y esperando el dinero. Así fue que, aseguró, vio dos veces al Karateka en la casa: una, cuando el acusado salió a abrirle a Marisol. Y otra, cuando se acercó a su coche y le dijo: “Flaco, andate que la chica se queda y después pido otro remis”. Este testimonio convirtió a Tagliaferro — manos rudas, ojos claros — en un personaje de alto perfil, halagado por el fiscal, impugnado por los abogados defensores del Karateka, festejado por sus seguidores de Facebook y — dada su locuacidad, a veces excesiva — mimado por el periodista y animador televisivo Mauro Viale.

Sin embargo, la declaración parece tener fallas: Tagliaferro sólo vio la cara del tipo de noche y reflejada en el espejo lateral izquierdo, y recién asoció el rostro con el del Karateka

cuando vio una foto de Martínez en el diario. Por este tipo de cosas, ahora Tagliaferro está siendo investigado por falso testimonio. Y sólo se puede afirmar lo evidente: que Marisol bajó de su auto y que entró en la casa de La Plata.

Adentro de la vivienda, la masacre estaba llegando a su fin cuando el timbre — dice Quiroga — los sorprendió a él y al Karateka, que se miraron extrañados entre los cadáveres.

“¡Córrela de los pies, hijo de puta!”, dijo uno.

Era el Karateka. Según Quiroga, le ordenaba mover a su novia moribunda para dejar el paso libre.

Después el Karateka abrió la puerta principal.

— Entonces Bárbara me mira como pidiéndome auxilio... — vacila Quiroga en la cárcel —, y yo... trato de tocarla, porque ni siquiera la moví, y en eso escucho que él entra y vuelvo de nuevo a mi lugar, escondido... No la moví... pero ella se movió para tratar de agarrarme a mí. Parecía que me decía: “Me estoy muriendo, hacé algo, hacé algo”... y yo en ese momento no podía hacer nada ni siquiera por mí...

Cuando Marisol entró y vio la escena ya era demasiado tarde: el Karateka la empujó, la golpeó y se la llevó a rastras hasta la cocina. Allí la apuñaló y la dejó echada en el suelo. O al menos eso dice Quiroga, en el marco de una versión que se choca contra los peritajes. Y es que el “ADN perfil NN1” que se encontró debajo de las uñas de las mujeres no es del Karateka Martínez, sino del propio albañil: un dato que de todas formas no excluye al Karateka. El fiscal de la causa sostiene en sus alegatos que Quiroga formó parte en un múltiple homicidio que no podría haber sido cometido por menos de dos autores.

— No sé... no tengo idea. No me acuerdo — dice Quiroga en la cárcel y en voz baja.

Sí recuerda lo otro: sostiene que adentro de la casa, y con la masacre consumada, el Karateka se le acercó con el cuchillo, como si fuera a matarlo, pero en cambio tomó su mano y forcejeó con él hasta que le abrió un tajo profundo en uno de sus nudillos. Quiroga ahora deja ver su cicatriz. Dice que el Karateka lo obligó a punta de pistola a dejar su sangre en el cuchillo, el palo de amasar y buena parte de la casa. Y que regando todo con la sangre de otro, el Karateka estaba haciendo una fabulosa puesta en escena para los peritos.

— Antes de irse me amenazó para que no hable... — sigue Quiroga. Me dijo que si yo abría la boca me iba a matar a mí y a mi familia. No supe qué hacer... No sabía si irme o quedarme. Y me quedé, no sé, veinte o treinta minutos... No tengo noción del tiempo. Esperaba que viniera la policía y no venía, no venía... Y con lo que él me había dicho y además teniendo en cuenta que hacía pocas horas que había estado en mi casa, esa misma tarde, cuando me vino a buscar para el trabajo del techo... lo consideré. Le creí. Y al final, por miedo, decidí irme y quedarme callado.

Hay otras versiones.

Un preso que compartió una celda en la cárcel de olmos con Quiroga pidió declarar en la causa. Fue en enero de 2013, en el medio de la modorra judicial. Daniel Óscar Peña Devito — tal era su nombre — dijo que guardaba una verdad incontenible: que la Hiena le había revelado que el cuádruple homicidio era obra propia y exclusiva, y que el Karateka nunca había participado. Pero el fiscal Álvaro Garganta, alegando que la investigación que él había conducido ya estaba cerrada, no lo quiso escuchar y les dejó la tarea a los miembros del tribunal que algún día juzgará a los acusados.

Por este tipo de cosas, la defensa de Martínez se lleva muy mal con el fiscal Garganta. Lo acusan de perder pe-

ricias que beneficiaban al Karateka y de descartar versiones que podrían liberarlo de culpas. La madre de Martínez llegó a denunciar al fiscal por hostigar a Quiroga para que involucrara al Karateka y se pregunta, además, si el remisero Marcelo Tagliaferro no es en verdad un testigo falso e incluso un cómplice de la Hiena Quiroga. En otras palabras, si Tagliaferro podría haber llevado en su coche a Quiroga para apuñalar a las mujeres y, una vez cometida la masacre, retirarlo él mismo de la zona.

En este nuevo escenario los celos no existen. Hay, por el contrario, otros móviles muy diferentes: asuntos de drogas, asuntos de prostitución, asuntos de la corporación judicial. Asuntos de la plata grande que Susana de Bártole habría ganado alguna vez en el bingo. Según esta hipótesis, Marisol Pereyra, la cuarta víctima, incluso podría ocupar el lugar de entregadora. ¿Había conocido a Susana de Bártole en el bingo? ¿Fue ella misma —aunque después traicionada y asesinada— parte de la banda? ¿Qué lugar ocuparía Tagliaferro en esta trama? El remisero también iba seguido al bingo. Había llegado a jugar cinco días por semana y había ganado el pozo en dos ocasiones. A la larga, sin embargo, se había endeudado, había perdido, había fracasado. Y quizás necesitara recuperar algo del dinero.

—No sé por qué el fiscal me apunta, pero cuando se responda esa pregunta se resolverá este enigma —decía Martínez en septiembre de 2012 en aquel bar, a poco de haber recuperado su libertad por segunda vez. En la casa no hay rastros míos. ¿Cómo puede ser que el fiscal tome en cuenta las palabras de Javier Quiroga, un adicto, y que margine la palabra de la ciencia? No hay dudas de que acá la punta de lanza es Quiroga, pero no sé todavía en dónde encasillar al fiscal.

Porque en esta causa yo fui el que estuvo más tiempo preso y el que ha sido más investigado, y lo único que puede decir de mí el fiscal es que soy celoso y que practiqué karate.

Como si fuera una prueba, Herminia López —la madre del Karateka— abrió su cuaderno de anotaciones y sacó una foto. La colocó al lado del pocillo de café y entre los demás papeles que había desplegado en la mesa del bar.

—Éste es el Alito de antes —dijo finalmente, mientras miraba el retrato. En él se veía a Martínez sonriendo y con varios años menos. Mi hijo tenía una vida casi perfecta. Tenía una casa, un auto, una moto, una novia, una hija de afecto, un trabajo, una carrera universitaria, una mamá, un papá, tres hermanos... se reía, era cariñoso. Pero ahora mi hijo es un chico triste; está tratando de juntar sus pedazos. Y todo gracias a un fiscal que uno no sabe si es un ingenuo manipulado o si es alguien a quien la verdad lo perjudica.

\*

Aunque la causa está en manos del juez de garantías Guillermo Atencio —cuya función es velar por los derechos de los acusados— y del fiscal Álvaro Garganta, no fueron ellos los más requeridos por la prensa. El más buscado es un abogado penalista que no participó demasiado del proceso, pero que tiene influencia suficiente para asumir el centro mediático.

Ahora que el sol cae sobre el horizonte recortado por los suntuosos rascacielos de Puerto Madero, ese abogado está cansado. En su coqueta oficina se acomoda el cabello, se plancha con las manos la camisa ajustadísima que deja adivinar sus pectorales trabajados en el gimnasio, se echa hacia atrás en el sillón ergonómico y le pide a su secretaria que nadie lo moleste al teléfono.

---

## Una antología de no ficción

—Sí, señor Burlando —obedece la mujer.

En los círculos políticos se dice que Fernando Burlando —un comprador compulsivo y un deportista que se jacta de dar todo en el polo, en el fútbol y en el kitesurf— entra a los grandes casos de la mano del ministro de Justicia y Seguridad de la provincia de Buenos Aires, Ricardo Casal. La fábula cuenta que Casal le paga millonadas y le exige a cambio que la policía de la provincia quede siempre bien parada. La misma fábula termina con una moraleja: “Dime de qué lado está Burlando y te diré de qué lado está la verdad”. Él se ríe al escuchar esto. Su sonrisa es radiante.

—Aparezco para resolver, y para comunicar fácil y velozmente los casos intrincados —dice. De todas maneras, es cierto que tengo vinculaciones políticas. La forma de ir a fondo y de llegar al éxito concreto en todo es, precisamente, con este tipo de vinculaciones.

Burlando entró al juego del cuádruple crimen cuando lo convocaron Daniel Galle —el padre de Micaela— y la familia de Marisol Pereyra. Y siempre sostuvo la versión del crimen pasional a manos del Karateka. También se lo vio cerca del remisero Marcelo Tagliaferro, que en su condición de testigo no necesitaba un abogado, pero así y todo había aceptado la representación de Burlando.

—El Estado lo dejó solo en el medio de la selva y decidí ayudarlo —dice él.

Además de abogado, Burlando es un distinguido malarbarista de periodistas. Y lo sabe. Para él, la contienda de intereses políticos que sacude a la industria periodística argentina tomó y trituró el caso del cuádruple crimen: los medios oficialistas y los opositores libraron su batalla cotidiana en torno a la masacre, a las víctimas y a los acusados teniendo en cuenta factores partidarios e intereses económicos.

— Algunos le creyeron al Karateka y otros, en guerra, descreyeron de su palabra — agrega.

Burlando se refiere a una puja entre medios nacionales y locales, y que podría ejemplificarse con este caso: en la ciudad de La Plata, el diario *El Día* — cercano al Poder Judicial — miró sin demasiada simpatía al Karateka. Y, en la vereda de enfrente, el diario *Hoy* lo trató con algo más de compasión y estuvo abierto a plantear hipótesis alternativas (una de ellas, que las muertes podrían estar relacionadas con información judicial que Susana de Bártole, secretaria de un juez, tenía consigo).

Burlando suspira; de repente se muestra apesadumbrado por el asunto.

— Yo ya tenía un interés por las cuestiones relacionadas con la mujer. Una buena forma de buscar justicia es estando presente en los hechos en los que las víctimas son mujeres y son atacadas indiscriminadamente — Burlando respira hondo y luego suelta el aire: sus pectorales bajan. Y ni hablar en el caso específico de la nena, Micaela. Fue horrible.

\*

Selena Gómez, la cantante de Disney y novia del popstar Justin Bieber, era la ídola de Micaela: cuando Selena entonaba “Shake it up”, el tema de la serie *A todo ritmo*, Micaela — la hija de Bárbara — cantaba y bailaba frente al televisor. Ése era uno de sus rituales favoritos de criatura de once años.

Otras costumbres, en cambio, se estaban yendo. Así lo recuerda Laura — en esta historia, se llamará “Laura” —, su mejor amiga, a su vez hija de Silvia Matsunaga, la vecina de Bárbara y de Susana. Laura tenía la misma edad de Micaela

---

## Una antología de no ficción

y —por la proximidad de las casas y la amistad de las familias— se había criado con ella como si fueran hermanas. Pero un día antes de la muerte, una novedad había abierto una pequeña grieta entre ambas. El veinticinco de noviembre Laura fue a buscar a Micaela para jugar al *Reto mental* y se encontró con que esa tarde Micaela no tenía ganas. Su mueca decía que algo había cambiado. Que a Micaela le parecía que ya no podía seguir jugando a lo mismo de siempre.

—En realidad, ella ya era señorita —dice Laura y sonríe. Tiene dos grandes paletas y a ambos lados está el hueco dejado por los dientes de leche recién caídos. Laura acaba de llegar de la escuela y todavía tiene puesto el uniforme. Parece liviana. Mientras su madre, Silvia, evoca a Susana y a Bárbara, Laura busca y trae unas fotos con la naturalidad de quien hizo del crimen un asunto ordinario.

En una de las imágenes aparecen ella y Micaela, abrazadas y sonrientes; en otra ambas están mezcladas entre un grupo de chicas o haciendo morisquetas a cámara.

—Éstas eran nuestras amigas —dice la niña, con una frescura que no remite a la muerte, sino más bien al apremio por llegar a un olvido.

Todos, en realidad, necesitan olvidar. Hace algunos días Rubén González —el vecino del timbre 4— colocó dos plantas altas al lado de la puerta de la casa de Susana, intentando neutralizar la energía mortuoria que mana de ahí al fondo. Pero no es fácil. Los vecinos intuyen que el papel, el cartón, la tela, la ropa y las frazadas —y, acaso, la comida que haya en la heladera cerrada— se consumen y generan la putrefacción que atrae a los roedores, que a su vez entran y salen por los agujeros de la puerta de metal.

---

**Javier Sinay**

Los vecinos ya capturaron, con espanto, varias ratas. Como Rubén González, trataron de arrinconarlas y de matarlas a golpes.

*[Publicado en Orsai, N°14, en agosto de 2013]*



# Crímenes



### Los amantes de Villa Pueyrredón: El crimen de la discoteca

Sólo un velador de baja potencia ilumina la habitación. Un brazo sostiene su cabeza: su propio brazo, que está apoyado, a su vez, en la mesa. Si no estuviera sosteniéndose, ella sentiría que se podría desparramar como una torre de cubos. Es mucha la presión. Son muchas las cosas que se dicen ahí afuera. La luz del velador tiembla. Aquí, en su habitación, pasaron muchos buenos momentos juntos: risas, confesiones, besos. Cosas que hacen los adolescentes enamorados. Ahora él está en un calabozo, preso en la comisaría del barrio. Y ella, desesperada por todo lo que pasó, piensa en escribirle una carta. Utiliza una pluma que no regula bien la tinta y desparrama los manchones. Le quiere escribir cosas que sólo se pueden expresar en voz muy alta, con los sentimientos a flor de piel y con los ojos bien abiertos: cosas que no sabe cómo plasmar en el papel. Quiere decirle que le gustaría tenerlo cerca, de nuevo junto a ella. Quiere asegurarle que confía en él, en lo que dice, en las explicaciones que va a dar. Quiere acompañarlo, de alguna manera, haciéndose cargo de lo que sea. Pero sabe que no hay nada que pueda hacer, ni siquiera ir corriendo a verlo, porque los medios de comunicación están ahí afuera, acechantes, listos para echársele encima como fieras. Quieren grabar su angustia. Quieren imprimir su silueta en sus páginas. Quieren verle la cara a ella, la chica que ha quedado en el vértice de un triángulo que terminó en tragedia. Tan chicos todos ellos: tenía 20 años el muchacho que coqueteaba con

---

## Una antología de no ficción

ella, que ahora está muerto; tiene 17 su novio, a quien acusan del crimen. Los dos se enfrentaron cara a cara en una discoteca y ella, que también tiene 17 años, perdió el hilo de las cosas. Ahora todo es dolor y confusión. El novio dice que es inocente y ella le cree. Muchos no. Entonces ella se atrincheró en su habitación. Pronto comenzará a escribir, arrastrará manchones de tinta y al final, tal vez, podrá resumir todo en un mensaje con cierta entereza emocional, que de alguna manera piensa hacerle llegar. El velador tiene baja potencia y su luz sigue vibrando, deformando las sombras.

\*

Me había enterado del crimen cuando salió publicado en la tapa del diario *Clarín*, el lunes 29 de diciembre de 2003, un día después de que ocurrió. Por supuesto que ahora no recordaba esa fecha, pero sí el alboroto que había generado en la redacción de *Rolling Stone*, la revista donde yo escribía. El drama del triángulo amoroso ganaba la portada del matutino con el título de “Matan a puñaladas a un joven en una disco del barrio de Colegiales”. Adentro, el artículo desplegaba una historia de arrabal, que bien podría haber dado letra a algún tango de la década de 1940: contaba que la música se apagó y las luces se prendieron cerca de las 4:50 de la madrugada en la discoteca El Teatro, luego de que un tal Cala le diera muerte a un tal Federico Medina. Había mil quinientas personas en la pista, pero cuando la policía llegó, la única que importaba ya no estaba: Cala se había escapado en medio de la confusión general.

“Los chicos se conocían entre sí porque ambos estaban detrás de la misma chica”, declaró uno de los policías

al diario. Ella también tenía su apodo, un nombre de guerra de esos que no se olvidan, pero en esta primera nota aún no aparecía. Sí figuraba en la que saldría al día siguiente en el mismo diario: le decían la Pimpollo. “La vio, se le quiso acercar, pero pronto notó que también estaba el chico que era su novio desde hacía más de siete meses”, se leía en el nuevo artículo. El novio era Cala, o Calavera. La pelea se desató cuando en el boliche todos estaban en lo más alto de la diversión, y en unos segundos hubo sangre. “El novio de la chica tomó un cuchillo y le pegó tres puñaladas precisas a Medina”, seguía la noticia. La chica tampoco estaba cuando llegó la policía. Solamente quedaba el primo de Medina, que había ido a bailar con él. Cala estuvo prófugo por unas horas, pero fue detenido al día siguiente. “Fue pasión, celos y locura”, dijo el policía entrevistado.

En ese momento, con el diario en las manos y todavía perturbado por la historia, el editor de la revista donde yo trabajaba pensó en enviarme a buscar la nota y contar la historia conociendo el marco juvenil que la rodeaba. La violencia había sacudido especialmente las pistas de baile ese año. Federico Medina pasaba a integrar una lista de chicos que salieron a divertirse sólo para encontrar espanto, en la que también figuraba Guido Anachuri, que el 18 de abril había recibido una patada de un portero de seguridad, que además era profesor de muay thai, y quedó en coma durante diez días; Ariel Sciuilli, que junto a tres amigos había sido agredido por una patota de quince a la salida de The Place el 26 de abril; y Carlos Jaime, que murió a manos de un portero de seguridad, que de día era policía, en la discoteca Puerto Mega, de la provincia de Salta, el 29 de junio.

“Averigüé todo”, me había dicho el editor. “Hay que conseguir una foto de la Pimpollo: ése es el trofeo”. Pero la

tarea no era fácil: el asunto era muy reciente y las puertas de la investigación judicial estaban cerradas para el periodismo. No pasó mucho tiempo para que las audaces palabras del editor quedaran olvidadas entre las paredes de la redacción y yo dejara de lado el tema para meterme con otra nota. Caso cerrado, entonces. Al menos para mí.

Cinco años más tarde, volví a la historia. Quería dejar de lado las noticias de los diarios para que ellos mismos —los testigos, los amigos, los partícipes necesarios de esa pesadilla— me contaran cómo ocurrió todo. Era, en realidad, un caso atípico para estos tres protagonistas tan jóvenes. Los triángulos amorosos nunca asaltan con tanta crueldad a los que aún llevan acné. Acaso, porque la infidelidad no es un pecado imperdonable a esa edad. Acaso, porque a esa edad nada sea un pecado imperdonable. O casi nada. Matar siempre lo es.

Comencé por el principio: contacté al tío de Federico Medina, un tipo que en su momento había hablado con algún periodista que tuvo la precaución de anotar bien su nombre, un dato que ahora se convertía en una clave para volver al abordaje. El tío de Medina me invitó a su casa un jueves a las once de la noche. “Soy tachero, laburo todo el día”, se disculpó por teléfono. La calle donde vivía estaba deshabitada a esas horas, alumbrada por los faroles y las ventanas que dejan entrever la cena de las familias. Quedaba en Villa Pueyrredón, un barrio pequeño que se arrincona al noroeste de la ciudad de Buenos Aires. Villa Pueyrredón tiene un par de avenidas, pero ninguna es demasiado grande: Avenida de los Constituyentes establece el límite norte; Avenida Nazca se angosta hasta parecer una callecita; y Avenida Mosconi busca el sur. El barrio no ofrece paisajes ni hormigueros urbanos, sino tan

sólo casas monótonas en fila, con taxis estacionados en sus calles. El tío de Medina, por ejemplo, dejaba el suyo ahí: un Renault 19 que me sirvió para reconocer la puerta.

Toco el timbre. El tío de Medina abre. No está solo. Adentro se han convocado Alejandra, la madre de Federico, que tiene unos cincuenta años y unos ojos cansados, y la tía Lisy, que hasta hace un rato estaba cocinando. Los tres están reunidos alrededor de una mesa pequeña, en el centro de la casa, esperando la llegada del periodista: mi llegada. La computadora y el televisor siguen prendidos aun mientras se desarrolla la charla y ellos reviven los mejores y los últimos momentos de Federico. El que falta es Sebastián, su primo, que presenció la pelea y vivió la pesadilla de esa noche.

—No quiere hablar de esto —dice el tío. —Vos se lo mencionás y él te cambia de tema.

—Es que eran muy chicos cuando pasó todo, viejo —toma la palabra Alejandra, la madre de Federico. —Sebas tenía 17 años y estaba recién llegado de Paraguay.

Federico vivió hasta los siete años a pocas cuadras de aquí. Su madre es hija de un padre marinerero que pasaba largos meses en alta mar para volver e invitar a toda la familia, casi sin poner un pie en tierra firme, a comer en el barco.

—Todas mis fotos de chica son del puerto —recuerda ella.

Esas fotos, y las anécdotas del abuelo, llevarían muchos años más tarde a Federico a pensar seriamente en embarcarse. Alejandra se casó con un paraguayo que vivía en Buenos Aires, pariente de Lisy y de su marido. En 1991 el matrimonio decidió mudarse a Asunción, llevando a sus hijos, Nicolás y Federico. Allí nacieron dos niñas: Athina y Agnese. Sebastián era el hijo de Lisy y también vivió en Para-

guay hasta terminar el secundario. Entonces, decidió venir a la Argentina.

Federico tenía una virtud y un defecto. La primera: movía la pelota a voluntad. Llevaba un tatuaje de Racing (en honor al equipo que vio campeón en 2001) y un 10 natural estampado en la espalda, que reafirmaba en cada partido de fútbol que jugaba. En Paraguay dejó desparramados a los primeros defensores que quisieron sacársela. Fue en las inferiores del club Olimpia, el equipo más grande de la liga guaraní. Pero Federico también tenía un defecto: era vago. Una vez Luis Cubilla, el director técnico del equipo de la primera división de Olimpia, apareció de casualidad para ver una casa que Alejandra tenía en venta, y ella aprovechó para preguntarle por ese crack perezoso que era su hijo. “Hacé una cosa”, le dijo el técnico, “vos no lo llesves más al club, dejá que vaya solo. Haceme caso lo que te voy a decir: si quiere jugar al fútbol, va a ir solo al entrenamiento; si no, no”. El entrenamiento comenzaba a las dos de la tarde, con el sol bien arriba, insoportable, inevitable.

—Y el día que le dije a Federico que no lo podía llevar, no fue. Y nunca más fue —se amarga ahora Alejandra.

\*

Dos chicas caminan por la playa de Punta Iglesias, en la ciudad costera de Mar del Plata, donde el faro ya no se ve. Están lejos y se acercan de a poco. El día está gris, comienza a hacer frío y el sol se esconde detrás de unas nubes. Ellas están de vacaciones (tres semanas con la madre y la abuela de una) y como pronto volverán a empezar el colegio, no quieren perderse ni un día esa sensación de dejar huella tras huella en la arena húmeda.

Después de andar un rato, eligen un lugar alejado, despliegan su mantita y se sientan. Sin embargo, no están tan solas como creían: hay unos chicos. Son tres, que hablan y las miran un poco de reojo, a la distancia. Ellas no quieren saber nada con ellos. Amigos ya tienen, amigovios también, y con eso alcanza. Pero igual no lo pueden evitar y los espían. A veces sus miradas se cruzan y las corren. Chicos, materias del colegio y escenas del actor Nicolás Cabré en *Gasoleros* se confunden en su charla, hasta que comienzan a sentir frío y deciden irse y mirarlos por última vez, como quien no quiere la cosa. ¿Alguno te gustó?, pregunta la flaquita en el camino, la otra lanza una risita, y entonces escuchan que ellos las están llamando. “¡Yanina, Yanina!”, grita uno. Ninguna de ellas es Yanina, pero igual se dan vuelta. Uno de ellos toma la delantera y gana la posta: “¿Vos sos Yanina?”, se la juega, en una mentira tan ingenua que ni siquiera él se la cree. “No, soy Tati”, dice la flaquita. El pibe, con su acné y sus rulos al viento, sabe que acaba de dar un pequeño gran paso: rompió el hielo. No aparenta más de 15 años, y la simpleza de su galanteo le alcanza al menos para cruzar unas palabras que no espantan a las chicas.

Termina invitándolas a un local de videojuegos que abre más tarde, y ellas dicen que sí. Aunque, a decir verdad, no se las ve muy convencidas.

\*

Federico tenía una virtud y un defecto, y no mucho más. Es que no había tiempo para mucho más. Trabajaba todo el día, de lo que fuera. Lo que ganaba ayudaba para llevar adelante el hogar, me cuentan Alejandra y los tíos, esa misma no-

che. Sus padres ya se habían separado y él y sus hermanos se habían vuelto de Paraguay con la madre. Federico repartió anuncios de una peluquería, hizo de todo en una panadería y entró a trabajar en el negocio familiar, el bar-café del Círculo Social y Deportivo del barrio de Once, una de las últimas casas de billar que todavía quedan en pie en Buenos Aires, con sus mesas de paño verde y sus viejos maestros de voz ronca y taco mágico. En su salón, bajo la trama de la luz viciada por el humo, todavía resuenan las confesiones de quienes le entregaron su vida malamente al juego de las tres bolas: “Por el billar he perdido trabajos y he perdido novias”, susurran los fantasmas del Círculo. Ahí fue que Federico y su primo Sebastián se hicieron inseparables. Al primo, que había llegado de Asunción para tomarse unas vacaciones y visitar a su madre, lo metieron a trabajar a la par con Federico: de ocho de la mañana a once de la noche, duro y parejo preparando tazas de café y sandwiches. Cuando lograban zafar, se escapaban a un ciber que quedaba a cuatro cuadras de su casa. Tomaban una o dos cervezas ahí, sentados en las mesas que había en la calle, y le pedían al encargado que pusiera algo de la música que les gustaba. Si era Bersuit, mejor. Ése era uno de los planes. El otro (muchos más no había) era jugar al fútbol. Lo hacían en una cancha techada en la que les cobraban un peso, o en las dos de cemento del “Buenpa”, la iglesia evangelista del Buen Pastor, cerca de la estación de tren de Villa Pueyrredón. Ahí jugaban gratis con la sola condición de no fumar ni decir malas palabras. Ir a bailar no estaba nunca en la agenda.

—Federico fue a bailar dos veces —recuerda su madre.

La Pimpollo, en cambio, iba todos los sábados a la discoteca. El Teatro era un enorme salón reciclado, que alguna

vez fue escenario de comedias y tragedias, pero de esas en las que el muerto se levanta cuando cae el telón. En diciembre de 2003, los sábados funcionaba a doble turno. A las nueve de la noche había recitales de rock. Árbol, Intoxicados, Villanos, Almafuerte y otras bandas hicieron sonar sus guitarras ahí. La capacidad oficial era de poco más de mil personas, pero también solía colmarse con el triple. El Teatro era un escenario para las bandas de rock consolidadas, pero a las que todavía les faltaba un buen trecho para llegar a ser número uno. A las doce de la noche, la música cambiaba junto con el público. Se apagaban las guitarras y sonaban los hits de los '80, el rock nacional, la cumbia y, a medida que avanzaba la noche, también la música electrónica. Ni siquiera el caso de Adrián Capo, un joven de 18 años que había sido agredido por los porteros de seguridad en mayo de ese mismo año, y que provocó su clausura durante quince días, había logrado opacar la fama de El Teatro. Era un boliche de moda al que yo había ido más de una vez.

Y era territorio de la Pimpollo y de su novio, Cala. Iban todos los sábados. Se encontraban con amigos, bailaban, se divertían. Ellos también eran inseparables. Se habían conocido en el colegio y en un mes ya eran novios. Algún tiempo después, la madre de la Pimpollo aceptó que su hija le hiciera un lugar en la cama a él. Ella no era una chica que uno pudiera descuidar: era la más codiciada del barrio. Los pibes iban hacia la Pimpollo como las moscas van a la miel. Iban por sus curvas impetuosas. Ella lo sabía: casi todos sus amigos la miraban con ojos seductores.

—Yo, la verdad, un cuerpo como el de la Pimpollo no vi nunca. Im-pre-sio-nan-te. Y tenía el pelo impresionantemente hermoso — dice la tía Lisy, como si aún estuviera obnubilada por esa belleza famosa en el barrio.

---

## Una antología de no ficción

Lo que nadie sabía era dónde encontrarla ahora, cinco años más tarde. A la chica se la había tragado la tierra. Y, aunque su personaje había dejado una marca honda en la mitología de Villa Pueyrredón y de vez en cuando la veían por ahí, nadie sabía a ciencia cierta dónde vivía.

La tía también tiene palabras para describir a Cala.

— ¡Tenía cara de ángel! — dice.

Sus señas: joven de clase media, hijo de profesionales, hábil en el taekwondo, coleccionista de cuchillos de camping. Celoso. A pesar de su propio encanto, Cala no se tomaba a la ligera la admiración que su novia despertaba en los demás. En el medio, Federico había metido el hocico: hacía un mes y medio o quince días, depende de quién lo cuente, que andaba con la Pimpollo. Cala lo conocía, pero no tenía idea de lo que estaba pasando ahí. Tal vez, acaso, pudiera llegar a sospecharlo.

— ¿Qué sabías de Cala antes de la pelea? — le pregunta a Sebastián cuando aparece.

El primo de Federico, testigo del crimen, se acaba de levantar de su siesta nocturna. Sabe que hay alguien que vino a preguntar por Federico. Quizá decidió hablar, pero lo primero que dice no trae mucha luz a la investigación.

— Nada. Lo conocí ese día — es lo que dice.

Sebastián es un pibe de 22 años que lleva el pelo revuelto, fuma sin parar y pronuncia las palabras con un marcado acento paraguayo. Cuenta que sus vacaciones de noviembre de 2003 terminaron cuando se descubrió metido de lleno en la trama judicial del caso. Tan metido que al final decidió quedarse a vivir en Buenos Aires. Ahora está preparando el ingreso a la Facultad de Medicina: cambió el trabajo con la familia por los ejercicios de Química, que son los que mejor le salen.

Pocas veces recuerda la noche del 28 de diciembre de 2003. Fue la primera vez que vio morir a alguien. Lleva mucho tiempo entender de qué se trata eso. Tal vez, Sebastián todavía está lidiando con el asunto cuando hace memoria y comienza su relato.

— Ese sábado también laburamos, como siempre. Nos vinimos de Once, le dejamos a Fede en su casa y llegamos acá. Fede se bañó y después me pasó a buscar. Cuando entramos a la disco dimos una vuelta y encontramos a un amigo, y después, a la Pimpollo con otra chica y su novio.

Cuando estaban a unos metros, la música sonaba muy fuerte y las luces destellaban, y Federico habló primero, cuenta Sebastián. Pero dice que no recuerda bien. Se queda callado. Imágenes terribles atraviesan su mente. Hay gritos de provocación, una trompada inesperada, alguien que cae y se levanta, cuatro puñaladas, una persecución breve y la certeza de una muerte absurda y horrible, bañada por el azul de las luces policiales que ya llegaron.

\*

Mi celular suena, pero no anuncia quién llama: “Identidad oculta”, leo en la pequeña pantalla. Cuando atiendo descubro con sorpresa que habla uno de los policías que participó de la investigación del caso. El tipo no quiere dar demasiada información sobre sí mismo porque todavía está en actividad, pero al menos acepta charlar conmigo luego de recibir un mensaje que le dejé. La llamada es de larga distancia, y la voz va y viene. Aunque el investigador ha sido destacado en otra ciudad, los kilómetros no borraron sus recuerdos, pero su versión de los hechos por momentos es inexacta.

---

## Una antología de no ficción

— Todo está aplicado al tema pasional y un poco a la chica — dice. — Ella le dio bola a los dos y después fue al boliche sabiendo que iban a ir. Por supuesto que no sabía las consecuencias: ella habrá pensado que iba a ser una discusión a ver quién era el más macho, pero bueno, terminó en lo que terminó.

— ¿El agresor había llevado el cuchillo o lo agarró de la barra, como se publicó en algunos diarios? — pregunto.

— Eso nunca se probó, pero parecería que lo había llevado él. Después se podría haber descargado del cuchillo adentro de la confitería, porque apareció en otro lado. Lo habrá metido en la zapatilla... Yo no quiero pensar mucho, pero siempre desconfié de la piba.

— ¿La pelea fue en el medio de la pista?

— Sí, con una gran cantidad de chicos bailando. Ahí ellos se encuentran, se toman a golpes de puño y este pibe, que tenía conocimiento de artes marciales, lo acuchilla. Las heridas fueron mortales, ¿te das cuenta? No cualquiera mata a una persona con un cuchillo: tenés que saber dónde penetrar... Y era un pibe normal, ¿eh?, ni muy alto, ni nada. Creo que el otro era más grande y este niveló llevando un arma.

— ¿Y qué pasó después?

— El agresor se fue. Y la chica también. Seguro que ella se fue a la casa como si no hubiera pasado nada, viste... Nosotros después establecemos que la casa de ella es en un pasaje de Villa Pueyrredón. Tomamos conocimiento de las edades y eran todos menores, así que mantuvimos una vigilancia y en un momento decidimos tocar el timbre. Cuando tomamos contacto con la madre, ella nos dice que sólo estaba la hija, pero no el novio. Le expliqué las limitaciones que tenía para hablar con la chica, porque era menor, pero le dije que seguro

nos podía ayudar a establecer dónde vivía el pibe, porque no teníamos nada. Y le dije: “Mire que acá hay un homicidio de por medio, no vaya a ser que su hija quede enganchada”. Son esas cosas, suspicacias que manejamos nosotros, ¿no? Entonces la propia madre fue la que le hizo contar todo a la chica.

— ¿Apareció el asesino?

— El pibe estuvo un día dando vueltas. Yo le allané la casa del padre y no estaba. Él comenzó con una fuga que no tenía sentido, porque a la larga el cerco se iba a cerrar. Yo le empecé a mandar mensajes a través de los familiares, diciéndole que le garantizaba que no le iba a pasar nada. Hasta que el domingo a las once de la noche se entregó en la comisaría con su abogado. En ese momento rompió en llanto. Antes había estado bajo la excitación de la muerte, pero ahí sí se quebró.

— Me queda una duda: ¿por qué una chica genera un drama tan terrible, como usted dice?

— La Pimpollo era una piba muy sensual para su edad. La palabra es esa, “sensual”. Y entonces los dos se batían por ella... ¿No te digo? Los volvió locos.

\*

Lo de los videojuegos había sido aburrido, pero al final se hicieron amigos y tallaron sus nombres en un poste de madera de la playa de Punta Iglesias. Quién sabe, tal vez todavía están ahí inscriptos. “Tati, Marisol, Marianito, Jorge, Fede”, debería leer alguien si los encuentra. Ése era el grupo de 1998. Al año siguiente, se sumaron más amigos: Rosendo, que vivía en el centro de Mar del Plata, y Lala, que era la prima de Tati y vivía en Buenos Aires, pero faltaba Federico, que se había

---

## Una antología de no ficción

vuelto a Paraguay con su familia. Para el tercer verano, Tati y Lala cumplieron 18 y viajaron solas a la playa, y cuando volvieron Fede las estaba esperando en Buenos Aires. Había llegado. Y esta vez se quedaba. Rosendo fue el primero que lo vio: viajó desde Mar del Plata y fue directo a la casa de Fede. Desde allá, los dos llamaron a Tati, que no vivía muy lejos. Ahí estaban los tres, juntos de nuevo, abrazándose y besándose para sellar el gran reencuentro.

Después de merendar en la casa de Federico, se fueron todos a la de Tati, donde se quedaron escuchando un disco viejo de la banda del Pelado Cordera, *Bersuit y punto*. Se emocionaron cuando escucharon “Un pacto” y decidieron que sería su tema: “Un pacto para vivir/ odiándonos sol a sol/ revolviendo más/ en los restos de un amor/ con un camino recto/ a la desesperación/ Desenlacé en un cuento de terror”, la melodía cadenciosa llevaba una letra que les gustaba pero que no tenía demasiado significado en aquel entonces, cuando todavía la Pimpollo no existía en la vida de Federico. Los tres se contaron todo lo que habían hecho durante el último año en Asunción, en Mar del Plata y en Buenos Aires, dependiendo de quién hablara. Y prometieron no volver a separarse. Aunque un par de días después Rosendo tuvo que volver a la costa.

Lo que más les gustaba de Federico a Tati y a su prima Lala era su facilidad para relacionarse. Él, que gastaba más la pelota que los libros, se había convertido en el compañero de lecciones de Lala, una aplicada estudiante de Abogacía. A veces las chicas lo trataban como a un hermano menor. Una vez le tiñeron el pelo de negro azabache. Y cuando descubrió que el color le resaltaba los ojos celestes y la tez blanca, Federico pidió más.

Pero había veces en las que él cambiaba de rol y adoptaba el de hermano mayor. Las chicas todavía recuerdan la única vez que fue a bailar con ellas. Eligieron un boliche cerca de Puente Saavedra, uno de los límites de la ciudad de Buenos Aires, que había sido conocido a mediados de los años 90 como Margarita. Para convencer a Federico tuvieron que pedirle casi de rodillas que las acompañara. Fue con ellas y unos amigos más que insistían en buscar roña adentro del lugar. Al final consiguieron lo que buscaban y cuando llegaron las piñas y las patadas, Federico agarró a sus dos amigas y las sacó de ahí corriendo.

—Después nos decía: “Yo las saqué porque las tenía que cuidar” — cuentan.

Es uno de los mejores recuerdos que les queda. Se ríen y todavía con la sonrisa en los labios agregan:

—Es que tenía miedo: no le gustaba para nada eso de pelear.

\*

Las piezas del rompecabezas se acomodaban de a poco para cerrar la trama de la historia. No era un puzzle de mil piezas. Era fácil de armar. Pero no se completaba sin el eslabón fundamental, el único que no aparecía desparramado en la mesa: la Pimpollo. La familia de Federico no la veía hacía tiempo. La dirección donde vivía antes, una casa humilde pero prolija en un pasaje a la vuelta del hogar de los Medina, ya no era la suya, y los nuevos dueños ni siquiera la conocían. En la cuadra nadie la podía recordar. O no querían. Alguien escuchó que después del crimen había agarrado sus cosas y se había escapado a la ciudad de Rosario. Otro rumoreó que había en-

contrado refugio en la casa de su padre, en el oeste del conurbano bonaerense. Y también estaba la carta: las líneas que la Pimpollo le había dedicado a su novio Cala cuando ya estaba tras las rejas y en las que le decía que al principio había dudado de su inocencia, pero que después se convenció de que él no había matado a nadie.

Yo ya había escuchado sobre esa carta. Años atrás, cuando sucedió todo, llegué a averiguar que existía. Es decir, que tal vez existía. En el barrio recordaban la anécdota de esa carta con cierta simpatía malintencionada: deformaban, agregaban y reescribían su contenido en cada esquina. Cuando ocurrió el asesinato, el chisme era incontenible. Decían que la Pimpollo había escrito otra carta luego de los hechos, esta vez para Federico. Las versiones dejaban más preguntas que certezas: ¿La Pimpollo había librado de culpa y cargo a su novio? ¿Por qué lo habría perdonado? ¿Cómo era posible no ver lo que había ocurrido ante sus ojos? Después del desenlace fatal, su doble juego se le había vuelto en contra. Como una maldición demasiado pesada para una chica infiel de 17 años.

Sebastián podía aclarar un poco las cosas. Pero para eso había que ordenar la cadena de los acontecimientos. Saber qué había pasado. Y él aceptó volver a recordar. El encuentro fue un sábado, de nuevo en su casa, a la tarde. El pibe acababa de levantarse, estaba solo.

— Me quedé jugando a la Play con un amigo y tomando licor — se ríe cuando abre la puerta.

Invita a entrar, se pasa la mano por el cabello despeinado para comprobar que no tiene arreglo y pone en mudo el televisor, que muestra una sitcom. Después se sienta y prende un cigarrillo con su Zippo.

— Todo pasó muy rápido: yo conocí a la Pimpollo el

miércoles 24 de diciembre a la noche, antes del brindis, y para el domingo 28 Fede ya estaba muerto.

Esa Navidad no hubo regalos para la familia Medina: si los hubiera habido, tampoco los habrían disfrutado. En el primer recuerdo que tiene Sebastián de la Pimpollo, ella aparece a las diez de la noche en esta misma casa. Viene a saludar a Federico, que por un momento deja la cena de Nochebuena y sale a charlar con ella. La mesa estaba repleta de platos, era una mezcla de comida navideña y sobras. El tío estaba trabajando con el taxi. Sebastián y su madre conocían entonces a la chica de la que Federico alguna vez había hablado. Ella venía en una bicicleta, estrenando con una vuelta a la manzana el regalo que recién le había hecho Cala, que la estaba esperando en su casa, ahí a la vuelta, sin saber que ella estaba con Federico. La visita fue breve, pero más tarde, después de los pocos cohetes que surcaron el cielo de Pueyrredón, se volvieron a ver.

Federico y Sebastián habían sacado a la calle dos banquitos y los parlantes de la computadora. Le daban play a Bersuit y a Andrés Calamaro cuando la Pimpollo volvió a hacer su entrada. Venía en una moto Kawasaki Ninja pilotada por un fulano que ellos no conocían, y también estaba su amiga Sonia, una rubia con cuerpo de fideo que vivía en la casa de enfrente. La moto las dejó y se marchó. Destaparon una, dos, tres cervezas. Se despidieron y se fueron a dormir.

Al día siguiente, el feriado del 25, que fue un jueves, Federico y Sebastián se juntaron con sus amigos de la cuadra a jugar al fútbol. Federico gambeteó y colocó pases extraordinarios. Su primo, en cambio, se quedó cerca del arco contrario, esperando uno de esos pases para hacer un gol fácil. A la noche, volvieron a ver a las chicas. Se estaba formando un

grupito de dos parejas, o al menos eso le parecía a Federico. Fueron a comer los cuatro a He-A, una pizzería barata. Pidieron dos pizzas, tomaron cerveza y charlaron. Cada uno de ellos evaluaba cuánta onda le devolvía la chica que le había tocado, y Sebastián no estaba tan seguro de salir bien parado. Después de la cena pasaron por un ciber y compraron cigarrillos. Para no despedirse de la Pimpollo, Federico los invitó a su casa un rato.

El viernes fue el día en que todo se tiñó de peligro inminente. La Pimpollo y Federico volvieron a verse, y ella le contó que en la noche anterior había llegado tarde a su casa y que había entrado sin hacer ruido, pero que Cala estaba en la sala esperándola, con la mirada perturbada y un rictus áspero en la cara. Estaba harto de que ella desapareciera. “¡Yo lo mato, yo lo mato!”, se enfureció Federico cuando se enteró de que esa noche la había golpeado. Ahí estaba, en la pierna de la Pimpollo, el moretón violeta que le había quedado. “¿Cómo le va a hacer eso?”, le preguntaba después a su primo, con la misma rabia. Y le decía que lo iba a bajar a trompadas.

—Que tuviera novio no le jodía. Él sabía que la cosa era así. Lo que le molestó fue ese golpe — dice Sebastián.

Faltaban más de 24 horas para que Federico se encontrara cara a cara con Cala. Y un día no siempre es suficiente para aplacar la furia.

Federico no podía dejar de pensar en esa noche. Ya era sábado: sábado 27. De nuevo el despertador sonaba a las siete de la mañana, él se levantaba, se cambiaba rápido y salía para Once. Llegaba al bar-café, hacía las compras, lavaba, cocinaba, ordenaba. Un día común: largo, tranquilo, las horas pasando. Hasta que no aguantó más y le pidió irse a su tía Lisy. Ella terminó de cocinar las pastas que él venía preparan-

do. Federico llegó a su casa a las once de la noche. Se bañó y se cambió, ansioso por salir. Un vecino le preguntó si no se quedaba tomando una cerveza con él, pero Federico le respondió que ya tenía planes. No lo dijo en voz alta, pero sabía que la Pimpollo iba a ir a El Teatro, como todos los sábados, y él quería estar allá para verla de nuevo y encargarse de su novio. Desde su cuarto, su madre escuchó el diálogo y pensó que sería mejor que se quedara. “¿Por qué no te acostás, que es tarde y trabajaste todo el día?”, le preguntó ella. “Me voy a ir a bailar”, respondió escueto él, y a ella se le escapó una risita: “¿Y desde cuándo te gusta ir a bailar?”. Entonces él se asomó al cuarto y le dijo, muy serio: “No, no me gusta. Pero tengo que ir”.

Los minutos se agotan: los granos caen en el reloj de arena que señala la hora de los hechos. Los primos se juntan en la casa de Sebastián y desde ahí van a la de la Pimpollo. Quieren confirmar si va a ir esa noche. Ella sale y dice que sí, pero con el novio. “Nosotros vamos igual, no hay problema”, responden ellos. La Pimpollo entra para terminar de elegir su *top* y sus *jeans* en compañía de Cala y de su amiga Sonia, que también va a ir. “Qué linda que está”, piensa Federico mientras vuelven para buscar algo de dinero.

Toman a la 1:30 de la madrugada el colectivo 168, que los deja en la esquina de la discoteca. La puerta está colmada de gente, y eso sorprende a Federico. Tiene alergia a esos sitios. Pero va a hacer el esfuerzo esta vez y se ubica al final de la fila, dispuesto a esperar para entrar. La fila llega a la esquina y dobla por la Avenida Álvarez Thomas, y justo ahí es por donde viene la Pimpollo, cruzando esa calle, a lo lejos. Federico la ve. Aquí está: no había mentido.

Unos minutos más tarde, los primos están adentro. Dan un par de vueltas, toman la cerveza que les regalan con

---

## Una antología de no ficción

la entrada y se encuentran con un amigo, que es otro de los chicos que juegan al fútbol. Ahí sí, lentamente se van acercando al fondo, donde ven a las chicas, al novio y a los amigos del novio.

— Todo el tiempo Fede pensaba en encararlo, estaba caliente. Casi no hablaba; le quería pegar y nada más — dice Sebastián.

Y Federico lo hace sin aviso. Son cerca de las 4:40 de la mañana y la espera se termina. Alguien tenía que hacerlo y él lo haría. Sebastián todavía recuerda la sorpresa que se llevó cuando vio a su primo yendo, bravucón, contra Cala. Federico le echó en cara algo que el ruido de la discoteca ahogó para todos, salvo para ellos dos: “¿Así que golpeás a las mujeres? ¡A ver si te animás contra un hombre!”, pudo haber sido. Era el trueno que precedía a la primera trompada, a la boca. Cala salió revoleado y arrastró a un par en el camino. El mareo le duró poco y contraatacó. Había que encontrar la calma en medio de la música, las luces y la sorpresa. Federico volvió a la carga, pero esta vez el otro reaccionó mejor y pudo devolvérsela. La ronda se formó a su alrededor. Y la Pimpollo, que había querido evitar la pelea cuando la vio venir, recibió un golpe cuando se metió en el medio y quedó tirada en el suelo. El tercer choque fue el último: Federico volvió a arremeter y Cala le hizo frente con sus brazos pegados al cuerpo, dándose impulso en cuclillas. Del contacto los dos salieron sacudidos, y Federico se chocó contra la gente que alentaba detrás de él. Se incorporó para seguir, pero vio que Cala salía corriendo, esquivando una patada que le tiraba su primo.

— Lo corrí unos quince pasos — dice Sebastián — pero en ese momento me agarró nuestro amigo y me llevó para otro lado, porque se nos venían encima los otros pibes.

Ellos no lo sabían, pero Federico ya había sido herido. Había recibido cuatro puñaladas con tanta velocidad que nadie las vio. Tampoco hubo quién advirtiera un cuchillo en manos de Cala. Sebastián tardó un rato en atravesar a la gente, dando una vuelta más larga, para salir de nuevo a la boletería.

— Ahí vimos a alguien tirado y rodeado de gente. Pensamos que sería una chica borracha... Hasta que reconocí a Fede.

Federico estaba en el suelo, con el pecho cubierto de sangre. Sebastián se quedó sin palabras. Los porteros de seguridad habían tomado a Federico y lo habían dejado en la calle, acaso para simular que la roña había sido afuera, sin saber que el rastro rojo delataba el lugar de la pelea. Sebastián se agachó junto a su primo y trató de ayudarlo, en vano. Y en eso llegó la Pimpollo. Lloraba desesperada. “¡Ay, mi amor! ¿Qué te pasa, qué tenés?”, todavía gritaba cuando una amiga se la llevó. La ambulancia tardó un rato en aparecer y encontró a Sebastián golpeando las paredes de la bronca y la impotencia.

\*

Entonces, así fueron las cosas. Breves, insuficientes para un final horrible.

— Así fueron... — se resigna el primo, jugueteando con el Zippo.

Después levanta el teléfono, llama a un amigo, le pide el número de una chica, cuelga y vuelve a discar, ahora para hablar con ella preguntarle a dónde está su hermano.

— Te voy a contactar con Coco, él fue quien presentó a Fede con la Pimpollo y por ahí sabe dónde para ella — me dice.

---

## Una antología de no ficción

Me dicta una dirección y los dos salimos hacia allá, a enfrentar el viento de una noche otoñal.

Son seis cuadradas, atravesando las vías, para llegar y encontrar a un pibe en pantalones cortos y camiseta de Boca haciendo jueguito con una pelota descosida.

—Los estaba esperando, mi hermana me avisó — dice el muchacho, que no es muy alto y lleva una barba de un par de días en la pera.

Coco, que viene de jugar al fútbol, invita a pasar. Adentro, una ronda de mate acompaña su relato, que abre las puertas a un mundo de esquina donde se entrecruzan el Club Comunicaciones, la disco City Hall y los partiditos en el Buenpa.

—Fede tenía magia en las piernas, ¿sabés?, nosotros jugábamos de memoria — cuenta con nostalgia.

El fútbol atravesaba sus vidas. De hecho, se conocieron en esa canchita y ahí mismo fue que Coco se enteró de la muerte de su amigo. Así es en lo profundo del barrio, donde los chicos son piolas, vagos o giles; juegan a la pelota como cracks, y a la noche van de levante a las discotecas de Colegiales.

—Fede era un pibe al que todos admirábamos: tenía tiempo para trabajar y llevar plata a su casa, para jugar a la pelota y para estar con los amigos. No se hacía problema si tenía que dormir tres horas — sigue Coco, y muestra un tatuaje en su tobillo: una "F" gótica en honor a su amigo.

Coco fue quien le presentó la Pimpollo a Federico cuando andaba buscando novia, un día que se cruzaron a la salida de Pizza Cross, otra de las pizzerías baratas de Villa Pueyrredón. Coco estaba con uno más, y como iban a la casa de ella lo sumaron a Federico.

—Para todos nosotros, la más linda siempre fue la Pimpollo, por eso a Fede quisimos presentarle a alguien que

nos dejara bien parados. Cuando es un amigo, si te dejan mal parado, después te querés matar – dice Coco mientras ceba otro mate dulce.

Comiendo la pizza directamente de la caja, los tres chicos llegaron a la casa del pasaje y tocaron el timbre. La Pimpollo salió a atender y, para sorpresa de los otros dos, Federico la miró y la saludó como a una vieja conocida: era la amiga de una chica con la que había salido mucho tiempo atrás.

– Aquella vez no se habían podido dar mucha bola, pero esta vez fue distinto – recuerda Coco. – Yo y mi amigo nos quedamos comiendo la pizza en la sala y ellos dos se fueron a la habitación. Terminamos de comer, nos fumamos un cigarro y nos fuimos. Fede se quedó. Fue un flash.

Buena historia.

– Y entonces, ¿dónde está ahora la Pimpollo? – pregunto, ansioso.

– Anda por el barrio. Yo me la cruzo de vez en cuando, pero mucha cabida no le doy. Es que para mí, ella tuvo la culpa de todo lo que pasó, todavía más que Cala. Para mucha gente, ella fue la que hizo el quilombo, inconsciente de lo que podía pasar. Bah, como culpables yo me quedo con los dos: una por armar el quilombo y el otro por hacerlo.

– Pero... ¿cómo puedo encontrarla?

– Tengo una amiga en común con ella, la Tigresa. Te la voy a presentar.

Un par de días más tarde entendí por qué a la Tigresa le decían “la Tigresa”: tenía la pupila de un ojo un poco alargada. Nos encontramos los tres, con Coco. Ella venía de tatuarse y quería irse a su casa, pero se quedó el tiempo justo como para que yo le explicara que necesitaba hablar con la Pimpollo para terminar de entender todo lo que había pasado.

---

## Una antología de no ficción

—Yo supongo que tu amiga no quiere hablar de esto, porque si no ya la habría encontrado, pero decíle que es importante porque si no cuenta su parte, otros lo van a hacer por ella —le dije, aunque no estaba tan convencido de que fuera a conseguir algo ni siquiera con todas las palabras del mundo.

\*

Jorge Damonte es uno de esos tipos cuya esencia callejera no fue lavada por su título universitario. Peina algunas canas y se cuelga un cigarrillo de la boca todas las mañanas para recorrer los tribunales federales, de la Avenida Comodoro Py, y los ordinarios, de la calle Talcahuano. Solía tener más trabajo defendiendo a los que se sentaban en el banquillo de los acusados, pero quince días antes de que comenzara el juicio a Cala, dos años después del homicidio, se hizo cargo de la querrela. Cuando la madre de Federico le contó la suerte de su hijo, no se sorprendió. “El valor de la vida”, decía, “ya no existe”. Aún así, siguió la enseñanza de su viejo, un veterano de la oftalmología que le cobraba caro a los pacientes pudientes para promediar con los vecinos humildes del barrio, a los que atendía gratis. Damonte tampoco le cobró nada a la familia Medina.

El fallo fue condenatorio. Para el tribunal oral de menores que lo juzgó, Cala fue el autor del homicidio. Sin embargo, él negó haber matado a Federico. Dijo que en el medio de la pelea, estando caído, alguien lo agarró y lo empujó para atrás. Dijo que quedó tan lejos que decidió irse de la discoteca y recién se enteró del homicidio en la casa de la Pimpollo, cuando ella volvió.

—Lo novedoso que tuvo esta causa es que los jueces dictaron sentencia bajo lo que se denomina libres conviccio-

nes — cuenta Damonte en su estudio, un local a la calle de vidrios espejados en el barrio de Caballito. Entre él y yo hay dos cafés. Más allá, una biblioteca repleta de tomos de abogacía. El abogado sigue: —¿Qué significa esto? Es la lógica sumada a la experiencia. Entonces, los jueces pueden condenar o absolver a una persona de acuerdo a lo que captan en el debate, más allá de las pruebas que existen en el expediente. En esta causa el arma homicida no apareció y ningún testigo vio que el imputado haya sacado un elemento punzocortante para propinarle las heridas a Medina. Pero por las circunstancias que se fueron planteando en el debate, se determinó a ciencia cierta que este muchacho fue el autor.

A Cala le faltaban pocos días para cumplir 18 años cuando ocurrió el crimen, y fue juzgado de acuerdo con la Ley de Menores. Estuvo internado en el Instituto Agote — una cárcel de menores —, y luego de un año y algunos meses consiguió un régimen de licencias para salir. Cuando cumplió 21 años, los jueces evaluaron sus antecedentes y el resultado del tratamiento tutelar, y decidieron no aplicarle nuevas sanciones. Aunque Cala siguió negándolo todo, el fiscal pidió que pasara seis años más en prisión. En su palabra final, el Tribunal estimó que la pena ya estaba cumplida.

\*

Un año atrás — o quizá dos: nadie coincide en el dato —, antes de que Coco decidiera presentarlos, los caminos de Federico y la Pimpollo ya se habían cruzado. Ella trabajaba en un ciber y él empezó a ir seguido para buscar en Internet fotos de Racing. La descubrió recién cuando los presentó Ro, amiga de ella y amigovía de él. Entonces, Federico comenzó a ir más

seguido. Y si a alguien tenía que contarle el descubrimiento, era a Tati, que se había ganado el lugar de mejor amiga y confidente. Esa nueva chica —a la que él no sabía que le decían Pimpollo— amenazaba con volverlo loco. Hermosa: alta, morocha e infartante. Ella, que le llamaba la atención a todos, por alguna razón se estaba fijando en él. ¿Tal vez por sus ojos celestes? ¿O sólo por su simpatía? Pero como ella era la amiga de Ro, él no podía coquetear demasiado. Agazapado detrás del monitor, la miraba ir y venir y le contaba a Tati en el chat las ganas que tenía de tirarse un lance. De repente, Racing era lo que menos le interesaba.

“Basta Federico, hasta que yo no la conozca no me cuentas nada más de esa minita”, lo reprendía Tati desde el chat. Se jactaba de ser su amiga celosa. Pero en el fondo, los dos se divertían. Tati era, acaso, la persona que más había escuchado hablar sobre Iara, el amor platónico que Federico había dejado en Paraguay antes de venir. Un típico llanto de corazón roto. Y ahora tenía que ver cómo esa morocha atrapaba a su amigo.

\*

Fue un día cualquiera pasadas las nueve y media de la noche. El celular sonó —de nuevo con “Identidad oculta”— y yo atendí, sin pensar quién sería:

—Hola.

—¿Hola, Javier?

—Sí.

—Soy la Pimpollo.

Se me congeló la sangre. Había soñado con esa llamada durante días y finalmente ocurría. La voz de ella sonaba

dulce (¿me llamaría “gordito” un par de veces a lo largo de la charla o me pareció a mí?) y también un poco nerviosa. Pero no más que la mía.

Lo primero que me dijo, desafiante, fue que sólo me llamaba para saber qué me habían contado sobre ella y con quién había hablado, a lo que respondí sin dudar: tenía que convencerla para que me contara su parte. La Pimpollo sabía que muchos no la querían, pero no sospechaba que le echaran la culpa de todo. Dijo que prefería dejar las cosas ahí, que ya basta de armar revuelo con eso. Y me regañó por meterme en sus asuntos. ¿O acaso yo no me estaba metiendo en su vida sin pedir permiso? ¿Cómo podía explicarle que tenía entre manos la tarea de construir una crónica periodística sobre un crimen que, como tal, es un hecho público y un problema social? ¿Con qué fríos argumentos podía hacerle entender que esta tragedia, que ella también había padecido, podía hablar de una generación entera?

Entonces tuve miedo. Un miedo real. Miedo de tener que conformarme con el personaje de ella que había construido en mi cabeza y no con la verdadera Pimpollo, esa que ahora estaba del otro lado de la línea, tan cerca y a la vez tan lejos. Le dije que necesitaba conocer su verdad para terminar de cerrar la historia y le hablé de las cosas que se decían de ella. Le conté que la había rastreado a través de sus amigos porque era el único modo. De alguna manera, la noticia deseada se hacía realidad. La Pimpollo se convenció y aceptó una entrevista. Dijo que no quería que nadie más en el barrio le avisara que había un periodista preguntando por ella.

Hasta las cinco de la tarde del día siguiente —ésa era la hora señalada— no pude dejar de pensar en ella. Kentucky, la vieja pizzería del barrio de Palermo, era el lugar pautado. Un

---

## Una antología de no ficción

sitio de paso, anónimo, en un nodo de la ciudad donde confluían los recorridos de un tren, un subterráneo y una docena de colectivos. La Pimpollo llegó primero y me llamó (“Identidad oculta”) para avisar que ya estaba ahí. Yo aparecí diez minutos más tarde, pero no la vi. Aunque no la conocía, no había ninguna morocha sola en la puerta de la pizzería, ni tampoco adentro. Me quedé afuera, pensando qué hacer, y me di cuenta de que en la misma esquina había dos pizzerías más. Fui a una y tampoco vi a ninguna chica. Esquivé los colectivos para ir a la otra: nadie. En la cuarta esquina había un local de McDonald’s. Tampoco estaba ahí. Volví a la puerta de Kentucky, con más preguntas que respuestas. Esperé desconcertado unos minutos hasta que volvió a sonar mi celular. “Identidad oculta” una vez más. Desde algún lugar la Pimpollo se rió y se sorprendió de que yo no fuera rubio, como le habían dicho. En un segundo me sentí adentro de una película, haciendo el papel de un ratón frente a un gato: cazador cazado.

Y en un instante aparece. Real y cautivante, el personaje de la Pimpollo se corporiza ahora en una chica que viste un *jean* ajustado y un pulóver gris, debajo del que asoma una blusa rosa, que hace juego con su teléfono celular y un anillo en su mano izquierda. Lleva el pelo largo y los ojos delineados. Es tal como la describen: tiene un cuerpo prodigioso que llama la atención de los hombres que cruzan la avenida Santa Fe y que no pueden evitar darse vuelta para verla pasar. Con el vértigo de sus curvas, hereda las medidas de la mítica *vedette* Coca Sarli y echa por tierra la belleza reinante de las *biafranas* modelos. Y, como las *vedettes* de antes, tiene un deslíz estético que finalmente la hace de carne y hueso: su nariz aguileña. Me cuenta entonces el truco: me estaba mirando desde la terraza del McDonald’s. Es una chica difícil, me doy cuenta, difícil hasta el final.

Ahora que estamos frente a frente, sentados al lado de una ventana desde donde vemos el hormigueo de la muchedumbre, la Pimpollo y yo tenemos mucho para hablar, pero no podemos romper el hielo de ese encuentro tan buscado y a la vez tan simple: no somos más que dos personas tomando algo.

Llegan dos cafés. Y ella me pregunta qué es lo que quiero saber. Todo, y con lujo de detalles, pienso, pero no lo digo. Lo mejor va a ser empezar por el principio. La charla va a ser larga: habrá palabras hasta que caiga la noche. La Pimpollo advierte que todo lo que vivió fue muy feo y que acaso ésta sea la última vez que lo quiera recordar. Es entonces cuando me pregunto qué hubiera hecho yo frente a la posibilidad de una entrevista si la desgracia me hubiera tocado como a ella, o como a Sebastián, o como a todos los que se ven atrapados en la trama de una de estas historias. Me pregunto si yo hubiera aceptado hablar con un periodista.

Pero la Pimpollo no deja tiempo para reflexiones. Exige atención. Cuenta que trabaja en un kiosco y que da clases de baile y de *reggaeton*: ésa es su vida de chica común hoy. Dice que le costó mucho salir adelante después del crimen de Federico y habla de una pesadilla que parecía no terminar más. Y aunque no llora, sus ojos se van a humedecer de vez en cuando a lo largo de la charla, con dolor sincero.

Cala fue su segundo novio, el de los 16 años. Con el primero, que le llevaba cuatro años y que la acompañó entre los 12 y los 16, conoció de qué se trataba el amor. Mientras tanto, Federico aparecía y desaparecía, pero nunca llegó a cobrar tanto protagonismo como los otros dos porque estaba saliendo con una amiga de ella, y recién se besaron por primera vez tres días después de que Coco los volviera a presentar. Para ella, Federico era un chico bueno y tranquilo. Y dice que

no pasó nada demasiado importante mientras duró lo suyo: se veían en la casa de él o salían caminar, y transaron un par de veces.

La Pimpollo salía entonces con Cala desde hacía nueve meses, pero ya quería cortar la relación. Él fue quien la llevó por primera vez a El Teatro, y después de lo que pasó ahí, ella no volvió nunca más. La última noche que fue con Cala tendría que haberle cortado, piensa ahora en voz alta. El detonante había sido el golpe que recibió en la pierna el día de Navidad. En ese momento le dijo que agarrara sus cosas y se fuera, pero él le pidió perdón: le explicó que se había enfurecido porque presentía que ella venía de estar con otro y le pidió una oportunidad más. La Pimpollo se la dio. Fue una decisión que la atormentaría durante los próximos años.

La Pimpollo recuerda el día que le mostró a Federico su moretón en la pierna, y cómo se enfureció él. Ella le pidió que se tranquilizara, que no se metiera en ese tema. Pero él no se calmó. Y tampoco lo hizo el sábado 27. La Pimpollo tiene su propia versión de los hechos: adentro de la discoteca, Federico se acercó a su novio para insultarlo, y cuando ella se lo quiso llevar lejos una amiga le dijo: "Dejá, le está gritando de calentura, nomás". Le estaba por pedir a los de su grupo que se fueran para otro lado cuando Federico la agarró del brazo y le dijo que llamara a Cala. Cuando él se acercó, Federico le lanzó una trompada a la cara. La Pimpollo se metió en el medio a parar la pelea, pero recibió un golpe y alguien la sacó de ahí. En medio del caos ella se cayó, tropezándose con la gente, y cuando logró levantarse ellos dos ya se habían ido corriendo. Entonces corrió detrás de Federico, llegó a agarrarlo del brazo y él se dio vuelta y le mostró su pecho ensangrentado: "¡Mirá lo que me hizo este pibe!", le dijo, asustado... La Pimpollo se estremece ante el recuerdo.

Esas palabras de Federico, tan definitivas en este relato y tan conmocionantes como para ser publicadas sin demasiado detalle en aquellos primeros artículos de diario que yo había leído, piden ahora una tregua: Federico no había ido a la discoteca imaginando nada de esto que estaba ocurriendo. ¿En qué se estaba transformando ese ingenuo cruce de manos? Mientras tanto, el caos continuaba a su alrededor: alguien agarró de atrás a La Pimpollo y la separó de él, que siguió su camino. Cuando ella logró liberarse, fue hacia la puerta. Los porteros de seguridad ya habían hecho un cordón y no dejaban entrar ni salir a nadie, pero la Pimpollo se coló y encontró a Federico tirado en la boletería. Se quedó con él ahí. Le pidió a gritos a los porteros que llamaran a una ambulancia, pero uno de ellos le dijo que ya estaba muerto. “¿Qué sabés vos si está muerto?”, le gritó. Consiguió un celular y llamó ella. La ambulancia no llegaba y La Pimpollo se sentía mareada. Una amiga la encontró y la llevó a tomar aire. La noche daba vueltas en su cabeza: fue entonces cuando se desmayó.

La Pimpollo se despertó en un taxi, con rumbo a su casa, adonde la esperaba Cala, que se sorprendió con la noticia de la muerte y no le creyó. Ella se desesperó, lloró y lo acusó. Pero sus recriminaciones no sirvieron para nada: al final, se fueron a dormir. La Pimpollo no pudo. Se hizo de día. Y sonó el timbre. Era la policía. “Tenés que acompañarnos por el homicidio de Federico Medina”, le dijeron. Su madre también se subió al patrullero. La tuvieron en la comisaría hasta las seis de la tarde del domingo, acaso como carnada para que el novio se entregara. Cuando volvió a su casa, se derrumbó en la cama. Pasaron un par de días en los que ni siquiera pudo levantarse para salir; lloraba sin parar. Después comenzó a tener pesadillas. Y creyó estar volviéndose loca cuando des-

---

## Una antología de no ficción

cubrió que el *top* que había usado ese día tenía, a la altura del pecho izquierdo, un tajo. Justo ahí, por donde habría pasado la navaja, se encontraba el alambre del corpiño, y ella está segura de que eso la salvó. Durante mucho tiempo no se lo confió a nadie: es que llegó a pensar que la habían querido matar también a ella.

La Pimpollo y Cala, que ya estaba detenido, continuaron con su relación cuatro meses más. Al principio, ella le escribía y él la llamaba por teléfono, pero nunca pudieron hablar profundamente del tema porque tenían miedo de que la comunicación estuviera siendo escuchada. Ella dice que él le juraba que era inocente. Pero llegó un momento en que pensó todo fríamente y se dio cuenta de que las cosas no podían ser como él decía. Un día le dijo que no quería que la llamara más. Otro día no lo atendió. Otro tampoco. Y entonces se acabó.

Después de terminar su largo relato, la máscara de la *femme fatal* que mejor sabe llevar la Pimpollo se va diluyendo y deja paso, ahí detrás, a una chica frágil, tal vez una víctima más del caso. Antes de despedirse y tomarse el colectivo 111 para volver a perderse en Villa Pueyrredón —esta vez, para siempre—, dice que a los 17 años no podría haber previsto que su ingenua infidelidad podía llegar a terminar así. Y creo que la entiendo.

\*

El sábado 27 de diciembre de 2003, mientras Federico y Sebastián hacían la fila para entrar a El Teatro, y a lo lejos cruzaban la avenida Álvarez Thomas la Pimpollo y Cala, cuando faltaba muy poco tiempo para que todo quedara destruido para siempre, alguien más se dio cita en esa discoteca. Tati y

Lala, que no sabían qué iban a hacer esa noche, pasaron por ahí con otros amigos, sin saber que los primos también andaban cerca. Las chicas estuvieron un rato en la puerta, empujaron y trataron de ganar un lugar en la fila, pero ni siquiera pudieron llegar a la boletería. Se estaban yendo cuando algo las detuvo. Un grito le ganaba al bullicio, una voz demasiado conocida las llamaba: “¡Tati, Tati!”, pero ¿desde dónde? Tati se dio vuelta y no vio a nadie. “Nos vamos”, dijeron: odiaban los lugares tan cargados. Rumbearon para el barrio de San Telmo y pasaron la noche en La Trastienda, un club más pequeño. Nunca se hubieran imaginado que ahí habían dejado atrás a Federico, peleando por conseguir un lugar para meterse en la gran discoteca. Era el último sitio en el que él podría estar —y sin embargo, ahí estaba, tenaz, obstinado, justiciero. A las seis de la mañana, ya con el sol de fin de año colgado y caliente, tomaron un taxi para volver a casa y en el camino pasaron por El Teatro. Vieron que el boliche estaba cerrado y que no había gente, pero sí un patrullero. “Qué raro”, pensaron. Recién al día siguiente comprendieron quién las había llamado.

*[Publicado en Sangre joven: Matar y morir antes de la adultez,  
Tusquets Editores, Buenos Aires, Argentina, 2009]*



## **El pibe millonario: Homicidio y misterio en Chascomús**

El estruendo de un tren cada vez más cercano. El sol del mediodía, ardiente. Y una pelota que se precipita hacia las vías, seguida de cerca por un niño que no la quiere dejar ir y que no le presta atención a nada más. Los otros nenes, que juegan con él, advierten que la locomotora viene, impetuosa y fatal, pero no pueden hacer nada para salvar a su amiguito de su destino.

O: el estruendo del tren y el sol, pero sin la pelota y sin los otros niños jugando. Sólo él, tratando de treparse a alguno de esos vagones de carga que están pasando lentamente. Pisa mal, resbala y se cae en medio de dos vagones.

Es el año 1996. El escenario es una vía por donde el tren pasa pocas veces, muy cerca de la estación de Ranchos, una pequeña ciudad de la provincia de Buenos Aires que en la época del esplendor ferroviario hacía de empalme para otras, más importantes: La Plata con Brandsen y Brandsen con Tandil. El tren carguero lleva la piedra que va a servir para asfaltar la ruta 2, que pasa por Chascomús, la ciudad madre de Ranchos.

Algunos ven el accidente, y más tarde cuentan que cuando el tren alcanzó a frenar, el chico intentaba salir de entre sus ruedas: logró sacar una pierna, pero la otra quedó atrapada. Las consecuencias en su cuerpo serán claras, pero lo que nunca se sabrá es cómo sucedió el accidente: él le contará a sus familiares que estaba solo cuando ocurrió la tragedia, pero la gente que andaba por ahí lo vio jugando con una do-

cena de amiguitos. Sin embargo, el niño nunca nombró a ninguno. Y ninguno de ellos se acercó a contar que había estado con él. Más tarde habría un juicio contra la aseguradora del tren de carga Ferrosur Roca, y aunque muchos vecinos declaren y cuenten que vieron a otros pequeños, no podrán aportar nombres o detalles, porque todos estaban a unos cuantos metros del lugar. Una señora que vivía a dos cuadras de la estación aseguró que cuatro o cinco chicos la cruzaron, corriendo muy rápido, pero no alcanzó a verle la cara a ninguno.

El niño se llama Mauricio Ponce de León y le dicen “Perico”, y aunque nunca cuente los detalles de la historia, sus cicatrices atestiguarán para siempre el accidente que tuvo a los 11 años. Primero le fueron amputados un pie y los dedos del otro. Después, la gangrena — voraz — trepó hasta llevarse por completo su pierna derecha y sólo se detuvo por debajo de su rodilla en la pierna izquierda. El niño atravesó 25 días de coma farmacológico y operaciones en un hospital de La Plata, la capital de la provincia. Su padre lo esperaba afuera, en una casa rodante donde recibía los partes pavorosos de la infección gangrenosa y los otros, más consoladores, que indicaban que su hijo saldría adelante. Una psicóloga lo visitaba mientras permanecía adormecido por los fármacos. Ella le hablaba en susurros, directo a su inconsciente, cuando los médicos le bajaban las dosis, y le contaba sobre su familia y sus amigos. Él, desde algún lugar de su mente, balbuceaba palabras de un sentido confuso. Pronto despertaría, y comenzaría a vivir una nueva vida, donde la angustia se conjugaría con la superación personal y la compasión de los demás quedaría opacada ante los desafíos que él mismo se impondría para demostrarse, y demostrarles, que el tren no lo había vencido.

Si en su auto entran cuarenta amigos, él lleva a los cuarenta. Si van a bailar a la ciudad de Castelli, que queda a unos cuantos kilómetros de Chascomús, y no caben todos en un solo viaje, él es capaz de ir y volver para que nadie se pierda la fiesta. El Peugeot 206 azul que maneja es una pequeña coupé tuneada con guardabarros, *spoiler* y un equipo de audio imponente, que despierta a los dormilones y les advierte quién está llegando.

Mauricio Ponce de León, alias Perico, suele llevar el cabello teñido de rubio, o con claritos, y elige ropa de marca que compra en Buenos Aires. Se ha convertido en uno de los personajes más populares de la ciudad: es carismático, anda por todos lados en muletas de aluminio y tiene una pequeña fortuna que ganó en el juicio que sus padres le hicieron a la aseguradora del ferrocarril.

Corre el año 2004, Mauricio tiene 19 y una novia de 15 a la que visita todas las tardes, que es la envidia de muchos. Varias chicas han pasado por su auto y por sus brazos. Ante la mirada de ellas, aprendió a compensar la prótesis que lleva por debajo de la rodilla izquierda y las muletas que lo ayudan a andar, con una sonrisa encantadora y un auto bien cuidado, que es casi una extensión de sí mismo. Pero ahora que tiene novia, Mauricio, que se sabe fachero y mujeriego, decide ser hombre de una sola mujer. Está enamorado.

Su vida está rodeada de delicias, pero también hay visitas periódicas al médico que supervisa su ortopedia, voces por detrás que lo señalan como “el rengó” o “el pata de palo” y muchos amigos que sólo lo acompañan por interés. Ellos se entusiasman cuando lo ven abanicar los billetes de cien en la mano: “Vamos, che, ¿cuál es el problema acá, que están todos

tan bajoneados?”, arenga Mauricio, y los lleva a comprar zapatillas y teléfonos celulares. Otros no esperan y lo encaran sin demasiada cortesía. Él se cansa de escucharlos en las discotecas, persiguiéndolo como moscas y gritándole por sobre el ruido de la música: “Perico, dame plata para comprar una cerveza, dale, dame algo nomás”. Mauricio les convida de su billetera a todos: para él, hasta los más codiciosos son amigos.

Cuando cae el sol, Mauricio y sus amigos pasan por el All Sports Café para ver y hacerse ver: el Sports es el punto clave donde empieza el fin de semana. Tiene en sus paredes algunas camisetas de fútbol autografiadas y un par de trofeos locales. Hay pool, pizza y goles en pantalla gigante. El Sports está situado en la calle Libres del Sur, la vía principal de Chascomús, y tiene mesas en la vereda. Ocupa la planta baja de un edificio que en su primer piso tuvo una discoteca en la que se bailaba cumbia (cuando se llamaba “Lennon”) o rock (bajo el nombre de “Bolivian Blonde”, con bandas en vivo, como Los Villanos).

Para Mauricio, el edificio del Sports y de la discoteca, que en realidad pertenece al Club de Empleados de Comercio de Chascomús, es una mina de oro. Sus padres, y especialmente su tía Mabel, le han aconsejado sobre su pequeña fortuna: “Invertí en propiedades”, le dijeron. Él aceptó la sugerencia para vivir de rentas en el futuro y compró algunas casas, pero el edificio de la calle principal es un proyecto más ambicioso. Por eso decide ofertar cuando se entera de que una hipoteca mal pagada lo lleva a remate, aunque sabe que sus administradores no están dispuestos a desprenderse fácil. Pero Mauricio se ilusiona con abrir su pista de *bowling* en el primer piso y con entrar al Sports como si fuera su propia casa. Tiene casi 20 años. A esa edad, ¿quién no soñó con cambiar el mundo?

—Yo no sé qué conocés vos de los chicos, pero no debe haber cosa más hiriente. Mauricio se vino de Ranchos porque no se sentía cómodo con sus amiguitos, y eso que se criaron juntos desde el jardín de infantes. Pero en la adolescencia le costaba mucho estar allá. Tal vez veía que todo le pasaba muy por al lado, no sé, pero buscó venir a Chascomús y vivió con nosotros durante dos años.

Mabel Ponce de León es una señora alta y corpulenta, vehemente en sus palabras y tierna a la hora de recordar a su sobrino Mauricio. Fue peluquera y aprendió algo de contabilidad a la fuerza, cuando él la designó para que le diera una mano con la administración de sus bienes. Ella era la madre de sus dos primos preferidos: Eugenio y Agustín, con quienes compartía más aventuras que con sus hermanas, dos mujeres que andaban por los treinta, y una nena que todavía jugaba a las muñecas. Compañía aburrida, en todos los casos.

Mabel conversa conmigo en el comedor de su casa. Las persianas están bajas: afuera quema el sol. Los vecinos duermen la siesta. Mabel fue como una segunda madre para Mauricio mientras vivieron juntos. La tía repasa álbumes de fotos familiares y me cuenta algunas anécdotas felices: la peregrinación que hizo Mauricio con su padre en una bicicleta de doble comando hasta Luján, a un año de haber sufrido el accidente; las medallas doradas que ganó en 2003 y 2004 en lanzamiento de clava, en las olimpiadas escolares de los Torneos Bonaerenses; la tarde que conoció a un *surfer* que le prestó su tabla para barrenar una gran ola con un grito de felicidad que sus tíos escuchaban desde la orilla; las travesuras en kayak en la gran laguna de Chascomús, que atrae a los

---

## Una antología de no ficción

porteños que vienen escapando del hormigón desde allá lejos – aunque no tanto: a poco más de cien kilómetros.

Mabel ha vivido en Chascomús desde que tenía 19 años, pero es oriunda de la ciudad de Ranchos, como Mauricio. Su abuelo era un indio pampa y su abuela, una española. Ranchos era (y es) un pueblo calmo, y Mauricio era un nene que andaba de casa en casa, acompañado de su mejor amigo, el pequeño Flavio. Tal vez fuera uno de los habitantes más conocidos, cree Mabel: es que eran apenas diez mil. Uno de ellos fue el que le puso el apodo de “Perico” a Mauricio. El tipo tenía un kiosco, y se sorprendía con ese nene de tres años que le pedía de todo. “¡Sos un perico manguero vos, che!”, le decía con cariño. Mauricio creció en un hogar de clase media sencilla: su padre, el hermano de Mabel, tenía un camión de reparto de vinos y jugos. Muchos años después de vivir las anécdotas del pueblo chico, Américo – así se llama – estacionó el camión para siempre: el triste destino de su hijo lo alejó del reparto y le dio la tranquilidad de vivir de rentas, gracias a las propiedades que compró Mauricio con su indemnización.

– A él le quedó, desgraciadamente, una buena posición económica – se amarga Mabel.

Después del accidente, Ranchos dejó de ser un lugar tranquilo para Mauricio, y el mundo pequeño y bucólico de diez mil almas sólo sobrevivió en sus recuerdos, porque sus compañeritos comenzaron a burlarse de él. Una vez que se estaban por meter a la pileta todos juntos, le tiraron al agua la prótesis que él llevaba en la pierna. De a poco, Mauricio se fue alejando y prefirió empezar una vida en Chascomús. Comenzó yendo los viernes: volvía del colegio, tiraba la mochila y se iba lo más rápido que podía a sacar el boleto para viajar (aunque, en realidad, siempre lo dejaban pasar gratis

porque en la estación le festejaban todas sus travesuras). En la casa de su tía lo esperaban sus primos, que le llevaban uno y dos años, y que andaban con él para todos lados. Lo único con lo que tuvo que negociar fue con los límites que Mabel le quiso poner. “Ésta es mi casa: acá mando yo y no vos”, le advertía la tía, pero sabía que para Mauricio era muy fácil (y muy divertido) ir al fondo, buscar una bicicleta y salir a dar una vuelta por ahí, sin pedir permiso ni avisar a nadie. Como en Ranchos.

Mabel lo recuerda con tanta vehemencia que pareciera que la batalla todavía no ha terminado:

—El tema de la responsabilidad era muy difícil con él —repite una y otra vez.

Al principio, le pidió a Mauricio que anduviera siempre con sus primos. Cuando él se instaló definitivamente en su casa, Mabel insistió para que se anotara en el colegio secundario. Perico tenía 17 años, pero no había aprobado ni siquiera primer año.

—No le gustaba estudiar. Él no quería obligaciones ni nada que lo dejara encerrado en un lugar: a él le gustaba ir y venir todo el tiempo —dice su tía.

Al final lo convenció por cansancio: en Chascomús, Mauricio consiguió una vacante en un colegio secundario nocturno al que iba en bicicleta, pedaleando con un pie, que no sólo era el único que tenía, sino que además era una prótesis. Algunos meses después, su tía le preguntó cómo le estaba yendo. “No sé, porque nunca escribí nada”, le respondió él. Era pleno julio, y las vacaciones de invierno estaban cerca. Ya era hora de replantearse las cosas: “Mirá, Mauricio, o buscás una carrera que te interese para cursar en el futuro y estudiar de verdad, o no vayas más, porque estás sufriendo”, le pro-

puso ella de mala gana. Y entonces, su sobrino dejó de nuevo el colegio.

En esa época, Mauricio andaba con una prótesis sencilla que había conseguido gracias a una pensión que tenía como discapacitado. Una pensión mínima, lastimosa, que no superaba los doscientos pesos. Todavía no había cobrado el dinero del juicio por el accidente: el pequeño tesoro estuvo un tiempo largo bajo siete llaves. El juicio fue prolongado y durante la crisis económica del año 2001, la plata quedó retenida. Para superar los estorbos judiciales y hacerse con la indemnización, sus padres lo emanciparon cuando cumplió 18 años, siguiendo el consejo de un abogado. Así logró sacar su dinero, pero lo que recibió fueron unos cuantos fajos de billetes devaluados: antes del *crack* la suma ascendía a 400 mil dólares (o su equivalente en pesos, cuando un dólar costaba un peso) y, luego de la devaluación del año 2002, finalmente se redujo a 725 mil pesos, lo que, con un cambio generoso, se traducía en unos 250 mil dólares. Aún así, no era poco.

Con el dinero en la mano, los días de Perico cambiaron. Lo primero que hizo fue encargar una nueva prótesis, de silicona con pie de titanio.

—La diferencia se notaba, y mucho —evoca Mabel.  
—Con la otra, él tiraba una patada y se le salía la pierna.

En algún momento siguió un nuevo consejo de su tía y de sus padres y montó una *boutique*: compraba ropa al por mayor en Buenos Aires y la revendía. Pero se aburrió rápido del negocio. Después, comenzó a gastar su dinero en pequeños: se daba todos los gustos con los que había soñado desde que tenía 11 años.

La cuenta que abrieron en una sucursal del Banco Provincia quedó a nombre de Mauricio y de Mabel, que trata-

ba, cada vez que podía, de ponerle algún límite a sus antojos. Pero él estaba emancipado. Ya era un hombre. Y los hombres no le preguntan a la tía en qué deben gastar la plata.

—Yo no le podía decir que no a sus deseos, pero a lo sumo le podía aconsejar que se comprara algo más chico de lo que tenía en mente — cuenta Mabel. — Porque en un momento estaba ilusionado con comprarse un camión Scania, como el que tenía Maradona.

Mantuvieron una de esas discusiones cuando Perico quiso cambiar su auto. Mabel estaba en la cocina, picando cebolla, y él entró, entusiasmado. “Quiero cambiar ya el auto”, le dijo. Ella sabía que era otro de sus antojos, de esos que lo arrebatan con ansiedad. Se tomó su tiempo para contestarle y lo hizo con frialdad: “Ahá. Y eso por qué”. Se imaginaba lo que venía: Perico había pasado por la concesionaria de autos y el vendedor lo había tentado con todas las ventajas del nuevo modelo del Peugeot 206, que venía con techo corredizo. La tía discutió y sugirió alternativas, pero al final no lo pudo evitar: Mauricio se compró un 206 negro, impecable, cero kilómetros. Al lado, su 206 anterior, que había comprado usado, era un trasto viejo.

Mauricio se entusiasmó con el techo corredizo y no escuchó el consejo que, una vez más, le repetía su tía: “Vos tenés que manejarlo con mucho cuidado, porque la gente sabe que tenés dinero, pero no sabe cuánto; no tenés que andar ostentando, sino con perfil bajo”. El veloz ascenso del chico inválido que hasta hacía poco andaba en bicicleta, pedaleando con un solo pie, y que ahora cambiaba un 206 usado por uno nuevo con techo corredizo, llamó la atención de algunos vecinos que no conocían los detalles de la historia de Perico, pero que apreciaban sus imágenes más evidentes.

---

## Una antología de no ficción

Perico disfrutaba de esas mieles cuando eligió participar del remate del edificio del Club de Empleados de Comercio; o sea, el del All Sports Café. Fue una decisión arriesgada:

—Mauricio me dijo que el presidente del Club, que conocía a la madre de una chica con la que él había salido, le planteó que pusiera los 230 mil pesos que necesitaba para que el juicio de la hipoteca no se llevara adelante, y con eso le dejaba la parte de abajo a él —recuerda Mabel.

El presidente del Club, un ex diputado provincial del Partido Justicialista, contó en cambio que Mauricio fue el que le propuso el negocio. Como sea, Mauricio fue a ver a su abogado, el mismo que le había liberado su indemnización, en busca de consejo. Él le confirmó que podía ir al remate y hacer una compra legal sin subdividir el inmueble. Mauricio no se animó a ir en persona a ver caer el martillo a su favor, sino que mandó a su tía. Ella volvió con una buena noticia: había gritado la mejor oferta. Pero pasaría más de un año de apelaciones judiciales hasta que recibieran la llave. El edificio es hoy uno de los más caros de la ciudad.

En el año 2004, algunos meses antes de recibir la llave del Club, Perico volvió a vivir con sus padres. No eligió regresar a Ranchos, como ellos le pedían, sino que los llevó a Chascomús, y se mudaron los tres a un chalet suyo. Las cosas habían cambiado muy rápido para él y tal vez encontró algo de calma teniéndolos cerca, pero Mabel lo duda:

—Cuando Mauricio estaba esperando ser mayor de edad para disponer de su indemnización tenía muchos proyectos, pero se encontró amo y señor de ese dinero antes de lo previsto, y aparecieron dos cosas muy dispares: por un lado, tenía todo resuelto a nivel económico; pero a la vez, todo ese dinero no le devolvía nada. Creo que en muchas cosas le cambió la vida, pero en lo principal lo confundió más.

El 26 de febrero de 2005, nadie esperaba que Perico fuera asesinado.

\*

Un kilo de carne picada. Medio de colita de cuadril. Cuatro chorizos. El Balá va y viene detrás del mostrador de la carnicería cortando, pesando y embolsando la carne que los vecinos se llevan con regocijo este sábado al mediodía. Cuando el reloj marca la una, cuelga su delantal y sale con su bicicleta. Camino con el carnicero sin rumbo por las calles serenas de Chascomús, surcadas por algunos ciclomotores.

— Mauricio era un amigo de verdad, y un amigo no se consigue todos los días — dice el Balá antes de que formule mi primera pregunta.

El Balá, que se llama Daniel, fue el mejor amigo de Perico. Se habían conocido un tiempo atrás, en Ranchos, a donde vivían. El Balá recorrió un millar de kilómetros en el Peugeot 206 de su amigo: él era su copiloto de cada día. Juntos fueron a comprar ropa a la feria de La Salada, en el conurbano bonaerense; viajaron a La Plata, donde Perico veía a su psiquiatra; y sedujeron mil chicas en los boliches de Castelli, Lezama y Ranchos, los pueblos cercanos de Chascomús. No hay mucha gente que recuerde que Perico estuviera acomplejado por su discapacidad, pero en esos boliches el Balá fue testigo de algunos momentos inusuales de flaqueza, cuando la gente le saltaba encima a Mauricio o lo chocaba, y él se tenía que alejar.

Si el Balá habla de Perico, sus ojos se nublan. Lo extraña. Y recuerda con nostalgia cuando manejaban juntos la camioneta Ford Transit del tío de su amigo:

— Él pasaba los cambios con el embrague y yo aceleraba con el pie izquierdo.

---

## Una antología de no ficción

La amistad funcionaba de ida y vuelta: el Balá ayudaba a Perico con los mandados que implicaban cierta movilidad; y Perico le ponía un poco de estilo a la vida de aquél.

— Yo aprendí a vestirme con onda gracias a él, que era un loco de las pilchas. Antes yo usaba bombachas de gaucho y alpargatas — confiesa el Balá.

Además del glamour, Perico lo convenció de crear una cuenta de *mail* (que es la que todavía usa) y hasta se hacía pasar por él para recomponer por chat una relación acabada. “Yo te voy a enderezar”, le decía Perico al Balá, y después le prometía flores a la chica en nombre de su amigo. Perico quiso convencer al Balá de que se tatuara, pero no lo consiguió. A él los tatuajes ya se le habían hecho rutina: en su piel convivían una iguana con un lobo que le aullaba a la luna; y unas letras chinas con un diseño tribal.

— Una vez le ganó uno gratis al tatuador — recuerda el amigo con una sonrisa. — Le apostó que no iba a poder tatuarlo en una parte de su cuerpo. El tatuador le dijo que podía tatuarlo donde fuera. Pero Perico se levantó el pantalón y le señaló la pierna ortopédica y, obvio, le ganó el tatuaje gratis.

Cuando se peleó con su viejo, el Balá se fue de casa. Y Perico lo recibió en el chalet donde vivía con sus padres. Para el Balá fue una época de oro: andaban juntos desde que se despertaban hasta que se acostaban. Tal vez por eso se fastidia cuando le pregunto por todos los amigos que rodeaban a Perico. — Perico casi no tenía amigos. Esos eran conocidos, le caían bien y listo. Lo que pasa es que acá a cualquiera se le dice “amigo”. Y la palabra “amigo” es grave, es importante.

Aparte del Balá, hay cuatro personas que conocieron mejor que nadie a Perico. Ninguna tenía más de 21 años cuando él murió. El mayor era su primo Agustín. Y Eugenio era el

hermano de Agustín. Ellos dos habían tratado siempre a Mauricio como un hermano más y lo habían integrado en la vida social juvenil de Chascomús. La muerte de Perico les dejó un vacío en su rutina. Ni siquiera quieren hablar conmigo cuando los visito, aunque ocasionalmente se quedan escuchando desde lejos la charla que mantengo con Mabel, su madre.

En su último año de vida, Perico se enamoró. Y recorrió más veces que nunca los 60 kilómetros de la ruta a Castelli, el pueblo de ocho mil habitantes donde vivía Marina, una morena bonita. Se habían conocido el 28 de febrero de 2004 en Unión, una bailanta de Chascomús. Ella estaba pasando las vacaciones en la ciudad. Él había festejado ese mismo día su cumpleaños número 19 y salía con sus amigos a bailar cumbia y a conocer chicas.

— Cuando lo vi, me flasheó — admite Marina.

La novia habla rápido y sonríe ante los recuerdos.

— Me pareció re lindo, aunque le faltaba una pierna. Eso fue, en realidad, lo que hizo que le prestara atención. Si no, era uno más.

Esa primera noche sólo cruzaron unas palabras, y el primer beso llegó al día siguiente, en otro boliche, La Torre.

Después del primer fin de semana, Mauricio pisó el acelerador: durante los días que siguieron viajó a Castelli para verla, y una semana después conoció a sus padres. Muy pronto los novios empezaron a hacer más esporádicas las salidas con sus amigos para pasar juntos más tiempo. Los fines de semana iban al club de Castelli, donde Perico sorprendía a toda la familia de su novia (y a su novia) demostrando su destreza en tenis, *paddle* y fútbol.

— ¡Con una muleta paraba la pelota y después le pegaba con todo! — dice ella.

---

## Una antología de no ficción

De noche pasaban por All Sports Café y después iban a bailar. Ella lo convenció de que cambiara las bailantas por las discotecas, y comenzaron a frecuentar la Castelli News. Él aceptó, pero seguía escuchando en su casa la cumbia de La Base, La Rama y La Clave Norteña. De vez en cuando la celaba: no le gustaba ni siquiera que saliera con las amigas, y eso a Marina, que ahora hace una mueca de disgusto, no le gustaba. Pero admite que también lo celaba a él.

— Vivimos todo muy rápido. Fue un año en el que anduvimos de acá para allá, viajando un montón: fuimos a San Nicolás, a Mar del Plata, a Cariló y a Pinamar. Todo lo que hicimos no se hace ni en cuatro años — dice Marina.

Mauricio pasó con ella sus últimas vacaciones. Se fueron juntos entre el 12 y el 23 de febrero de 2005 a visitar a los primos de Marina a San Nicolás, donde comieron helados de dulce de leche, jugaron al *bowling* y se empacharon en un restaurante de tenedor libre de la ciudad de Rosario, que no quedaba lejos.

Los novios no necesitaron demasiado tiempo para mostrarse tal cual eran: cuando Mauricio se quedaba a dormir en la casa de Marina, dejaba de lado las muletas y la prótesis, y ella lo alzaba para llevarlo al cuarto. “¡Marina! ¡¿Qué hacés con el chico así?!”, le dijo su viejo la primera vez que la vio. Después se fue acostumbrando, y al final aceptaba que Mauricio anduviera caminando con las manos, arrastrándose o haciendo la vertical.

— Yo veía que el tema de su discapacidad lo tenía muy superado — dice la novia. — Hacía chistes sobre la pierna que le faltaba: “Yo soy la Mentira, tengo patas cortas”, o si no se ponía la pata al revés, ¡y el que no lo conocía se quería morir!

Sin embargo, el ánimo de Perico era cambiante. Marina recuerda que fue su tía la que le recomendó ir ver a un

psiquiatra en La Plata. Las secuelas psicológicas del accidente pronto afloraron como un tema puntual de trabajo en las sesiones. Y aunque él se esforzara por ser uno más, quedaba claro que había tenido que aprender a vivir siendo diferente, discordante, en un lugar donde todos eran iguales. La novia lo acompañó a La Plata algunas veces. A él le gustaba. Y aprovechaban para pasear e ilusionarse con estudiar juntos ahí. Mauricio prometió que iba a terminar el secundario y se iba a anotar en la carrera de Contabilidad o de Martillero Público para, en cualquiera de los dos casos, administrar sus bienes sin depender de nadie. Ella siempre había practicado deportes: quería estudiar Educación Física. (En el año 2006, Marina cumplió su parte de la promesa).

Hay una persona más en la lista de los amigos más íntimos de Perico: Juan, uno de los primeros aliados que hizo Mauricio cuando empezó a ir a Chascomús, mucho antes de cobrar su indemnización. Se conocieron en el local de videojuegos Futurama. Juan, que tenía la misma edad que Perico, trabajaba en el negocio de su viejo, a pocas cuadras del centro.

Cuando aparezco en el negocio, compruebo que Juan todavía anda por ahí. Una gorra cae graciosamente sobre el cabello revuelto que corona su mirada prudente. El motivo de mi visita lo sorprende. Dice que nunca habló del tema en público y que lo hace poco en privado. Pero admite que no era uno más entre los conocidos de Perico: por el contrario, asegura que él era “el” amigo. Y me propone que averigüe si todos los demás que hoy se lucen como compinches de Perico viajaron alguna vez a dedo o si, en cambio, se subieron siempre a su auto, con o sin invitación. De eso, de los amigos por interés, ya escuché. Pero Juan no quiere contar más. Quiere seguir trabajando y se excusa, aclarando que ahora es otro,

---

## Una antología de no ficción

que su vida cambió mucho desde que pasó todo eso. No sólo Juan perdió a su amigo, sino que además estuvo preso bajo la sospecha de ser partícipe del homicidio. “Me caía bien el loco, parecía buen loco. Me sorprendió que después del asesinato estuviera preso”, había dicho Marina sobre él.

Juan se enteró de la muerte de Perico alrededor de las 2 de la madrugada de un domingo, caminando por la ciudad con unos amigos. A uno de ellos le sonó el celular y le dieron la noticia. Ya todos sabían que el sábado a la tarde se había hallado un cuerpo brutalmente asesinado a la vera de la laguna, pero nadie conocía su identidad. Para Juan, hasta ese momento, había sido un fin de semana más: en la noche del viernes salió a bailar a Lezama, y volvió a las seis de la mañana. El sábado durmió sólo unas horas, se levantó temprano y trabajó hasta el mediodía. Después de almorzar se acostó de nuevo, muy cansado, para dormir hasta las ocho de la noche. Para entonces, su amigo ya estaba muerto.

A Juan le contarían la noticia a la madrugada, en el transcurso de una salida que, como la de la noche anterior, terminaría con los primeros albos del domingo. Cuando llegó a su casa encontró dos ejemplares de los diarios *El Imparcial* y *El Cronista*, en los que leyó la crónica de los hechos. Juan quedó aturdido, pero supo que podía aportar algo. Ese mismo domingo, bien temprano, fue a ver al padre de Mauricio y le dijo lo que sabía. Era la pista inicial de la investigación.

\*

Cuando Américo, el padre de Mauricio, escuchó la historia de Juan, comenzó a encontrarle algún sentido a la pesadilla que estaba viviendo. “¿Vos te animás a ir a declarar esto a la

comisaría?”, le preguntó. El chico asintió en silencio. Y contó ante dos policías que veinte días atrás un tal Claudio, un pibe al que no conocía demasiado bien, lo había cruzado en la calle. Claudio también manejaba un Peugeot 206, como Perico. Invitó a Juan a subir al auto y lo llevó a dar una vuelta por el centro de la ciudad. Ahí le contó un plan. Un plan aterrador: le dijo que tenía un estéreo con pantalla de DVD para auto, y que se lo iba a vender a Perico a un precio muy barato. Le iba a decir que el aparato estaba en una casa en el campo y entonces iban a ir hasta las afueras de la ciudad, adonde lo iba a matar, para después simular un secuestro y pedir un rescate de 40 mil o 50 mil pesos, con el propio celular de Perico.

Claudio quería que Juan hiciera un pozo del otro lado de la laguna para enterrar a la víctima, y le dijo que por esa tarea le daría cuatro mil o cinco mil pesos. Juan se negó, pero Claudio no se dio por vencido: le propuso hablar de nuevo cuando volviera de sus vacaciones, dos semanas más tarde. La vuelta duró diez minutos.

Juan nunca le contó el plan a Perico. No creyó que pudiera ocurrir realmente. “Uno cree que si alguien llega a proponer algo así es porque está loco”, se justificó él, en el negocio. La familia de Mauricio, en cambio, no ha podido entender su silencio.

\*

Los padres de Perico ya habían oído hablar de Claudio, pero no sabían que era un *disc-jockey amateur*, ni que había trabajado como operador en una FM de la ciudad. Tampoco sabían que a los 24 años ya se había ganado los apodos de “Pelado”, por llevar el pelo demasiado corto, o de “Gordo”, por su inci-

piente barriga. Lo que sí sabían los padres de Perico era que Claudio andaba buscando insistentemente a su hijo para venderle el DVD: lo paraba en la calle, lo llamaba por teléfono, e incluso llegó a tocarle la puerta a su casa. Le proponía un negocio redondo: venderle en 400 pesos un aparato Pioneer 4400, cuyo valor real era cercano a los dos mil. Claudio sabía que Perico era un goloso de la tecnología y se aprovechaba. Perico, en cambio, nunca sospechó que Claudio tuviera un plan en mente como el que Juan atestiguaría más tarde: sabía que era hijo de un empleado de alto rango de una fábrica de la zona y lo tenía por chico bien, de esos que no se meten en cosas raras. Las primeras impresiones son traicioneras.

Durante la noche del viernes anterior al crimen, Claudio y Perico se cruzaron de casualidad en la costanera. Claudio le hizo luces con el auto y cuando fue visto, se bajó y se arrimó al de Perico, para preguntarle si harían el negocio. “Sí, lo hacemos, mañana al mediodía”, le respondió Perico. En su auto viajaba con dos amigos y su primo Eugenio, que le advirtió: “Dejate de joder, qué vas a ir con ese gordo sinvergüenza, debe ser robado el equipo; andá y comprate uno nuevo si querés”. Perico se quedó pensando, pero el precio era muy bueno y le gustaba la idea de ver videoclips en el auto. A la una menos cinco del día siguiente, salió para la casa de Claudio con la intención de volver rápido: el almuerzo estaba servido y le pidió a la tía que le dejara unas milanesas para comer a la vuelta.

Bajo el sol del mediodía y a través de las calles vacías manejó treinta cuadras hasta la casa de Claudio. Él lo estaba esperando y salió a recibirlo. Después subió al auto y arrancaron, con la música a todo volumen. Fue la última persona que declaró haber visto con vida a Mauricio.

A las 13:22, Perico chequeó su celular en busca de mensajes de voz. Aún estaba vivo. Dos horas más tarde, un hombre casado y una nena que todavía no tenía 18 años decidieron escapar de la ciudad. No era bueno que alguien los viera haciendo lo que tenían en mente. En especial, no era bueno que los viera la esposa del tipo.

Anduvieron en bicicleta hasta un bosquecillo a la vera de la laguna, a doce kilómetros del centro de Chascomús. Se habían desviado de la ruta y habían pedaleado cincuenta metros por un camino de tierra. Sin conocer el lugar, se adentraron con curiosidad hasta que notaron la presencia de tres jóvenes entre los árboles, a lo lejos. No alcanzaron a distinguir qué estaban haciendo, ni su ubicación exacta, pero había algo raro en ellos. Estaban parados en semicírculo, hablando y gesticulando. Había, sí, algo raro. Cinco minutos después se fueron, y los amantes avanzaron lo suficiente como para descubrir un cuerpo inmóvil que yacía en medio de los árboles, con los brazos extendidos, maltratado hasta la muerte. Las moscas revoloteaban en su cara sanguinolenta. El tipo fue el primero que reaccionó y le tapó los ojos a ella: era demasiado chica para asomarse a este infierno. El cuerpo tenía varias lesiones, y la remera Bilabong y el pantalón Kosiuko que vestía estaban agujereados y manchados: Perico había tenido un cruento final.

En la comisaría —la única que hay en Chascomús— el teléfono sonó cerca de las cuatro de la tarde. Del otro lado, un tipo desesperado informaba sobre la aparición de un cadáver en un bosquecillo cerca de la laguna. A los policías no les fue fácil ubicarlo. Muchos se enteraron ese mismo día que esa

---

## Una antología de no ficción

zona poco transitada y resguardada por árboles y arbustos era conocida como La Liberata. Los envoltorios de preservativos tirados entre las hojas, de todas las marcas y los colores, daban cuenta de que también era una “Villa Cariño”.

Al principio, los policías creyeron que el homicidio se trataba de un nuevo capítulo, acaso una venganza, en el caso de un comerciante que había sido atacado por cuatro tipos algunos días atrás. Pero la pierna ortopédica que hallaron en el cadáver era en sí misma una marca de identidad. Los peritos hicieron un cerco con un radio de quince metros en torno al cuerpo de Perico, y comenzaron con la recolección de rastros: encontraron la batería y la tapa de un celular azul, un cordel de nylon, una cadenita de oro y un dije, y una muleta de aluminio deformada. Todo pertenecía a Mauricio. También notaron que en algunos árboles había sangre que, más tarde, descubrirían que era producto del contacto y no de la salpicadura: eso significaba que Perico había estado reclinado sobre esos árboles.

Encontraron en su cuerpo más de sesenta heridas y cortes. Sobresalía un feroz tajo en el brazo izquierdo que llegaba hasta la palma de la mano, tan profundo que dejaba entrever el hueso, pero sangraba poco y dedujeron que había sido el epílogo de su suplicio. En la nuca se contaban 18 puñaladas redondas y pequeñas. Una estocada en la espalda aceleró su muerte al llegar al pulmón. Al lado había otra herida, una quemadura por arrastre, causada por un auto: a Perico lo habían atropellado con su propio 206. En la autopsia anotaron que al menos dos puñales habían sido utilizados para el horror y se dejó constancia de lesiones contusas, cortantes y punzocortantes, y excoiaciones. “Parecía un compendio de la medicina legal”, diría la médica que lo examinó en la morgue.

Otros peritos y agentes se fueron sumando con el correr de la tarde a las tareas en el bosquecillo. A las siete y cuarto llegó el fiscal de instrucción. El paraje se convirtió en un hervidero donde los investigadores trabajaron con linternas y faroles hasta las diez y cuarto de la noche, cuando decidieron irse, dejando un policía hasta el día siguiente.

A esa hora encontraron el auto de Perico, su amado 206 negro, en un cruce de calles no muy transitado, a tres kilómetros del paraje y a ocho cuadras de la casa de Claudio. La cuñada de uno de los policías, que vivía cerca, llamó para avisar que había visto el auto después de la una y media del mediodía, cuando volvía de hacer los mandados, y que desde entonces estaba ahí. Otro testigo contaría que lo vio entre las dos y las dos y cuarto. Ya de noche, cuando comprobaron que era el de Perico, cercaron también esa área y llamaron a los peritos. El auto tenía un farol roto y el *spoiler* abollado. También la chapa patente estaba doblada. Al día siguiente lo levantaron con un crique en la comisaría y encontraron pelos, tierra y manchas de sangre en la chapa cubremotor y en el paragolpes. En el interior había barro, huellas y más sangre: el eco de la pelea daba la pista de que el crimen había comenzado adentro del auto y que había culminado en el bosquecillo.

El reloj también marcaba las diez de la noche cuando le dieron la noticia a Mabel y a los padres de Mauricio, que esperaban en la comisaría con incertidumbre. Habían estado buscando a Perico desde el mediodía. A la tarde, Mabel había llamado a José Ignacio Ochoa, su abogado, para contarle que su sobrino no aparecía. Ochoa había sido quien sugirió la emancipación de Mauricio como estrategia para cobrar la indemnización. Su padre había fundado en 1968 un estudio de abogados en Chascomús y él se había hecho fama liberando el

---

## Una antología de no ficción

dinero de los ahorristas que habían quedado atrapados en el corralito bancario de 2001. Mauricio y su familia habían vuelto a verlo una vez más, de cara a la subasta del edificio del Club de Empleados de Comercio. El sábado a la tarde, luego de escuchar que al cuerpo hallado en la laguna le faltaba una pierna, Mabel volvió a digitar el número de Ochoa, y esta vez era una llamada de urgencia. “Mabel, estoy en Mar del Plata de vacaciones con mi familia... No me podés decir eso, es terrible”, se preocupó el abogado. Y le pidió calma. Si no había novedades en dos horas, se comunicarían de nuevo. Ante el segundo llamado, Ochoa habló con el comisario y confirmó la noticia. A pesar del *shock*, se dijo a sí mismo que tenía la responsabilidad de seguir defendiendo a su cliente, ahora más que nunca, aunque estuviera muerto.

\*

El domingo, un día después del crimen de Perico, declaró Juan. Y el lunes lo hizo Claudio, pero su situación era muy diferente: le habían allanado la casa y habían encontrado el celular de Perico en un cajón de su habitación. Claudio ya había pasado a declarar por la comisaría durante el fin de semana como un testigo más, pero ahora lo habían detenido. Sólo un milagro podría correrlo de la mira del fiscal. O una buena coartada.

Cuando Claudio se sentó frente al fiscal y al instructor judicial, les contó que Perico fue a su casa a buscar el DVD y que él se acercó al auto con el aparato en la mano. Dijo que lo había comprado en Paraguay; y que luego había tenido el DVD en su propio auto. Perico revisó el equipo y le preguntó para qué era el cable RCA, y entonces Claudio se metió en

el 206 para explicarle, corriendo para atrás las muletas que estaban en el asiento del acompañante. Mientras le mostraba los cables, Perico lo interrumpió y le dijo que ya tenía alguien que se lo instalara. Entonces le cambió de tema: “¿Sabés dónde vive Juan? Me dijo que quiere hablar urgente conmigo”. Claudio le dijo que sabía y aceptó acompañarlo con la condición de que lo trajera de regreso a su casa. Cuando llegaron al negocio, Juan los recibió y les preguntó por el DVD que llevaban encima. La charla se alargó. Y a Claudio se le hizo tarde. Como notó que Perico no tenía apuro por llevarlo a su casa, decidió volver caminando. Había pateado un par de cuadras cuando escuchó un silbido y se dio vuelta para ver que Perico se iba con Juan en el auto.

Claudio contó que tuvo una tarde bastante aburrida: llegó a su casa, almorzó con sus padres y acompañó a su madre a visitar a su abuela en un hospital. Después salió a hacer algunos mandados y a las cinco de la tarde pasó a buscar a su novia, una chica que vivía en Buenos Aires. Juntos llevaron a su hermanito a un cumpleaños y volvieron a su casa. A las siete y media salieron de nuevo. Daban una vuelta por el centro cuando Juan y otro pibe, el Pepe, le hicieron señas desde el Sports para que se acercara a ellos. Claudio dejó a su novia adentro del auto y bajó. “Lo cagamos al rengó”, le dijeron. Claudio contó que no sabía de qué le hablaban: “¿Cómo que lo cagaron?”, les preguntó a Juan y al Pepe. “Lo matamos, lo hicimos boleta”, aseguraron. Él se preocupó: “Déjense de joder, boludos, se re zarparon...”. Pero ellos no ahorraron detalles en el relato: le contaron que lo desvanecieron en el auto y, ya del otro lado de la laguna, lo acuchillaron. “Pero salió para el tujes: no pudimos conseguir el teléfono de su casa”, se amargaron. Antes de irse, Claudio recibió una advertencia:

“Mirá, acá tenemos el celular del rengo. Hacelo desaparecer o tu hermanito caga”, le dijo Juan. Claudio lo agarró y lo guardó. Pero se olvidó de tirarlo y lo metió en su cajón.

Claudio admitió frente a sus interrogadores que no había preguntado nada más, pero dijo que para él estaba todo claro: algunos días antes del crimen, declaró, Juan lo había parado y le había contado que estaba ideando un plan. Un plan aterrador: le dijo que iba a secuestrar a Perico, y que también Ricky, el mejor amigo del Pepe, iba a participar. Le dijo a Claudio que habían pensado en él porque sabían que tenía más relación con Perico que ellos. Claudio también habló de drogas: contó que Ricky vendía en Chascomús y que Perico estaba empezando a vender en Castelli, y que por eso Ricky se había sumado al plan. Además, dijo que Juan le había ofrecido una enorme cantidad de dinero por participar. Pero él les dio la espalda: les dijo que no quería saber nada, que no se quería prender en esa. Sin embargo, no aclaró por qué no había denunciado esa propuesta.

Los investigadores estaban mareados: ahora tenían dos veces la misma historia (ésa de que fulano le dice a mengano que tiene un plan aterrador para secuestrar y matar a Perico), pero con diferentes actores. Su trabajo era decidir si le tenían que creer a Juan o a Claudio. Hacerle tragar sombra al fulano indicado y limpiar de culpa el buen nombre del mengano inocente.

Pero si el panorama no era lo suficientemente complejo, aparecería una nueva versión de la historia: tres policías atestiguaron que habían escuchado otra historia de boca de Claudio, en la comisaría de Chascomús, cuando le estaban leyendo las razones por las que ingresaba al calabozo. El fiscal, que llevaba adelante la investigación y tenía que estar al tanto

de todo lo que se decía, ordenó tomarle declaración también a esos policías. Porque la historia que Claudio había declarado ante él — su historia oficial — desentonaba en algunos detalles con la que los agentes decían haber escuchado.

Los policías declararon que Claudio se quebró en el despacho del comisario, mientras le leían su situación procesal. “Me van a matar si se enteran de lo que voy a decir”, murmuró entre sollozos, antes de iniciar su defensa. Les dijo que un par de semanas atrás Juan lo había parado cerca de la laguna y le había propuesto un plan. Un plan aterrador: “Lo quiero hacer cagar a Perico”, le dijo. Quería secuestrarlo para pedir un rescate de 55 mil o 60 mil pesos, pero como no tenía sitio para esconderlo, lo iba a matar desde el inicio de la operación. La tarea que le encomendaba a Claudio era buscar un pretexto para atraer a Perico y entregárselo. Juan haría el trabajo sucio con dos amigos, Ricky y el Pepe. En esta versión de la historia, a Claudio le tocaría una suma de 10 mil pesos por su participación.

Según los policías, Claudio se secó las lágrimas y continuó: dijo que él mismo ideó la excusa del DVD para acercarse a Perico. En la historia que le contó al fiscal, Claudio había negado su participación en el plan. Pero en esta vuelta las cosas cambiaban: el viernes anterior al crimen, después de confirmar la venta para el día siguiente, Claudio se encontró con Juan a la una de la madrugada para decirle que estaba todo listo. A cambio, recibió las coordenadas: la entrega sería en el negocio donde aquél trabajaba. Al día siguiente, cuando Perico apareció por su casa, Claudio le indicó que irían a buscar el DVD a la casa de otro posible comprador, y lo guió hasta el negocio de Juan. Claudio no aclaró si Perico le hizo entonces algún comentario, pero dijo que cuando llegaron, y

---

## Una antología de no ficción

después del encuentro entre Perico y Juan, él se bajó del auto y se fue corriendo a su casa. Relató que, desde lejos, alcanzó a ver que Juan se subía al auto y se retiraban.

La historia sigue: ese mismo día a las siete de la tarde, mientras el fiscal llegaba a la escena del crimen, Claudio pasó por el Sports. Iba en su auto, acompañado por su novia. En una mesa vio a Juan y al Pepe, y se bajó para preguntar qué había pasado. “Ya está, ya lo cagué”, le dijo Juan, y le contó que había conducido a Perico hasta un lugar donde lo estaban esperando los otros dos, para liquidarlo. Pero Perico se había resistido y le tuvieron que dar un golpe en la cabeza para desvanecerlo. Lo estaban llevando a un bosquecillo cuando volvió en sí. Entonces lo intentaron asfixiar y lo acuchillaron. Y al final, ya muerto, lo abandonaron entre los arbustos y los árboles.

Claudio continuó: les dijo a los policías que después de contarle todo esto en el Sports, Juan le dio el celular de Perico y le ordenó que lo hiciera desaparecer, porque sin la batería ya no servía. Le entregó, además, cuatrocientos pesos. Claudio aclaró que se guardó el celular en el bolsillo y que lo iba a tirar por ahí, pero que no se animó a hacerlo.

Un testigo avaló los dichos de Claudio: era un albañil de 24 años que se presentó en la comisaría por su propia voluntad, para contar que Juan lo había parado en la calle, aquel mismo sábado a las siete de la tarde, cerca del Sports. “Loco, mirá, te vendo un teléfono”, contó que le dijo Juan. Pero él no lo aceptó y siguió de largo. El albañil quiso declarar, según dijo, porque tenía miedo de que Juan lo incriminara a él.

Todas las versiones se contradecían. El fiscal estaba en problemas.

\*

La historia de vida de Perico había terminado de la peor manera. Y el crimen, lleno de crueldad, conmocionaba a la opinión pública. Parecía que el horror de Chascomús asustaba también a los magistrados de Dolores —la pequeña ciudad donde estaban asentados los tribunales, ochenta kilómetros más al sur—: el fiscal que tenía que hacerse cargo de la investigación estaba de licencia cuando ocurrió el crimen, y sus reemplazantes fueron variando sin dar explicaciones en los primeros días.

— Cuando un hecho de estos no se descubre dentro de las primeras 72 horas, es muy difícil llegar a la verdad —evalúa José Ignacio Ochoa, el abogado que se hizo cargo de la querrela en nombre de la familia de Mauricio. — Nosotros pedíamos tener un solo fiscal y no todos los días uno nuevo, que a su vez venía con otras diez mil causas.

Al final, la solución llegó a través del intendente de Ranchos, Edgardo Uribarri, un peronista que tenía línea directa con el presidente Néstor Kirchner. En dos días lograron ser atendidos en la Casa Rosada. El viernes 4 de marzo, los padres de Mauricio y su tía Mabel viajaron a Buenos Aires. El presidente le ofreció un abrazo a la madre de Perico (alguien se ocupó de que los fotógrafos estuvieran allí en ese momento) y luego charlaron durante una hora. Antes de irse, los padres de Perico y la tía Mabel participaron de una conferencia de prensa encabezada por el ministro del Interior, Aníbal Fernández. “El gobierno nacional va a seguir de cerca la evolución del caso y no va a permitir que se encubra a nadie. Si algún funcionario intenta interferir, será desplazado de su cargo”, dijo el ministro. Desde ese momento, se abrieron todas las puertas, y el caso de Mauricio tuvo un fiscal permanente.

---

## Una antología de no ficción

Además de Néstor Kirchner, hubo otro presidente que se ocupó del cruel final de Perico. Fue Raúl Alfonsín, vecino de Chascomús, que opinó que “la única forma en que puede concebirse un hecho de semejante brutalidad es que haya droga de por medio”.

En efecto, Claudio había introducido una versión en la que hablaba de un conflicto de drogas. Pero los investigadores no podían confiar en él: tenía buenas razones para desviar la atención de sí mismo. Las sospechas en ese sentido también podían vincularse con el Club de Empleados de Comercio, el edificio del que Perico había hecho toma de posesión poco antes de morir. Según los peores rumores, en el edificio del Club no sólo funcionaban el Sports y la discoteca Lennon, sino también un garito clandestino con tragamonedas y ruleta, donde se vendía droga. Pero esta versión nunca fue confirmada ante la Justicia, y apenas quedó como una oscura historia en un momento en el que todos querían escuchar historias sobre Perico y su circunstancia.

\*

Juan aprendía boxeo con uno de los presos con los que compartía el calabozo en la comisaría de Chascomús. Había sido detenido luego de que Claudio lo incriminara con su declaración, y a los investigadores no les importó que él contara de nuevo lo que ya les había dicho antes. El Pepe y Ricky, que eran los otros personajes que Claudio había mencionado, también fueron capturados. Y todas las casas fueron allanadas. A Juan no le interesaba demasiado meter un buen *jab* o dar el *uppercut* perfecto, pero ahí adentro había que hacer pasar el tiempo de alguna manera. Y si no era con el boxeo, tal

vez fuera escribiéndole cartas a su madre donde le decía que quería ayudar a los padres de Perico.

Aunque cada uno de los cuatro sospechosos contara su versión, todos sabían qué esperar de los otros porque se conocían bien: desde siempre se habían visto en la calle, como era normal en un pueblo de las dimensiones de Chascomús. Además, los vínculos los enredaban como un ovillo: uno de los hermanos de Juan había ido al colegio con el hermano de Ricky; durante unos meses, el Pepe fue con Claudio; y Juan vivía a una cuadra del Pepe. Dos de ellos eran inseparables: Ricky y el Pepe. Juan los veía seguido. Claudio y Perico, en cambio, no formaban parte del grupo, pero solían cruzarse con los demás en la calle.

El Pepe, que había trabajado como barman en el Sports, fue señalado por Claudio como uno de los autores del homicidio. Él, en cambio, declaró que el día del crimen se despertó a las cinco de la tarde, porque la noche anterior había estado de fiesta hasta las siete de la mañana en un casamiento. Dijo que a eso de las siete y media pasó por el Sports, del que ahora era habitué, y ocupó una de las mesas de la vereda. Juan pasó unos minutos más tarde, cruzaron unas palabras sobre una fiesta para esa noche y después siguió de largo. Luego llegó Ricky. El Pepe pagó y salieron juntos a dar una vuelta en la moto de su amigo. Pero Claudio nunca apareció.

Ricky era el segundo cómplice del que había hablado Juan, según la versión de Claudio. A los 25 años, ya había tenido algunos problemas menores con la Ley. A sus interrogadores les dijo que el día del crimen se levantó temprano y a las diez y media fue a buscar su moto al *garage* donde la tenía guardada. La lavó y le ajustó las tuercas. Después volvió a su casa, adonde estuvo hasta la una y media. A esa hora, Perico

---

## Una antología de no ficción

chequeaba sus mensajes de voz. Ricky, por su parte, se fue a la peluquería, pero no pudo ser atendido porque había mucha gente. Se quedó conversando con unos amigos ahí mismo hasta las dos, cuando salió con rumbo a la estación de tren para buscar a su novia, que llegaba desde Buenos Aires. Con ella volvió a su casa, y a las tres pasó de nuevo por la peluquería, pero seguía llena y no quiso esperar. En pocos minutos, el tipo casado y la muchachita menor de edad descubrirían el cadáver de Perico en el bosquecillo. Ricky volvió a su casa, y a las cuatro probó de nuevo, sin suerte, en la peluquería. Al final, se acostó a dormir solo, con el ventilador prendido. A las ocho de la noche se levantó, se lavó la cara y se fue al Sports a buscar al Pepe. Unos amigos le comentaron sobre la muerte de Perico a la medianoche, y él decidió pasar por la comisaría para confirmar la noticia. Ahí se encontró con Agustín, el primo de Perico: su cara lo decía todo.

Aparte de ellos tres, y de Claudio, todos los amigos de Perico pasaron a ser sospechosos. En las primeras 48 horas, fueron llevadas a declarar más de cincuenta personas. Las amistades por interés habían sido, finalmente, las que se habían cobrado la vida de Mauricio.

—No sé cómo fue que Mauricio empezó a juntarse con gente así —se aflige Marina, la novia. —Se notaba que los que lo rodeaban estaban en cualquiera. Aparte, lo re usaban para que él les mantuviera la joda. Se re drogaban. Estaban en cosas raras. Y él, que nunca se drogó, siempre tendía a juntarse con ellos.

Mabel también los vio a su alrededor. Y supo que no eran buenas compañías para su sobrino. Pero cada vez que se lo advirtió (“Ese pibe te va a terminar robando algo, tiene mala fama”), Mauricio no quiso, o no supo, escuchar (“Ya me

robó la alcancía de mi habitación”, respondía con una sonrisa irónica, “Dejalo, es un pobre pibe. ¡Además, para vos todos son malos!”).

Mauricio se rodeaba de gente de esa calaña, en realidad, porque eso era lo que más había en la noche, un territorio que él habitaba todos los días.

— Era un vampiro: la noche lo potenciaba — dice Mabel.

Su sobrino salía en el 206 y conducía sin medir distancias. Podía aparecer en un bingo del conurbano bonaerense, en la costanera de Mar del Plata o en la casa de algún amigo de Chascomús que tuviera una baraja de cartas a mano. La aventura de cada noche terminaba con el alba del amanecer. Perico se dormía a las siete de la mañana. Cuando Mabel se despertaba, lo veía y sabía que ni siquiera un desayuno completo lo iba a tentar para abrir los ojos. Alguna vez le preguntó por qué no se acostaba más temprano. Él le habló de sobresaltos, de pesadillas, de sudores: “A veces me despierto en el medio de la noche y me parece que estoy muerto, helado del frío”, le dijo.

— Y eso era miedo: miedo por el tren — dice ella ahora, descifrando por fin la psicología de su sobrino. — De día, Mauricio no tenía ningún complejo con sus piernas. Pero su problema aparecía cuando se acostaba. En la almohada él se encontraba con su realidad. Ahí estaba solo y le caía la ficha de que la plata no le había devuelto nada, entonces se despertaba loco, no quería comer, no quería hacer nada. A Mauricio lo peor que le podía pasar era tener una noche de insomnio.

La esencia de Perico queda ahora flotando en el aire, entre su tía y yo. La tía continúa, y dice que Perico siempre quiso dejar en claro que era uno más, tal vez el mejor, a pesar de su invalidez.

---

## Una antología de no ficción

—Hacía esas cosas para tapar otras. Era tan avasallador que cuando entraba todo el mundo se daba cuenta de que había llegado. Su psiquiatra me dijo que era una persona muy inquieta: un andariego que iba a todos lados, pero que nunca llegó a ningún lugar. Todavía andaba flotando y era muy difícil hacerle entender que tenía que bajar y buscar algo que lo llevara a un camino más definido, para dejar de vivir en el aire. Él anduvo acelerado kilómetros y kilómetros, y todo lo que hizo se esfumó. Esa forma de ser lo llevó a vivir en peligro y a andar sobre el filo de la navaja.

Perico hacía lo que nadie más se animaría a hacer, siguiendo un razonamiento que tentaba a la suerte con algo de lógica: “Si a mí ya me pasó, ¿qué me va a pasar?”. Mabel confiesa que siempre tuvo miedo de que Perico terminara mal. La traición que se estaba gestando en torno a él podía presentirse, como las nubes cargadas que anuncian una tormenta.

—Todos veíamos el peligro y no sabíamos qué teníamos que hacer —dice. —Nosotros le hablábamos, le advertíamos, pero él no incorporaba nada. Siempre pensé que iba a tener un accidente en la ruta o que alguien se iba a aprovechar de su discapacidad, pero no así como fue, jamás. Si lo hubiéramos sospechado, de última, lo atábamos para que no saliera.

\*

Leían *La Biblia* en voz alta todas las noches. Trataban de encontrar algún consuelo a su encierro, o de mantener viva la poca fe que les quedaba. A veces Claudio los escuchaba. Lo habían trasladado a la comisaría de General Belgrano, no muy lejos de Chascomús, donde compartía el calabozo con

un camionero cuarentón que estaba preso por robar un auto, y con un remisero algo más joven, que había caído por falsificación. Había otro preso más, un tipo muy reservado, de esos que pareciera que no tienen pasado. Abril transcurría: Perico llevaba muerto más de un mes y Claudio acumulaba el mismo tiempo tras las rejas. La rutina era agotadora y la lectura de *La Biblia*, monótona, y él, repentinamente, se quebró. “Yo maté al rengo”, dijo en voz alta, interrumpiendo al camionero, que leía. Los presos se sorprendieron. El camionero cerró el libro. Estaba a punto de escuchar la tercera versión sobre el crimen, que más tarde él mismo la atestiguaría ante los investigadores.

Claudio les contó que Perico fue a su casa en busca del DVD y que él vio las muletas en el asiento del acompañante, por eso eligió sentarse atrás. Había escuchado que Juan, Ricky y el Pepe iban a secuestrar a Perico, y él quería ganarles de mano. Con alguna excusa, le indicó a Perico cómo llegar a La Liberata y en un momento se corrió hasta quedar detrás de él. Cuando el auto frenó, a orillas de la laguna, sorprendentemente le pasó por el cuello un cable enrollado en sus manos y tiró con fuerza, haciendo presión contra el respaldo del asiento delantero. Perico luchó hasta que se desvaneció. Entonces Claudio lo bajó del auto, agarró una de sus muletas y lo golpeó una y otra vez. La muleta de aluminio perdió su forma, pero Perico todavía estaba vivo, aunque los golpes lo habían dejado en un estado lastimoso. Para Claudio, no había tiempo para arrepentirse: se puso al volante del 206 y lo arrolló sin piedad. Cuando bajó, Perico ya parecía muerto. Claudio le sacó la billetera, que tenía mil trescientos pesos, y el celular, y se escapó en el auto. Lo abandonó en una calle de tierra unos minutos después, para completar el camino a pie. Llegó a su casa y se

---

## Una antología de no ficción

encargó de su madre: la llevó al hospital, a visitar a la abuela. En el camino de regreso lo asaltó la duda: ¿y si Perico estaba vivo? Buscó un cuchillo en la cocina y cuando quiso detenerse a hacer el llamado para pedir el rescate, se dio cuenta de que al celular que le había robado a Perico le faltaba la batería. El plan había fallado. Pero no podía fallar por completo: Claudio decidió volver a La Liberata y confirmar que Perico estuviera muerto, pero descubrió que su víctima ya no estaba a donde la había dejado, cerca de la laguna. Se le congeló la sangre. Lo buscó, desesperado, y lo encontró entre los árboles, recostado sobre un tronco, agónico, pero vivo, lo suficientemente vivo como para decirle, con su último hilo de voz, “Gordo, no me mates, ¿yo qué te hice para que me mates?”. Claudio no tenía respuesta; simplemente, traía la muerte. Sólo para eso había vuelto. Lo apuñaló 18 veces, hasta que la hoja del cuchillo se rompió y él se quedó con el mango en la mano. Entonces sí, decidió darlo por muerto e irse. Pero la duda volvió a aparecer, y una vez más regresó. Esta vez, las moscas sobrevolaban el rostro de Perico.

Cuando Claudio terminó de contar su historia, en el calabozo todo fue silencio. Alguien le preguntó qué se le había pasado por la cabeza para hacer algo así, y él contestó que quería cobrar el rescate y hacerse con los 40 mil pesos. Se quedó un rato más, y después se fue a su catre a dormir. “Éste está loco”, murmuraron los otros tres presos.

La historia es, para Claudio, un fiasco. Siempre la negó. Incluso, en careos con el camionero y con el remisero. El tercer preso nunca la confirmó: dijo que “no era ningún buchón” y que “no iba a mandar en cana a nadie”. Si hubiera estado en el lugar del hecho, se habría llevado la batería del celular, explicó en los careos Claudio, a modo de defensa. También

señaló que el camionero salía todas las noches a hablar con el comisario, y que estaba buscando mejores condiciones de encierro a cambio de aportar datos a la causa. Planteó, además, que era llamativo el hecho de que los dos presos compartieran abogado con Ricky, otro de los imputados en la causa. La historia, atestiguada por el camionero y el remisero, se adecuaba, sin embargo, a los horarios que estudiaban los investigadores y coincidía en algunos detalles que anotaron los peritos en la escena del crimen.

\*

Mientras la investigación avanzaba, el clima que se vivía en Chascomús era de miedo y recelo. Todos sabían algo: había cuatro pibes bajo sospecha, que contaron ante los investigadores sus últimas 48 horas antes del crimen. En esas horas, cada uno de ellos se cruzó con unos cuantos amigos. También fueron reconstruidos los últimos pasos de Perico. Más de cien pibes fueron llamados a declarar para confirmar las historias de aquellos cuatro. Era una enorme causa juvenil que tenía en vilo a toda la ciudad.

—Después de que murió Perico se decía de todo, ¡sabés las cosas que me dijeron a mí de él...! Había historias para todos los gustos —dice el Balá. —Ahora me cago de risa, pero en ese momento no me podía dormir. O soñaba que yo iba con él al paraje y lo defendía y lo sacaba de ahí.

El Balá dice que quedó traumatado: el día del crimen iba a ir con Perico a buscar el DVD, pero decidió quedarse en su casa, sin razón. A la tarde, cuando lo fue a buscar, el padre de Perico le dijo que estaba preocupado porque su hijo se había ido a lo de Claudio y no había vuelto. Juntos fueron a tocar el timbre, pero no los atendió nadie.

---

## Una antología de no ficción

—Había mucha gente que estaba asustada después del asesinato —sigue el Balá. —Yo no estaba asustado, pero un poco nervioso sí. Cuando me llamaron a declarar, todos me decían que me asesore con un abogado, pero fui solo, sabiendo que capaz terminaba preso por una equivocación.

Además del fantasma judicial, el Balá tuvo que enfrentar esos días la mirada de los otros. Más de uno pensaba que él había sido amigo de Perico para vivirlo. O al revés. “¡Mulo!”, le gritaron una vez en la calle, y el asunto terminó a las piñas.

—Tuve la mala suerte de que me tocó un amigo así, que era de otro nivel, y la diferencia se notaba —dice el Balá, amargado. Y jura que ninguno de los que lo insultaron fue al cementerio a dejarle una flor a Perico. Él tampoco es habitué. —No es que me olvidé, pero me hace mal. Cuando voy, vuelvo amargado, y me quedo así durante seis, siete días... Yo lo quería en serio a Mauricio.

Marina, la novia de Perico, descubrió después de su muerte que él había comprado un par de anillos para celebrar el primer aniversario. Lo iban a festejar en el quincho del Club Atlético de Chascomús la noche del lunes 28 de febrero, la misma en que él cumpliría sus 20 años. Pero como si fuera una ironía dolorosa e insoportable, ese mismo lunes Perico fue sepultado en el cementerio de Ranchos. La madre de Mauricio encontró los anillos en su mesita de luz y se los dio a Marina. Ella usó durante un tiempo el de Perico, su primer y gran amor.

Unos meses después de la muerte de Perico, Marina empezó otra relación, pero no podía dejar de comparar a su nuevo novio con Mauricio.

—Al otro chico lo quería, era bueno, pero la pareja no funcionaba. Y aparte yo vivía pensando en Mauricio. Por ahí

estábamos acostados, con la luz medio apagada, y yo lo miraba a él y de repente veía que tenía la cara de Mauricio... Sentía que me estaba volviendo loca — dice, estremecida.

Con Mauricio había vivido cosas insuperables: su primera vez en el amor, las vacaciones en San Nicolás, las tardes de fútbol y tenis en el club. Todavía hoy no puede evitar que los recuerdos dolorosos aparezcan cuando comienza una nueva historia.

El paso de Perico, el “andariego que iba a todos lados, pero que nunca llegó a ningún lugar”, según lo había definido su psiquiatra, dejó una huella en Chascomús. Su último destino fue vivir en el recuerdo de los pocos que lo quisieron de verdad. Y para los otros, queda una plegaria del Balá:

—Hay gente que andaba con Mauricio por comodidad, para que alguien los llevara y los trajera de bailar. Lo tenían de remís, y todavía piensan que eran buenos con él. Pero yo sé que algún día va a quedar claro quién es quién.

\*

El camino hacia el paraje La Liberata es breve, aunque, a decir verdad, todas las distancias en Chascomús son breves. La camioneta Ford Transit blanca que conducía Perico con la ayuda del pie izquierdo del Balá ahora es manejada por Mario, el esposo de la tía Mabel. Ella también viaja. Yo completo el cuadro: los tíos de Perico me quieren mostrar cómo es el lugar donde murió su sobrino. El camino de circunvalación que rodea la laguna es una ruta de doble mano, de la que hay que desviarse unos metros para llegar a la isla de árboles donde mataron a Perico. Una cruz enorme que construyeron ellos mismos en su memoria marca el sitio exacto. El acceso es un

caminito de tierra en forma de U. Adentro hay árboles dispersos y arbustos tupidos, de todos los tamaños. Desde afuera no se ve nada.

— Yo siempre me preguntaba por qué Mauricio no había pedido auxilio — dice Mabel. — Pero cuando vine acá por primera vez, un año después del crimen, entendí que era imposible salir.

Ni el sol ni el canto de los pajaritos hacen que el lugar sea menos escalofriante.

Aunque los autos en la ruta pasan a unos metros, el sitio está apartado de todo.

— Si estos árboles hablaran... — se resigna la tía.

Adentro, la orientación pierde la brújula: sólo hay verde sobre verde, en todas las direcciones. Mauricio estuvo tirado aquí mismo, en un día como éste: una marca invisible de horror todavía oscurece la zona.

— Siempre pienso que en el momento en que se dio cuenta de lo que le estaba pasando, seguro que todas nuestras advertencias le pasaron por la cabeza — se amarga la tía.

Nadie sabe a ciencia cierta si Perico conocía este lugar o si alguna vez había venido con alguna novia. Nadie puede asegurar tampoco cómo llegó hasta aquí por última vez: si lo trajeron o si él mismo condujo hasta entrar a la isla de árboles. Pero Claudio sí conocía La Liberata. Su novia, la chica que trabajaba en Buenos Aires, contaría más tarde que iban seguido a Villa Cariño.

Las declaraciones de ella no le jugaron a favor. Después de más de dos años de noviazgo se estaban por casar: habían pedido un crédito en el Banco Hipotecario para comprar una casa, pero aún así les faltaba dinero para llegar a cubrir el valor total. La chica dijo que Claudio había vendido

su auto para juntar algunos pesos más. Y cuando le preguntaron, aclaró que en ese auto Claudio nunca tuvo un estéreo con DVD — como le había dicho él al fiscal —, sino que tenía uno simple, con entrada de CD.

La chica también contó que el día del crimen llamó a su novio a la una del mediodía, como siempre, para ver qué iban a hacer a la tarde. La atendió Olga, la madre de Claudio, y le dijo que su hijo se había ido con Perico, pero que volvía pronto. A las dos, Claudio la llamó desde su casa. Le contó que había llevado a Perico a un lugar que no conocía y que se había vuelto a pie porque aquél se había quedado charlando con alguien. Su novia no conocía mucho a Perico, y no le interesó saber nada más. A las cinco de la tarde, Claudio la pasó a buscar. Llevaron al hermanito de su novio a un cumpleaños y dieron un par de vueltas. La novia dijo que era “factible” que alrededor de las siete de la tarde Claudio hubiera parado en el Sports y hubiera bajado, tal vez a saludar a alguien, tal vez — y sólo tal vez — a Juan y al Pepe. De ser así, ella se había quedado adentro del auto, sin prestar atención a lo que hacía Claudio. Pero la chica no pudo asegurar si esa parada había sido el sábado del crimen o el anterior. Por más que hizo memoria y se esforzó, no pudo. Y ése era uno de los pilares de la versión de Claudio.

Luego de pasar dos meses presos, Juan y Ricky fueron liberados. Al Pepe lo habían largado antes. Claudio fue el único que quedó adentro, con coartadas que no se podían comprobar. Para peor, el testigo que avalaba su historia, aquel joven albañil que había contado que Juan le había ofrecido en la calle el celular de Perico (“Loco, mirá, te vendo un teléfono”), también conoció la sombra cuando se comprobó que mentía. Los investigadores sospechaban que lo podría haber enviado

el padre de Claudio. Por otro lado, el estéreo con DVD no apareció en ninguno de los allanamientos que se realizaron. Para Claudio, sus días a la sombra tenían un futuro incierto.

\*

Después de dos años, cuando consideró que la investigación estaba acabada, el fiscal hizo una elevación a juicio contra Claudio. José Ignacio Ochoa, el representante de la familia Ponce de León, la apoyó. Y antes de que comenzara el juicio contrató a Alejandro Bártoletti, un abogado que había estado viviendo durante unos años en Nueva York, y que volvía a Chascomús con la cabeza fría y sin tener idea de todo lo que había pasado. Para Ochoa, Bártoletti era una pieza ideal en su equipo: todos los demás miembros estaban contaminados con los dimes y diretes que se habían escuchado en cada esquina de la ciudad durante los dos años que duró la investigación. Bártoletti leyó todo el expediente — que alcanzó más de veinte cuerpos — y sacó sus propias conclusiones.

Ahora, en una oficina del estudio, Bártoletti enumera los motivos que incriminaban a Claudio:

— Intencionalmente le ofreció a Mauricio un bien, el DVD, que no se probó que tuviera. Le comentó a Juan la idea de matar a Mauricio e incluso le ofreció ser partícipe y llevarse plata por cavar el pozo. Fue la última persona que vio a Mauricio vivo, cuando se fueron juntos de su casa. Mintió sobre el lugar al que fueron juntos, diciendo que habían ido para el negocio de Juan, cuando otros testigos dijeron que nunca pasó por ahí. Además, dijo que Mauricio no sabía ir hasta lo de Juan, cuando éste había sido uno de los primeros amigos que hizo Mauricio en Chascomús. Dijo que fueron

con Mauricio para el negocio de Juan, pero hay un testigo que vivía frente de la casa de Claudio y vio salir el auto de Perico con dirección hacia el paraje, que queda para el otro lado. Ese testigo conocía bien a Perico, porque fue novio de una de sus hijas. Lo que no pudo asegurar es si Claudio iba adentro. Si él estaba adentro, podría haber estado en el asiento de atrás. De acuerdo a las pericias, Perico fue golpeado adentro del auto, y posiblemente ahorcado ahí mismo. Por otro lado, Claudio mintió cuando dijo que ese sábado había visto en el All Sports Café a los otros dos. Era mentira que Juan le hubiera ofrecido un celular al albañil. Y la prueba más contundente contra Claudio era que ese mismo celular fue encontrado en su habitación, habiendo hallado la tapa y la batería en el lugar del hecho.

Sin embargo, era difícil que Claudio hubiera matado solo, sin la ayuda de nadie, a Perico de una manera tan trabajosa, con más de sesenta heridas; y en tan poco tiempo, teniendo en cuenta que a las 13:22 Perico chequeó sus mensajes de voz y a las 14:08 Claudio llamó a su novia. Era difícil, pero no imposible: el auto de Perico había aparecido a ocho cuadras de su casa y podría haberlo abandonado ahí, en caso de haber vuelto conduciendo desde el paraje La Liberata. Los que creen que Claudio mató a Perico, se basan en la historia que contaron los presos que leían *La Biblia*, en la que Claudio regresa a su casa y, asaltado por la duda, toma un cuchillo y vuelve para liquidar a Perico. Tal vez, cuando pasó por su casa eran las dos de la tarde y llamó entonces a su novia.

Pero hay quienes sostienen que Claudio podría haber sido apenas el entregador y que otros hicieron el trabajo sucio. La pareja de amantes que descubrió el cadáver de Perico había hablado de tres personas en la escena del crimen. ¿Juan,

---

## Una antología de no ficción

Ricky y el Pepe? No parece ser posible: ellos demostraron estar en otros lugares en el momento del hecho y fueron sobreesidos por la Justicia. Los que se inclinan por esta hipótesis creen que al menos algo de todo lo que declaró Claudio es verdadero. En ese caso, además, habría que buscar a alguien que quisiera muerto a Perico. Tal vez, repasando sus negocios aparecería algún nombre.

La tía Mabel prefiere ya dejar de pensar:

—Si Claudio no dice nada más, nosotros no podemos probar que fue una muerte por encargo o algo parecido. Pero lo que sí sabemos es que si él no hubiera participado, Mauricio no estaría muerto.

\*

“Pueblo chico, infierno grande”, repiten los entrevistados cuando charlamos. En especial cuando les pregunto si en Chascomús alguien echó a correr la voz de que Perico tenía tanta plata. No fue necesario que nadie dijera nada: con verlo, alcanzaba; responde cada uno a su manera. Todos ellos tienen en claro que el paso de la bicicleta al primer 206, y luego a un 206 superior fue algo que llamó la atención de los más codiciosos en la ciudad. Pueblo chico, infierno grande, entonces.

Como en todo pueblo, las versiones de las historias varían y se desdibujan según quien las cuente. De vez en cuando se tiñen de fantasía y se desprenden de sus bases reales, pero a veces, y aunque parezca extraño, las versiones abren nuevos recovecos para la verdad. En Chascomús, las versiones sobre el crimen de Mauricio Ponce de León fueron renovándose durante los tres años que duró la investigación y al final quedaron en el olvido, debajo de algunos temas con

mayor actualidad y menor espanto: se hablaba de la sequía que hacía retroceder a la laguna; de los accidentes de micros que se extendían como una epidemia de verano en la ruta 2; y de la campaña en los torneos internacionales de tenis que desarrollaba Carlos Berlocq, un vecino de la ciudad. La rutina se imponía, como siempre.

Pero las especulaciones sobre el homicidio de Perico resurgieron con esplendor luego del 8 de julio de 2008, el día que se dio a conocer la sentencia sobre Claudio. “El imputado no se encontraba en el lugar del hecho al momento de serle infligidos los tormentos a Mauricio. Por lo tanto, no está acreditado que conociera y quisiera el modo en que el joven fue ultimado”, anotaron los jueces del Tribunal en lo Criminal Número 2 de Dolores. A pesar de que ellos situaron a Claudio fuera del bosquecillo, decidieron condenarlo a prisión perpetua como co-autor de un homicidio agravado por alevosía (es decir, por haberse aprovechado de la confianza de Perico). Su defensa apeló la condena y pidió un cambio de la calificación por encubrimiento agravado. Es que, aun con todas las pruebas que se juntaron, no quedó claro dónde había estado Claudio después de la una del mediodía. Así, la historia oficial quedó con final abierto.

Pero la historia extraoficial se hace preguntas. ¿Fue Claudio el ideólogo total del plan y él mismo lo llevó a cabo sin ayuda de nadie? ¿Y si escuchó que Perico iba a ser secuestrado y se robó la idea? ¿Qué tal si fue contratado por alguien para participar de un homicidio por encargo? ¿Tuvieron un propósito en común los cuatro sospechosos en algún momento? La historia extraoficial se hace preguntas, pero no encuentra respuestas.

En la estación de ómnibus de Chascomús hay una fila de gente esperando el micro que va a Buenos Aires. Muchos

---

## Una antología de no ficción

son estudiantes que deben volver a estudiar sus apuntes porteños. Hay también algunos turistas españoles. La hilera se completa con gente que sólo acepta la categoría de “normal”. Yo también formo fila: mi trabajo está terminado y yo estoy listo para subir al ómnibus, que acaba de llegar. Minutos después, el micro abreviará las callecitas de la ciudad y saldrá a la ruta 2. En el viaje de regreso, las voces de los pibes con los que hablé harán ecos inconexos en mi mente, a veces dialogando, a veces contradiciéndose, y mientras tanto los autos irán y vendrán por la ventanilla, acelerados. Pronto caerá la noche y las luces de la ciudad se adivinarán a lo lejos, titilantes, por última vez.

*[Publicado en Sangre joven: Matar y morir antes de la adultez,  
Tusquets Editores, Buenos Aires, Argentina, 2009]*

### **Rápido. Furioso. Muerto.**

*El caso de Axel Lucero, un chico fanático de las motos que intentó robarle a un policía de civil en La Plata, expuso una realidad de los barrios de la periferia, donde tener dos ruedas es tener algo en la vida.*

Arriba de una Honda CG Titan negra, el lunes 25 de febrero de 2013, poco antes de las nueve de la noche, Axel Lucero y un amigo dejaron atrás el barrio El Carmen, en La Plata. Habían salido en una sola moto, pero estaban dispuestos a volver en dos: la otra, la que todavía no tenían, la iba a conseguir Lucero con el arma que llevaba en el bolsillo de su campera.

Lucero era un pibe flaco, de sonrisa amplia, mirada pícaro y rasgos armónicos: un adolescente que cursaba, lejos de la asistencia perfecta, el octavo grado en el turno nocturno de la Escuela Número 84. Por el tono cobrizo que barnizaba su tez, su familia y sus amigos le decían “el Negrito”.

Ese mismo 25 de febrero, poco antes de las nueve de la noche, Jorge Caballero, un sargento de 25 años de la Policía Buenos Aires 2 —una fuerza dedicada al patrullaje en el Gran Buenos Aires y La Plata—, salía para el gimnasio en su Honda Twister. En el camino la aceleró con ganas: había sido la primera gran inversión de su vida. Con sus primeros ahorros como policía (18,500 pesos en efectivo), se había dado el gusto de tener esta máquina negra, sólida, poderosa.

---

## Una antología de no ficción

Manejó por la calle 6 hasta la 90, pasó el supermercado y el kiosco de revistas que se viene abajo; dobló por la 7, pasó frente al club donde había practicado boxeo algunos años atrás y siguió hasta que en la esquina de la calle 80 vio que el semáforo estaba en rojo. Había estado pensando en ir al gimnasio a la mañana, pero de algún modo se había hecho el mediodía y luego, la tarde, y todavía no había salido de su casa. Era su día de franco y las horas pasaron rápido: al anochecer se preparó un batido con un polvo para ganar peso con el ejercicio y lo tomó mientras miraba videos de reggaetón y de pop de los 80 en YouTube. Se puso una musculosa y se vendó el tobillo. Cuando el vaso estuvo vacío, miró la hora. Eran poco más de las ocho de la noche. Era tarde. Fue a la cocina, dejó el vaso, se lavó los dientes y agarró un bolso con algo de ropa.

Mientras piloteaba, bajo su campera sentía el frío de la 9 milímetros, el arma reglamentaria que no era extraño que llevara encima, aun cuando no estuviera en servicio.

El semáforo en rojo del cruce de las calles 7 y 80 le dio tiempo para avanzar entre los autos con su moto y ponerse justo antes de la senda peatonal. Cuando el Negrito y su amigo Nazareno Álamo, un pibe cuatro años mayor, aparecieron con la CG, Caballero ya estaba pensando en lo que iba a cenar después de entrenar a pleno un par de horas en el gimnasio.

Ninguno de ellos estaba listo para la balacera. Y el Negrito no estaba listo para morir. ¿Quién lo está a los 16 años?

\*

— Hay que dar la discusión sobre el uso del arma por parte de policías fuera de servicio — dice el abogado Julián Axat en su

oficina de los tribunales platenses, donde hay pilas de expedientes sobre todas las superficies y un cuadro de Banksy en una pared.

Axat, de 37 años, hace de su tarea judicial una militancia política: defiende a niños y adolescentes en conflicto con la ley, y ha tenido varios enfrentamientos con distintos sectores corporativos de la policía y de la justicia. En mayo del año pasado, presentó ante la Corte Suprema de la provincia de Buenos Aires una lista de seis homicidios ocurridos en un lapso de once meses que, atando cabos, descubrió que tenían un gran punto en común: todos eran casos de presuntos “pibes chorros” que salían a robar —en la mayoría de los casos, motos— y terminaban ajusticiados por policías —algunos de ellos, dueños de esas motos— de civil, en homicidios como consecuencia de un exceso de legítima defensa. El caso del Negrito estaba en su lista.

La portación y el uso del arma reglamentaria en policías fuera de servicio, que se ampara en la Ley 13,982 de la provincia de Buenos Aires (reformada en 2009 por el gobernador Daniel Scioli), muchas veces se convierte en un problema de consecuencias mortales. En el último informe del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), se detalla que entre 2003 y 2013 murieron 1286 civiles en hechos en los que participaron integrantes de las fuerzas de seguridad. El 35.4% de las víctimas (455 personas) recibió disparos de policías que estaban fuera de servicio al momento de gatillar. A la vez, un 76% de los policías fallecidos en ese período (332) también estaba fuera de servicio: el 47%, de franco; el 22.9%, retirado. En ese período de diez años, policías de la Federal mataron a 195 personas en la ciudad de Buenos Aires. Pero hubo otras 304 víctimas en la provincia: muchas de ellas fueron ultimadas

---

## Una antología de no ficción

por efectivos que viven en el Conurbano y que tomaron parte en el conflicto al salir de su casa o al regresar. En el caso de la Policía Bonaerense, la responsabilidad del personal de franco o retirados en la muerte de civiles representa cerca del 30% de los casos que ocurrieron durante la última década. (Hay uno emblemático: el caso de Lautaro Bugatto, el jugador de Banfield asesinado el 6 de mayo de 2012, cuando quedó atrapado en medio de un tiroteo entre David Ramón Benítez, un policía de civil que disparó siete veces, y dos ladrones que intentaron robarle una moto. Ahora Benítez espera el juicio, acusado por un exceso en la legítima defensa.)

Actual coordinador del Programa de Acceso Comunitario a la Justicia y, hasta hace pocas semanas, titular de la Defensoría Oficial de Menores número 16 de La Plata, Axat además es poeta y en 2013 publicó el libro *Musulmán o bio-poética*, donde hay poesías sobre algunos de los chicos de los casos de su lista.

— Ni siquiera está resuelto el tema del policía en su barrio, en su vida de civil, fuera del horario de trabajo: por eso la lleva siempre — dice Axat. — Este panorama legal resulta una suerte de autorización para los policías, que optan por naturalizar la portación de las armas y se mantienen en estado de alerta permanente. Al no existir un hiato entre intervención en servicio y fuera de servicio, el arma reglamentaria se convierte en un riesgo las 24 horas.

\*

El corazón del barrio El Carmen es su plaza, cuyo paisaje se asemeja mucho a la luna en un sueño decadente. Está sobre un manto de césped carcomido como el lomo de un perro con

sarna; un techo de cielo gris envuelve a los árboles sin hojas y una pasarela de cemento que se enrula como una serpiente. Ubicada sobre la calle 128, ésta es “la plaza del fondo”: una cuadra más allá se acaba todo. Sólo hay dos o tres kilómetros de campo antes de que el río bañe la orilla terrosa de la provincia de Buenos Aires.

El Negrito llegó a El Carmen sólo cuatro meses antes de cruzarse en el semáforo con el sargento Caballero. Y en esas 16 semanas su vida cambió totalmente. Hijo de un mecánico y de un ama de casa, fue criado como el menor de tres hermanos en un hogar de clase trabajadora. En su casa funciona el taller de su padre, Rubén, un hombre de rasgos rústicos y palabras mínimas. El primer acelerador que el Negrito pisó fue el de un karting de chasis Vara, que llevaba el número 29 y que Marcela, su madre, cree que debe estar en un cuartito del fondo de esta casa.

Mientras Rubén se mueve sigiloso por el taller, Marcela ceba mates, fuma sin parar y recuerda cuánto le gustaban las motos a su hijo, que cuando no estaba en la escuela trabajaba con su padre acá, ayudándolo y aprendiendo un poco: lo suficiente para saber de motores y modelos. El Negrito se hacía y deshacía de sus motos preferidas con escandalosa facilidad. Tuvo, enumera Marcela, una Honda CG, una Wave, una Twister, una Tornado. También una Zanella RX y una Suzuki X100 dos tiempos a la que sus amigos le decían “la paraguayá”, por un ruido raro que hacía.

— Los chicos las compran y las venden entre ellos — dice su madre con la voz cansada.

Sabe que algunos de los amigos del Negrito solían conseguir las motos a punta de pistola y se amarga cuando piensa que su propio hijo pudo haber robado algunas. Pero prefiere negarlo.

---

## Una antología de no ficción

— Hay pibes que son mala influencia — dice. — No son ningunos nenes de mamá: son chicos que van de caño y que se drogan. Viven para eso.

El Negrito entró en El Carmen en la primavera del año 2012 junto a Fernando, su primo, que vivía allí, y en poco tiempo se hizo amigo de varios. Maduró rápido en ese pedazo de tierra olvidado por el mundo: con sus nuevos amigos probó la órbita mental en la que lo pusieron algunas drogas, el vértigo de ciertos planes ilegales, el sabor de los besos robados y la grasa de las motos que aparecían y desaparecían, y que él siempre quería montar y acelerar con entusiasmo fogoso.

Llegaba hasta allí piloteando a través de la Avenida 122, una vía de doble mano poblada de camiones y adornada con carteles toscos que recordaban a Huguillo, acaso el mejor piloto de la periferia Este de La Plata, que se convirtió en leyenda cuando murió con menos de 20 años el día en que — manejando la moto acostado — se dio de lleno contra un coche. El Carmen estaba a la izquierda de la ruta. Era un barrio pequeño y pobre, pero no era exactamente una villa. Tenía dos escuelas, una sala sanitaria, un club social con mesas de billar y una comisaría con patrulleros destartalados, pero la penetración de la asistencia social, y aun la del entramado político informal, era casi nula. Ni siquiera el comercio narco, en manos de dos o tres transas, era tan espectacular. Todo el territorio parecía en estado de espera. Y, a medida que las calles se alejaban de la Avenida 122, la escena se opacaba: había caballos que tiraban de carros cargados de basura, había bandadas de nenes descalzos, había arroyuelos sucios, había casas de madera frágil y otras que parecían cajas de cemento.

El Negrito, que era de Villa Elvira — una zona de casas bajas y ordenadas —<sup>8</sup>, no tenía amigos tan temerarios,

que portaran armas y que robaran, penetrando la zona delictiva en las mismas motos que a él le volaban la cabeza. En El Carmen, en cambio, Pablo Alegre, apodado “Ratón”, un chico de 17 años con fama de demonio, que solía pasearse con una pistola 9 milímetros o con un revólver calibre .38 en cuya empuñadura había tallado su apodo, le había declarado la guerra a un transa del barrio de El Palihue, un barrio de características similares al otro lado de la Avenida 122, y cada tanto intercambiaba disparos con él y con su gente. Nazareno Álamo, que firmaba como Naza Reloco en su cuenta de Facebook, había conocido de calabozos y calibres. Maximiliano de León, “Juguito”, había empezado a fumar marihuana a los 13 años y unos meses después ya mezclaba cocaína, calmantes y alcohol, y era incontrolable. Y el propio primo de Axel, su anfitrión en esas calles, también tenía la cárcel en su destino: unos meses después de introducir al Negrito en el barrio, él mismo terminó preso, acusado de robar una carnicería. Muchos de esos pibes habían hecho de la comisaría una rutina.

Como sea, Ratón, Naza Reloco y Juguito se convirtieron en buenos amigos del Negrito. Con ellos el tiempo pasaba diferente y, en El Carmen, sentía que todo estaba permitido.

\*

Sentado en el cordón de una calle silenciosa, a la vuelta de la casa de la familia Lucero, Johnny Lezcano, un pibe de rulos y corte al ras que tiene un tatuaje del Gauchito Gil, habla del Negrito:

—Piloteaba la moto como si fuera un sueño: eran él y la moto, y era como si no existiera nada más.

El sol pega fuerte; cada tanto pasa un auto. Johnny, que no ha cumplido 20 años todavía, claro que se acuerda de

todas las motos que tuvo su amigo y asegura que el Negrito no las había robado.

— La primera la laboró. Empezó a juntar plata y después la cambió por otra y... ¡Pum! — dice. — Creció, la vendió, compró otra, vendió, compró otra mejor y así. Todo legal. Lo que él andaba, siempre tenía papeles.

Si antes el sueño del pibe en los barrios de la periferia de Buenos Aires era jugar al fútbol en primera división, ser boxeador o ídolo de cumbia, hoy ese sueño se reduce a tener una moto. En barrios como estos, la moto es salida laboral y objeto de lujo y distinción; motivo de ostentación y, también, herramienta para el delito.

— Tenía mujeres de sobra el guacho. Tenía facha, tenía ropa, tenía zapatillas, tenía chamuyo. Pero igual con la moto ya era suficiente — agrega Johnny. — A las mujeres les gustan las motos. Pasás al lado de una y le pegás una acelerada... ¿Sabés cómo se suben? Y si sabés hacer willy, no se bajan más.

Los jueves a la noche, o a veces los sábados o los domingos, el Negrito iba al Bosque, un parque gigantesco y tradicional de La Plata donde los fanáticos de las dos ruedas se juntan en reuniones multitudinarias para desafiarse en carreras o jactarse de sus trucos.

— El Negrito iba a demostrar lo que sabía — dice Johnny, como si se tratara de una escena de la película *Rápidos y furiosos*. — Se hacía ver, la colgaba levantando la rueda delantera o hacía cortes, moviendo la llave para que la moto hiciera ruido: ¡Pá-pá-pá!

En El Carmen, él y sus amigos echaban mano a los motores: todo el tiempo alguien necesitaba tunear su máquina, todo el tiempo aparecían nuevas motos. Y, en general, se sobreentendía de dónde venían. (En la periferia platense, una

Honda Wave robada puede conseguirse por 500 pesos, menos del 10% de su valor legal.) El circuito clandestino está alimentado por los que consiguen las motos, a los que llaman “los cortatruchos”, y las llevan a los desarmaderos de los “transas” de motores y de partes. La complicidad policial también se sobreentiende. En Argentina hay alrededor de cinco millones y medio de motos patentadas: en los últimos tres años, la cifra creció a una tasa del 21% (una moto cada ocho habitantes). En el barrio, el producto final de esa cadena — una moto ilegal de registro adulterado — es casi siempre más respetado que una moto con los papeles en regla.

\*

El Negrito completó su conversión y cortó definitivamente amarras con su pasado cuando conoció a Araceli Ibarra. Era una tarde de calor de noviembre de 2012, en la esquina de la escuela a la que iba, sobre el cruce de la avenida 7 con la calle 76. Ahí charlaron por primera vez cuando una amiga en común los presentó y, algún tiempo después, cerca de esa misma esquina, pero por la noche, el Negrito le pidió un beso. Ella estaba de nuevo con su amiga; él había llegado en moto y había frenado cuando las había visto. Le quedaba bien la moto, comentaron entre ellas. Eso les gustaba.

El Negrito buscó y consiguió ese primer beso y antes de acelerar de nuevo alcanzó a agendar en su teléfono el número de Araceli. Partió después, y todavía con cierta electricidad en los labios, como un gentil jinete *teenager*.

Ya tenía una novia, Evelyn, una chica de carita angelical que había sido su primer amor. (Tras su muerte, ella le pintó un grafiti en una de las calles de Villa Elvira: el nombre

---

## Una antología de no ficción

de los dos adentro de una lengua stone.) Pero al Negrito había empezado a gustarle esta princesita de El Carmen, que además hacía box y tenía una actitud diferente de la de todas las chicas que había conocido.

El próximo encuentro fue en la plaza Matheu, un bosquecito hexagonal donde confluyen seis calles, que de repente era de ellos: debajo de un árbol, con Ratón y una amiga de Araceli, comieron unas hamburguesas y tomaron gaseosa, y charlaron hasta que las palabras se agotaron. A las dos y media de la madrugada, Ratón se subió a su moto y se fue con las dos chicas para El Carmen, y el Negrito partió para la casa de sus padres. Cruzó las calles en su moto con una sonrisa que resplandecía y cortaba el viento que le pegaba en la cara: había vuelto a besar a Araceli. Mientras las calles pasaban, el Negrito supo que habría nuevas citas, nuevas noches, nuevos besos y nuevas palabras, y que él le preguntaría por fin a Araceli qué esperaba de todo eso.

“¿Quieres estar de novia conmigo o qué?” Así recuerda Araceli que el Negrito la encaró.

—El Negrito me gustaba — dice ella ahora, sentada en una escalera, al costado del gimnasio del Club Chacarita Platense, en el sur de la ciudad.

El lugar es una cancha porosa de básquet donde una docena de pibes y una chica (ella) tiraban guantes, saltaban la soga y hacían abdominales hasta hace unos minutos. Araceli, que todavía tiene puestos sus guantes rosas, está bañada en transpiración adentro de un pantalón y una camiseta de fútbol: a los 18 años, se perfila como una boxeadora dura que persigue el sueño de subirse a un ring como profesional. Cuando se saca los guantes y las vendas, se ven sus uñas pintadas de rojo.

—Más allá de que el Negrito hacía muchas cagadas, conmigo era bueno —continúa. —Y yo le dije que sí, que quería estar de novia, pero sólo si se iba a portar bien.

A poco de empezar la relación, Araceli lo metió en su casa. Estuvieron conviviendo ahí un mes. El Negrito había pensado que iba a ser mejor estar en El Carmen, porque la policía lo buscaba en el domicilio de sus padres para que declarara: un amigo suyo le había disparado a otro pibe que les había querido robar una Honda Wave.

En una casa de una habitación, donde también vivían el hermano de Araceli y su novia, el Negrito dormía a veces hasta las cuatro de la tarde y, cuando se despertaba, encontraba a una Araceli que ya había salido a trotar a la mañana y que había estado haciendo guantes en la bolsa del gimnasio.

—Él ya tenía el sueño cambiado porque andaba despierto a la noche —dice ella sobre la nueva vida del Negrito en El Carmen. Él igual era educado, la ayudaba a limpiar y a cocinar, y cuando caía el sol se quedaban mirando películas de terror o dibujitos. —Era compañero conmigo —agrega— pero cuando salía se daba vuelta.

—Allá el Negrito era el destacado, el más facha, el picante —recuerda Nicolás, otro de sus amigos de Villa Elvira. —Pero esos pibes lo llevaban por mal camino y lo vivían. Y él, para demostrar cómo era, les decía que sí a todo. Y así un día cambió, empezó a ir más para allá, más para allá, más para allá y ya a no volver. Y nunca nadie entendió por qué.

El nene bueno se volvió un nene malo en apenas cuatro meses.

—Todo lo que no hacía acá, lo hacía allá —dice su madre— y pensaba que estaba bien.

En la cocina de la casa de los Lucero, la señora intenta

ahora encontrarle una explicación a la transformación que experimentó su hijo y que lo llevó a la muerte.

— Allá tenía una personalidad y acá, otra — dice. — Como él decía que no le tenía miedo a nada, los pibes de allá lo usaban. Y para demostrarles, él iba con ellos a robar.

En la mesa de la cocina, Nahuel Giménez, un chico silencioso de 17 años que la madre del Negrito señala no sólo como el mejor amigo de su hijo, sino también como el que más se le parece en los rasgos físicos, agrega con un hilito de voz:

— Me dijo que robar no era fácil y que tampoco le gustaba — Marcela le apoya la mano en el brazo y trata de consolarlo. — Pero cuando estás drogado no sabés lo que hacés. Cuando venía de El Carmen no era él: venía todo jalado, venía bobo, con los ojos dados vuelta.

“¡Mami, no me va a pasar nada!”, recuerda Marcela que su hijo le decía. “Las cosas que dicen de mí no son ciertas: yo no hago nada, yo me porto bien, vos quedate tranquila.”

La madre y el amigo se quedan callados.

— Yo no me daba cuenta si había fumado o jalado — dice ella después. — Para mí siempre tenía la misma cara. Lo disimulaba muy bien. Recién ahora me estoy enterando de esas cosas.

\*

El semáforo de 7 y 80 seguía en rojo.

— Yo estaba pensando en cualquier boludez — dice Caballero.

A su izquierda pasó en ese momento una moto sobre la que iban dos tipos, que frenaron también en el semáforo: estaban vestidos con equipos deportivos, los dos llevaban go-

rras y tenían las capuchas de sus camperas puestas. El de adelante miraba a sus lados; el otro miraba hacia atrás, inquieto. Caballero, que no los había visto llegar porque iba con casco, se preguntó qué estaba pasando.

— Cuando el de atrás metió su mano en la campera, me di cuenta de que yo había perdido.

Entonces el Negrito sacó la mano de su bolsillo empuñando un arma y el tiempo se detuvo. Saltó de la moto y, en dos pasos, se le paró enfrente, cargando el arma en la cara del policía y le gritó arrastrando las palabras: “¡Dale, bajate!”.

Detrás de una gorra Nike, la capucha de una campera deportiva adornada con el escudo de River Plate y una bufanda enroscada alrededor, Caballero sólo vio dos ojos frenéticos. “¡Dale! ¡Dale! ¡Bajate! ¡Bajate!”, le repetía.

— Pensé que si me movía, me tiraba — recuerda Caballero, que además es hijo de un policía aún en actividad.

Como no reaccionaba, el Negrito lo golpeó dos veces en el casco y otra en el pecho con el arma, hasta que el policía, de civil, terminó de entender lo que estaba ocurriendo y, poniendo la patita para que su moto no se cayera, la dejó en punto muerto y se bajó. Pero el Negrito no estaba listo para treparse a la Twister: antes necesitaba que Caballero se alejara un poco más, para evitar un contraataque.

Alrededor, varios testigos parecían congelados: estaban esperando el colectivo, saliendo del supermercado, caminando de regreso a sus hogares y, de pronto, ya no hacían otra cosa que permanecer quietos a la espera de las balas.

— Yo le di la espalda porque no quería que me revisara — dice Caballero. — Si buscaba mi billetera y mi celular, quizá me manoteaba el fierro y yo no sabía cómo podía terminar eso. Como yo le digo: “¡Listo, listo, listo! ¡Llévatela!”, en un

momento el loco se sube y me da la espalda. Y ahí saco yo mi arma y la martillo.

Cuando Caballero apuntó, el amigo del Negrito lo vió. “¡Tírale!”, le dijo. O quizás: “¡Dale!”. Caballero no puede recordar ese detalle con claridad. Cuando se dio vuelta, ya estaba en la mira de Caballero, que le gritó: “¡Policía! ¡Policía! ¡Bajate!”. Pero igual el Negrito levantó su arma.

—Él me apuntó y le tiré —dice Caballero. —Fue un segundo: ¡Plup! ¡plup! ¡plup! ¡plup! Cuando vuelvo a mirar, su fierro cae y él también.

El Negrito quedó en el suelo, con la Twister encima, estirándose para zafarse o quizá para recuperar el arma (una Bersa con la numeración limada que alguna vez había sido de un policía). Caballero corrió hacia el Negrito y llegó primero al arma, mientras el amigo del Negrito aceleraba y se daba a la fuga. El Negrito estaba herido con cuatro tiros y esos matotazos eran también un último intento de aferrarse al asfalto bonaerense, a la vida que se desprende demasiado rápido. En un instante estuvo muerto.

Caballero quería saber quién había querido robarle la moto.

—Quise saber quién era y le destapé la cara —dice. El rostro lampiño del Negrito acababa de soltar el último aliento. —Y cuando lo vi, pensé: “¡Uh! ¡Es un guacho!”.

De costado sobre el asfalto, el motor de la Honda Twister todavía ronroneaba.

\*

El homicidio de Axel Lucero puede parecer uno más entre las historias trágicas que Buenos Aires narra todos los días: un

ladronzuelo muerto, un policía con las manos manchadas de sangre y pólvora, un botín exiguo. Fin. Pero no. En sus múltiples capas de interpretación, el cruce del Negrito con Caballero esconde más de un sentido.

Meses después del crimen del Negrito, Axat presentó ante la Corte Suprema de la provincia de Buenos Aires su caso, en una lista en la que estaba junto a otros cinco adolescentes asesinados por policías platenses de civil en un lapso de once meses: Rodrigo Simonetti, de 11 años (muerto el 6 de junio de 2012); Franco Quintana, de 16 (el 27 de diciembre de 2012); Omar Cigarán, de 17 (el 14 de febrero de 2013), quien, según la versión oficial, intentó robarle la moto a un policía de civil; Bladimir Garay, de 16 (el 19 de mayo de 2013) y Maximiliano de León, de 14 años y con 22 entradas a comisarías (el 1 de agosto de 2012). De León, conocido en El Carmen como Juguito, era amigo de Ratón y del Negrito.

—En cinco años de trabajo como defensor, yo nunca había visto una seguidilla así — dice Axat, que desde que presentó esta serie ha detectado otros seis casos nuevos.

No habla de un escuadrón de la muerte; en cambio, su hipótesis es que la serie de asesinatos sin castigo genera un clima de repetición.

—Es un *copycat* — continúa —, son crímenes copiados de otros crímenes, que surgen de una articulación de imaginarios y prácticas que funcionan al dedillo en cuanto a la persecución y al hostigamiento de estos pibes que ya vienen prontuariados de antemano, porque tienen caídas en la policía y seguimientos en los barrios.

La provincia de Buenos Aires no tiene un sistema de estadística pública que muestre los casos de muerte a consecuencia de violencia institucional. Y aunque existe un banco

---

## Una antología de no ficción

de datos que registra apremios y torturas, no es confiable porque los defensores públicos no siempre cargan sus denuncias. La procuración bonaerense, en su sistema web, registra la tasa de investigaciones penales iniciadas cada año, pero no especifica quiénes son las víctimas y los victimarios, ni tampoco las modalidades.

— Es una cifra inútil — explica Axat, que sospecha que si en La Plata hubo seis casos en once meses, en otros departamentos judiciales más violentos (como La Matanza, San Martín o Morón) debe haber más. El asunto lo desvela:

— La cifra real existe — asegura.

El Sistema Integrado del Ministerio Público de la provincia, dice él, obliga a los funcionarios a volcar toda la actuación realizada, que luego es recibida por la Dirección de Estadística, que utiliza los datos para hacer control de gestión interna, pero no para darlos a conocer.

Axat dice que una fuente suya le filtró parte de la estadística y que, hasta ahora, ha logrado descubrir algunas cosas:

— Es grave. Sólo en La Plata, donde hay un nivel de conflictividad medio, tengo una tasa de alrededor de 130 pibes muertos en los últimos ocho años, pero no tengo la modalidad. No sé si se mataron entre ellos, si ocurrió cuando le fueron a robar a un policía o en legítima defensa. Deberíamos, como sociedad, poder saberlo.

\*

En El Carmen, la muerte del Negrito no pasó desapercibida: el barrio lo lloró. Y aunque su madre se encargó de que ninguno de sus nuevos amigos estuviera en el entierro, ellos lo santificaron en Facebook, donde los flyers con su rostro co-

menzaron a circular, diseñados por quienes lo habían conocido, junto con las fotografías que lo mostraban caminando por esas calles o haciendo willy, “colgando” alguna moto a toda velocidad. “Lo recordamos por la imagen que dejaron de pibes bien chorros, compañeros y unos amigos impresionante... los amamos mucho”, se lee en una de esas imágenes: allí el Negrito comparte cartel con Ratón, que para entonces ya había sido ejecutado con varios tiros por la espalda por un *dealer* de El Palihue.

Un día después del homicidio de Axel Lucero, su amigo Nazareno Álamo, Naza Reloco, que había logrado escapar, agregó un comentario en una foto del Negrito que él mismo había subido a Facebook tiempo atrás. “Te quiero amigo se te re estraña negro, alto compañero”, escribió.

Cuatro días después, la misma foto recibió dos comentarios que lo inquietaron: “Lo dejaste re morir Naza al pibe, no podés hacer eso. Te van hacer maldades, gato”, puso uno. Y otro: “Re gil el pibe, ¿cómo lo va a dejar tirado? Le tiene que kaer la maldad”. Naza Reloco se defendió desafortunadamente: “Cierren el orto, giles. Diganmelon en la cara si son tan pio-las”, escribió. “Yo hice lo posible pero estaba re jalado y yo no lo llevé a él, lo vi cuando estaba tirado”. Uno de los que había posteado antes volvió a aparecer: “No sé amigo, todos los pibes dijeron q andaba con vos”.

El 31 de diciembre de 2013, diez meses después del homicidio, Naza le dejó un rosario al Gauchito Gil en memoria del Negrito, en un santuario que él mismo había ayudado a construir en la plaza de El Carmen.

—Él estaba mal porque todos lo acusaban de que había ido a robar con el Negrito ese día, porque siempre andaban juntos —dice Maira Verón, la novia de Naza, que en su Facebook firma como La Morocha de Ningún Gato.

---

## Una antología de no ficción

En su casa, un departamento en un monoblock enano llamado Monasterio, no muy lejos de El Carmen, no hay casi nada: apenas una mesa, algunas sillas, una heladera. Maira insiste con que su novio trabajaba como albañil desde las siete de la mañana y con que ya no robaba, y por lo tanto para ella no hay forma de que haya abandonado al Negrito. (La investigación judicial sobre el homicidio de Axel Lucero es ambigua en ese sentido: la presencia de Nazareno Álamo en el incidente no ha sido probada ni tampoco descartada. Pero la sospecha de que fue él quien estuvo allí existe.)

— Ese día, Naza vino a mi casa a las ocho de la noche y después nos fuimos a dormir, y a la una de la madrugada vinieron unos chicos a avisarnos que le habían dado un tiro al Negrito — sigue Maira.

Fue ella quien se subió a una motito Honda Wave y comprobó la historia. Cuando volvió con la noticia, encontró a Álamo pidiéndole por la vida de su amigo al Gauchito Gil, con una vela encendida.

— No lo pudo aguantar — dice. — Se puso a llorar.

Casi un año después del homicidio del Negrito, el miércoles 22 de enero de 2014, Araceli, que está a punto de dar las coordenadas para una nueva entrevista para este artículo, avisa que no podrá llegar: otro amigo acaba de morir. Es Álamo, que quiso ayudar a un vecino a recuperar una moto y terminó con un disparo en la frente.

En la medianoche del viernes 24 de enero, una pequeña multitud llega desde El Carmen a una funeraria de la calle 72, la última del diseño racional de La Plata, antes de que el suburbio amorfo lo muerda todo. Son sus amigos de la plaza del fondo: pibes de mirada dura, algunos todavía con cachetes aniñados, que lloran con dolor y piden venganza a los gri-

tos. Nazareno Álamo, Naza Reloco, está adentro con los ojos cerrados en un cajón abierto adornado con una bandera de Gimnasia y Esgrima de La Plata. Es una noche fría en el medio del verano, y en la funeraria se comenta que el asesino fue un tipo al que le dicen “Chino” y que es de la barra brava de Estudiantes. Pero hay quienes comentan que algunos amigos del Negrito podrían haber vengado su abandono.

Ya es de mañana cuando el velorio termina, y una caravana de motos sigue bajo el sol al coche fúnebre cuando pasea al cajón frente a la casa de los Álamo, en El Carmen. Después pasan por el santuario del Gauchito Gil en la plaza, donde truenan dos disparos, y frente a la vivienda de uno de los amigos del supuesto asesino. La recorrida termina en el cementerio municipal, acelerando las motos en punto muerto.

\*

A Caballero, que se quedó de pie un instante al lado del cuerpo de Axel Lucero, se le amontonan los recuerdos: la cara seca del chico, los autos que ya pasaban el semáforo en rojo, las bocinas, las luces, los gritos de la gente, los que creían que el propio Caballero era un ladrón que acababa de matar a alguien y al que le gritaban “¡Hijo de puta!”, “¡Asesino!”, y los que habían visto la secuencia y confrontaban con los primeros. Asustado, desconcertado, Caballero guardó su propia arma y sostuvo la del Negrito, que revisó y encontró cargada y lista. Después, alguien le alcanzó un diario para envolverla.

En diez minutos, el cruce de las calles 7 y 80 se plagó de policías. Con la zona cercada dispusieron que Caballero espere a un costado, pero le permitieron conservar el arma de Lucero, que luego le entregó a la fiscal Virginia Bravo cuando

ésta llegó. Caballero quiso llamar a su padre, pero el teléfono se le escapó de las manos y el chip y la batería se desparramaron en el suelo: sus nervios eran incontenibles.

Después de levantar rastros, huellas y balas, la fiscal y su secretario le preguntaron a Caballero qué había pasado. Con dos testigos, los peritos sacaron los cartuchos del arma del policía: de las 17 balas, cuatro habían sido disparadas. El arma del Negrito tenía tres en el cargador y una en la recámara. Sacaron fotos, hicieron un croquis de la escena del crimen. Levantaron la moto y dieron vuelta el cuerpo. Lo revisaron: no encontraron nada en los bolsillos. Le levantaron entonces el buzo, le limpiaron la espalda y vieron los disparos en el hombro, en el omóplato y en la costilla, siempre del lado de la espalda. Le bajaron los pantalones y le quitaron la gorrita, y de ahí cayó un casquillo: era la cuarta bala, que había ingresado y salido por el cráneo.

—¡Era un re guachín! —dice Caballero ahora. —Si lo veías con la ropa inflada parecía más grande, pero tenía el cuerpo de un nene. Ni pelos en la cara tenía.

Dos horas después de los disparos, levantaron el cadáver y lo enviaron a la morgue. Caballero fue llevado a la comisaría octava, donde los amigos del Negrito también fueron concentrándose. A las dos de la madrugada, era un prisionero que quemaba: el comisario se lo sacó de encima y lo envió al destacamento policial del barrio de Abasto, en el sudoeste de la periferia platense. En un calabozo hediondo (el colchón estaba meado y todavía húmedo, y las cucarachas caminaban por todas partes), Caballero quedó por fin solo.

—Rebobinaba la cinta a morir —dice. —Estaba shockeado. Seis horas atrás había estado en mi casa preparándome para ir al gimnasio y ahora estaba en un hoyo y en una encrucijada.

Apenas clareó, un camión de traslado lo pasó a buscar para llevarlo ante la fiscal Bravo. El que conducía era un conocido suyo y no entendía qué pasaba. En el camino, compró el diario y lo vieron juntos. La fiscal decidió que Caballero sería el último en hablar: un testigo había contado que el policía había rematado en el suelo al Negrito y Bravo quería escuchar más testimonios antes de conocer su versión. A las diez de la mañana, un abogado visitó a Caballero en los tribunales, donde seguía esperando su turno. “No te voy a mentir, estás mal”, le dijo el hombre. “Con la declaración de esa mujer, te comés de 8 a 25 años”. Mientras la fiscal escuchaba nuevas versiones, Caballero fue devuelto a la comisaría. Su madre lo visitó allí brevemente. Lloraron juntos.

— Yo me dormía y me despertaba cada media hora. Lo único que hacía era dormir y llorar — recuerda. — No lo podía creer. Pensaba que era todo un sueño. Y quebraba.

Al día siguiente, volvió a los tribunales y declaró una hora ante la fiscal. Detalle por detalle. Luego lo llevaron a los calabozos del subsuelo. Hubo algunos trámites y una primera sentencia: como no había más lugar en la comisaría, Caballero debía ser trasladado al penal de Olmos, una torre de Babel que, habitada por más de 3,000 presos, es la cárcel más grande y peligrosa de Argentina.

— Se me puso la piel de gallina — dice.

El siguiente traslado no se hizo esperar. Caballero viajó en el camión sentado adelante, separado de los presos que iban atrás, encadenados, y que preguntaban por él: “¿Qué onda el loco ése que está ahí?”.

— Pensaban que yo era violín — explica, con la jerga que usan los presos para marcar a los violadores. — El viaje fue interminable: yo miraba el campo y las vaquitas, y me

---

## Una antología de no ficción

agarraba calor, frío, ganas de llorar... Pensaba que ésa era la última vez que iba a ver una vaquita.

Cuando llegaron lo recibió la jefa de la unidad. Le dijo que conocía su historia y que consideraba que él no era un corrupto ni un abusador, sino un policía que se había defendido. Lo dejó durante ese día en un calabozo separado, con una cama y una letrina, un lugar un poco menos desagradable que el de la comisaría. Caballero sabía que en menos de 24 horas iba a ser uno más en el pabellón de los policías presos. Pero entonces, ya sobre el final del día, llamó la fiscal Bravo: la autopsia indicaba que las balas habían penetrado en un cuerpo sentado y en rotación, de modo dinámico, lo que para ella corroboraba, junto a varios testimonios (que a su vez contradecían al de la mujer que había dicho que el Negrito había sido rematado en el suelo), la versión del policía.

—El testimonio es una prueba endeble: dos personas frente al mismo hecho pueden contar dos cosas diferentes — dice la fiscal para justificar su decisión de dejarlo en libertad y no acusarlo por un exceso en la legítima defensa. — Por eso, la prueba fundamental y objetiva en este caso es la autopsia.

El joven sargento Caballero fue liberado el mismo día en que llegó a la cárcel de Olmos. Atravesó la puerta del penal después de la medianoche. Afuera lo esperaba su padre. Cuando volvían pasaron por la comisaría octava: había sido apedreada por los amigos de Lucero.

—Yo llevaba el arma porque me sentía seguro y uno tiene que estar seguro para usarla — dice Caballero. — Si no, no la llevés. No podés dudar. Es igual que para el malandra: él agarra el fierro y tiene la misma responsabilidad que uno. Matar o morir. Agarrás un fierro y agarrás tu destino.

\*

La madre del Negrito llega a su casa agotada.

— Vengo de la fiscalía. Fui a ver si había avanzado la causa y me dicen que no, que no hay nada que amerite a favor del nene — se amarga. Ya pasaron varios meses del homicidio.

— Todo está a favor del policía ése, que declaró que se asustó porque mi hijo le estaba robando. Pero le pegó cuatro tiros: creo que esto pasa más por otro lado.

Aunque no hay pruebas, Marcela dice que escuchó algo sobre una chica que compartían víctima y victimario. Está convencida de que Caballero ejecutó adrede a su hijo. Que le disparó en la cabeza de cerca. Que no le dio chance de vivir.

— Yo tengo un montón de versiones — dice. — Y cada día me entero de algo nuevo.

En el lugar que dejó el Negrito en su casa ahora hay vacío. Su cuarto permanece intacto y sobre su cama hay una bandera que hicieron sus amigos del barrio y que le dieron una noche a Tito, el cantante de La Liga, el grupo de cumbia preferido del Negrito, para que la sacudiera mientras cantaba “Yo tengo un ángel”.

En la sala de la casa, una foto gigante cuelga de la pared: el Negrito sonríe, con lentes de sol y gorrita.

— Lavaba sus viseras con cepillo, a la noche... — dice su madre mirando la foto.

\*

Un año después del homicidio del Negrito, Araceli está en el gimnasio del Centro Paraguayo de Los Hornos. Siguiendo a su entrenador, la boxeadora se acostumbró a viajar a esa

---

## Una antología de no ficción

barriada del sur de La Plata para darle a la bolsa, a los abdominales, a la sogá, a los guantes.

—Si yo no estuviera entrenando, estaría en el barrio con las juntas —dice. —Pero el boxeo y mi mamá me salvaron.

Araceli evoca al Negrito Axel Lucero, a Nazareno Álamo, al Ratón Pablo Alegre; a Maximiliano de León, Juguito. Y a su primo, Brian Perego: otro pibe que acaba de morir sobre una moto. Iba en su Honda Biz C125 cuando lo embistió una camioneta Ford EcoSport. Ahora sus parientes quieren saber si fue un accidente o un atentado: Brian tenía sus enemigos, explica Araceli.

—Ya hay muchos chicos muertos —dice, apesadumbrada. —No se puede hacer nada. La junta te lleva, pero el camino es de cada uno: vos tomás tus decisiones y no le podés echar la culpa a nadie.

Entonces se pone los guantes: hay que seguir entrenando.

*[Publicado en Rolling Stone Argentina, N° 197, en agosto de 2014]*

## Sangre de amor correspondido

*En un pueblo rural de la provincia de Buenos Aires, un gay enamorado de 18 años mató por la espalda a su madre y a su hermano, en un crimen que parece una novela de Manuel Puig.*

### I

“Soy Cristian Marcelo Bernasconi y nací el 6 de febrero de 1990 en Magdalena. Me crié en el campo. En mis primeros años jugaba a la casita y mi mamá me compraba ollitas de plástico. Sé que ella quería tener una nena, porque ya tenía un varón, pero nació yo. Mi mamá, Juana Alicia Pérez, era de esas personas frías que asustan con la mirada. Mi papá, Carlos Héctor, que trabajaba todo el día, era muy bueno (murió de cáncer a fines de 2007). Con mi hermano Carlitos tuvimos una infancia un poco distante porque él era diez años mayor y nunca quiso jugar conmigo. ‘No somos compinches’, me decía. Y nunca lo fuimos. Cuando falleció mi papá me hice cargo del trabajo: me levantaba a las cinco y media, ordeñaba las vacas y hacía masa para muzzarella. A las ocho salía en caballo a recorrer las 525 hectáreas y trataba de terminar a las diez y media para cocinar. Después lavaba los platos y limpiaba la casa, y a eso de las dos y media ya me iba a apartar las vacas para hacer el tambo. A las cinco encerraba a las ovejas en dos corrales y le daba de comer a los chanchos. Al final del día cocinaba la cena y lavaba los platos. De muy chico me di cuenta

---

## Una antología de no ficción

de que me gustaban los hombres, pero no era tan fácil confesar en el campo que uno es puto. No sabía cómo decírselo a mi mamá y a mi hermano hasta que tomé coraje. Como era de suponerse, los gritos de ella casi levantan el techo de casa. Ese día empezó el infierno que me terminaría trayendo al pabellón de homosexuales de la Unidad 32 de Florencio Varela.”

## II

No pasó tanto tiempo, pero la fotografía ya está vieja. La guarda celosamente la tía de Marcelo y, aunque no cruzan palabra desde hace rato, él sabe que algún día recuperará esa imagen. Todavía la recuerda bien: luce el primer vestido que le regaló su madre. Es de una tela blanca con detalles celestes y rojos. Marcelo era hermoso como una muñeca. Y su madre, Alicia, le compraba vestidos, maquillajes y collares. A los 4 años Marcelo jugaba a juegos de nenas, solo y feliz. El tiempo pasó rápido: a los 11 miraba con admiración ingenua a los hombres que lo rodeaban. A los 12 llegó el debut sexual con un compañerito de escuela que terminó repitiendo de grado por la excitación y la confusión que le produjo el acontecimiento. Diez años más tarde, aquel compañerito está casado y guarda el secreto de su despertar sexual. Marcelo, en cambio, se sintió liberado cuando a los 15 años empezó a contarles de su orientación a sus amigas. Siempre había temido que ellas se enamoraran de él: era mucho más sensible que los otros chicos de campo.

## III

Un celular algo castigado conectaba a Marcelo con el mundo y con los otros gays que vivían en el triángulo comprendido

entre las localidades de Oliden, Poblet y Bartolomé Bavio, en la zona de Magdalena, en plena pampa húmeda. Los números de teléfono circulaban entre todos y, en la noche del 24 de enero de 2009, un chico que tenía 19 años le escribió a Marcelo. Cualquier SMS podía funcionar. Él puso: “Hola, me llamo *matias*, soy de *bavio*. Me *paso* tu”. Fue suficiente para que al día siguiente, cuando Marcelo prendió su teléfono a las ocho de la mañana, le respondiera con entusiasmo. Intercambiaron mensajes de texto durante toda la semana. El fin de semana siguiente comenzaba el Carnaval y Marcelo no se lo iba a perder. Fue al corso con su carroza, la de Los Locos de la Ruta, en busca de la felicidad: ahí se podía poner tacos, vestido, peluca y antifaz, y divertirse delante de todos y con todos.

En el corso del domingo 1º de febrero de 2009, a las ocho y media de la noche, Matías —que también estaba disfrazado de mujer— le envió un nuevo mensaje: “Estoy en la Esso con dos chicas”. Finalmente se iban a conocer. Disimulados entre la multitud disfrazada burlaron su moralina. Marcelo llegó al pequeño playón de dos surtidores donde lo esperaban tres chicas. Matías era una de ellas, pero ¿cuál? Cuando la más alta dio un paso adelante descubrió que era su hombre. Y que, vestido de mujer, no estaba mal. Conversaron sentados en la vereda mientras los vecinos bailaban y se echaban espuma. La charla era de palabras cortas y miradas largas. Después se sumaron a la fiesta y más tarde, aprovechando la distracción de la madre de Marcelo (que no lo dejaba juntarse con chicos), decidieron apartarse y caminar solos por la estación de tren abandonada. Los candidatos que aparecían por mensaje de texto solían ser mediocres, pero Matías parecía diferente. Y al final de la noche Marcelo echó los dados:

---

## Una antología de no ficción

“Me gustás, ¿no querés ser mi novio?”. El otro se sorprendió: “¡Pero si recién nos estamos conociendo!”. Marcelo pensó que había fracasado hasta que dos días después se volvieron a ver y entonces Matías retomó el tema: “La respuesta a tu pregunta es sí”. Marcelo ya se había olvidado del asunto. “Eh, sí. Que quiero ser tu novio”, le aclaró su chico.

### IV

Casi dos años después de aquella declaración de amor, la estación de servicio Esso está vacía. Son las dos de la tarde en el pueblo de Bartolomé Bavio y la mayoría de sus dos mil habitantes duerme la siesta para cobijarse del sol, que brilla con fuerza. Las calles son anchas y el olor a campo asalta en esta localidad de lo profundo de la provincia de Buenos Aires. Matías ofrece un paseo: en su itinerario rodea los vagones desmantelados y devenidos en hogares populares, el cementerio espontáneo de vacas —una colección de cráneos y costillares que yace al lado de la escuela agraria—, la iglesia prolija y vacía y el bar abandonado que aún exhibe la caricatura de un gaucho borracho. Aunque parezca poco, éste es su pueblo y le gusta. Éste era, también, el pueblo de Marcelo. Y el teatro de la historia de amor que los unió durante cuatro meses.

Marcelo y Matías se habían animado a confesar su homosexualidad ante su pequeña sociedad —incluso antes de amarse— y tuvieron que aprender a soportar los comentarios por la espalda y las cargadas. A Marcelo le gritaban en la calle su apodo: “¡Marilyn!”. Y él tal vez juntaba rencor. Pero nunca explotaba.

—El qué “dirán existe” —dice Matías, que trabaja como peluquero a domicilio. —Te señalan y te juzgan sin co-

nocerte, por eso los gays no quieren abrirse. Pueblo chico, infierno grande: siempre es la misma mierda.

Marcelo no tenía demasiados amigos. Todavía guardaba algo de aquel niño solitario que había sido: en la escuela era tan callado que pocos de sus compañeros se dieron cuenta de sus evidentes modos afeminados. En los recreos se quedaba sentado hasta que sonaba el timbre de regreso. Y sólo confiaba en sus amigas: a ellas les contaba que era muy enamorado y que en su vida aparecían nuevos chicos todo el tiempo.

## V

“Mi papá se había dado cuenta de lo que me pasaba y siempre me resguardó tratándome como a una nena y cuidándose. En 2007, antes de que se muriera de un cáncer, nos unimos más que nunca y le conté mi verdad. Mi mamá y mi hermano no sufrieron tanto la pérdida. A la semana mi hermano se fue a una fiesta y mi mamá hacía pantomimas delante de la gente. Cuatro días después del fallecimiento, yo estaba llorando en el cuarto y ella me preguntó qué me pasaba. Insistió hasta que le empecé a contar el secreto que había compartido con papá. ‘¿Qué?!’, me retó. ‘Que soy gay y me gustan los hombres’. ¡Ay, para qué! Ella estaba acostumbrada a mi personalidad de nena, pero creo que nunca abrió los ojos para decir: ‘Éste es raro’. A mí también me sorprendió que ella se enojara. Al otro día le conté a mi hermano, buscando su apoyo, pero fue igual o peor. Me respondió: ‘Cuando eras chico te tendríamos que haber tirado al chiquero de los chanchos para que te comieran, ¡sos un enfermo!’. Desde ese día siempre me retaban, me insultaban, me miraban de mala manera. Me controlaban la plata que gastaba, mi forma

---

## Una antología de no ficción

de vestir y las llamadas que hacía. No me dejaban salir solo. Pero yo muy pocas veces contestaba. Solamente agachaba la cabeza y salía al campo a llorar.”

### VI

El infierno familiar del que tanto hablaba Marcelo sorprendió a muchos en Bavio.

— Cuando iba a la casa, yo veía que se querían mucho — cuenta una de sus amigas durante un recreo en la fábrica de lácteos donde trabaja. — Marcelo le vivía haciendo regalos a la mamá: ropa, anillos, cadenitas. Y ella lo mismo a él: si se le antojaba un celular nuevo, se lo regalaba. Tenían una relación muy especial. Pero no sé qué pasaba cuando nadie los veía.

Matías conoció la intimidad del hogar. Y recuerda que a Marcelo nunca lo dejaban solo. Lo vigilaban. La madre había decidido que todos dormirían juntos, en camas separadas pero en la misma habitación, para controlarlo de noche.

Sin embargo, un domingo a la tarde, aprovechando que su hermano Carlitos estaba pescando y que Alicia se había quedado dormida, Marcelo los burló. Dejó de lado el mate y le propuso a Matías abandonar la cocina, adonde les estaba permitido verse, para adentrarse más allá. En el cuarto vacío que alguna vez había ocupado con su hermano, Marcelo tomó conciencia de que el cerco volvería a cerrarse pronto y le regaló a Matías un beso prohibido e intenso. Pero el estrépito de la puerta los interrumpió. Ahí estaba su madre: los había descubierto. Su rostro cargaba una expresión de piedra y óxido. Su mirada opaca los fulminó. Sus labios finalmente se separaron para regañar al hijo. Alicia fue breve. Podría haber sido peor, pero Marcelo ya estaba malherido con cicatrices que nunca cerraban. Y le dijo a su novio que debía irse.

Desandaron el camino de tierra hasta la tranquera y pasaron el cartel de madera roída donde se leía “El Rosario”. Ahí, al borde de la ruta, se despidieron con otro beso, ensordecido por la marcha veloz de los autos.

## VII

La noche del 25 de mayo de 2009 fue la peor. Alicia y Carlitos no le creyeron a Marcelo que había salido con su amiga Marta, la de la fábrica de lácteos. Creían que se había ido con uno de sus chongos y querían que lo admitiera. Pero él se mantenía firme: “¡Me fui con Marta!”, gimoteaba. Su madre y su hermano lo asfixiaban. La situación era tensa. Puto de mierda. Enfermo. Mentiroso. Puto de mierda. Hasta que Marcelo vio que su única salida era la cama. Y cuando su madre y su hermano llegaron al cuarto, él —que no podía pegar un ojo— se hizo el dormido. Finalmente cayó en el sueño, pero a las tres de la mañana se despertó y ya no pudo volver a conciliarlo. Oculto en la negrura de la noche, sufrió disimulando su lamento.

Al día siguiente, martes 26 de mayo de 2009, las cosas empeoraron. A las seis menos cuarto los tres estaban de pie. La tortura continuaba con más acusaciones y recriminaciones. Puto de mierda. Enfermo. Mentiroso. Puto de mierda. Su hermano todavía seguía insultándolo cuando Marcelo terminó de ordeñar sus tres vacas. Luego contaría que en ese momento sintió un calor muy fuerte en su cara. Y que entonces su mente se eclipsó.

## VIII

“Hay una nube en mi memoria. Y cuando vuelvo en mí es-

toy lejos de casa, corriendo por el campo, transpirado, con un arma en las manos, preguntándome qué es lo que acabo de hacer y sin animarme a volver. No tengo casi ningún otro recuerdo. Apenas alguno de mi hermano. Y de mi mamá nada, aunque me dijeron que la maté primero a ella. De mi hermano puedo decir que estaba a una distancia de unos tres metros, de espaldas, en el corral de ordeño. Recuerdo el sonido del tiro y el instante en el que los pájaros salieron volando con su retumbe de aletas.”

IX

“4.- Autopsias de fs. 42/47 y fs. 64/68 y fotografías complementarias de fs. 48/60 y fs. 69/75. La primera de las piezas citadas informa que el deceso de CARLOS MARTIN BERNASCONI: ‘[...] La víctima sufre una herida por proyectil de arma de fuego en cráneo, con orificio de entrada en región cervical posterior, ingresando el proyectil (luego de lesionar plano muscular y cuerpo del atlas) a la cavidad craneana a través del agujero magno, para, una vez en el interior de ella causar destrucción de masa encefálica y del tronco encefálico, quedando por último alojado en el espesor del parénquima cerebral (aunque cercano a la superficie), lóbulo parietal derecho’.

“[...] Por su parte, la pieza de fs. 193/198 antes citada, da cuenta que la muerte de JUANA ALICIA PÉREZ: ‘[...] La víctima sufre una herida por proyectil de arma de fuego en cráneo, con orificio de entrada en región cervical posterior, ingresando el proyectil (luego de lesionar plano muscular) a la cavidad craneana a través del hueso occipital, para, una vez en el interior de ella causar destrucción de cerebelo y del

tronco encefálico, quedando por último alojado en el espesor del peñasco derecho’.

“[...] Las personas fallecidas fueron sorprendidas en sus quehaceres, el masculino, ordeñando en el corral, ya que se constató que en sus manos tenía crema de ordeño y restos de pelos de animal, mientras que la femenina, se encontraba dentro de la vivienda, lavando unas mamaderas para cordero en la pileta de la cocina comedor; manifestó también que a su juicio ambas personas no advirtieron la presencia del atacante, quien los sorprendió por la espalda [...]. Las dos víctimas no presentaban signos de lucha y/o defensa.”

(En “Cuestión Primera, 4” del Veredicto del Tribunal Oral en lo Criminal Número 4 de La Plata, 16 de marzo de 2010.)

X

“... la finca de Gonzalez, donde estaría Marcelo Berlusconi [sic], donde una vez constituidos, nos entrevistamos con el mismo, quien consultado sobre sus circunstancias personales, refiere llamarse Marcelo Berlusconi, argentino, de dieciocho años de edad, instruido, domiciliado en la estancia El Rosario situada en ruta treinta y seis, quien a preguntas que se le formulan en cuanto al ilícito ocurrido, refiere que en la fecha y siendo alrededor de las siete horas con diez minutos, se encontraba ordeñando las vacas juntamente con su hermano Carlos, momento en que se dirigió hacia la finca a efectos de ingresar unos baldes de leche ordeñada, pudiendo observar por un ventanal de la vivienda que da al interior de la cocina que su madre se hallaba cercada por tres personas de sexo masculino, pudiendo ver a sólo uno de ellos el cual ves-

---

## Una antología de no ficción

tía prendas oscuras, poseía gran cantidad de barba y tendría alrededor de cuarenta años de edad, los cuales apuntaban a la humanidad de su progenitora con un arma larga, y un arma corta [sic], tipo revólver o pistola, por lo que inmediatamente emprendió una veloz huida en dirección hacia donde se encuentra un molino de agua, a una considerable distancia de la casa, observando a su vez hacia el corral donde estaba su hermano, que también se hallaba cercado por otros dos sujetos más [...]. Que emprendió la huida luego hacia el campo vecino, donde metros antes de llegar a este destino, oyó un disparo de arma de fuego proveniente de donde se hallaban los sujetos atacando a su madre y/o hermano...”

(En el acta del procedimiento policial que se llevó a cabo el 26 de mayo de 2009 a las ocho de la mañana.)

## XI

Con grandes zancadas que sacuden el rocío de la mañana, Marcelo Bernasconi corre sin parar. Todavía lleva en sus manos la carabina de su padre, una semiautomática Mahely M-11, calibre .22 largo, y sospecha de que con ella ha desatado una masacre. Sin aminorar el paso, la tira entre los yuyos y se dirige al campo de un vecino. En la carrera piensa qué va a decir. La coartada es la de un asalto: unos tipos encañonaron a su madre y otros a su hermano, y él alcanzó a huir. Eso le dice Marcelo, tembloroso, al paisano que lo recibe. Pero comete un error: no sólo le pide que llame a la policía, sino también a una ambulancia. El móvil 36.265 de la Policía de la provincia de Buenos Aires aparece primero. Los uniformados descubren el doble homicidio, pero cuando Marcelo les pregunta por el asunto, ellos le responden

que su mamá y su hermano están a salvo. Él decide seguir con su mentira. “Quedate tranquilo, que tu mamá y tu hermano están en la cocina tomando mate”, le mienten. Marcelo se calma y describe a los ladrones. Los inventa mientras declara, en base a las películas de acción que vio.

El casco de la estancia El Rosario, donde vivía la familia Bernasconi, fue ocupado de nuevo poco tiempo después del doble homicidio. Un peón regordete —mate de lata y alpargatas con medias— es quien se encarga de decirles a los curiosos que ya no hay nada que ver en la casa, que la mandaron a pintar. Alrededor del escenario de los hechos crecen ombúes. Si le preguntan, el peón dice que Marcelo no trabajaba. Que en verdad no hacía nada. Que todo lo que cuenta está exagerado. Y que en el pueblo ya anduvieron unos tipos de lentes de sol, sonrisas blancas y autos caros recolectando información. Son los productores. Vienen a hacer la película.

De nuevo en la vida real, frente a los policías, Marcelo miente cuando declara, pero no sabe que en su habitación encuentran una carta en la que él mismo escribió que la relación con su familia ya no daba para más y que tenía dos opciones: irse o quitarse la vida. Una tercera opción estaba ahora a la vista: deshacerse del resto. En la casa también se hallan cartuchos .22 largo, intactos. Coinciden con los casquillos disparados. Las pruebas contra Marcelo son suficientes para trasladarlo a la Delegación Departamental de Investigaciones de La Plata el mismo día en que todo ocurre. Ahí le juegan al policía malo y al policía bueno.

“¡Vos, puto de mierda, vos los mataste!”, le gritan unos.

“Si sabés algo, decilo que te vamos a ayudar”, lo consuelan otros.

---

## Una antología de no ficción

Cansado y acorralado, Marcelo rompe en llanto y pide hablar a solas con el fiscal de instrucción. Con él se quiebra. A él le cuenta sobre el calvario que es su vida.

“Quedate tranquilo, no te va a pasar nada”, lo serena el funcionario, después de escuchar el largo relato. “La vida es así...”

### XII

“Quería un juez homosexual y ya tiene quien lo juzgue. Marcelo Bernasconi, el joven de 18 años detenido por asesinar a su madre y a su hermano el 26 de mayo último y que a través de su abogado, pidió que lo juzgue un juez o un tribunal homosexual que entienda el rechazo familiar y homofóbico que venía padeciendo en su círculo íntimo, ya tiene un órgano jurisdiccional que lo lleve a juicio, aunque no se tomó en cuenta el pedido de su abogado. Se trata del Tribunal Oral Número 4 de La Plata que ayer fijó fecha de debate: el 10 de marzo de 2010.”

(Diario *Hoy*, La Plata, 8 de octubre de 2009.)

### XIII

El juicio dura cinco días. Marcelo llega asustado: tiene delante de él a tres jueces bien conocidos por la severidad de sus penas (al “perverso” Adán, que violó y mató a una niña, lo condenaron en 2008 a 49 años de prisión). Él teme que su homosexualidad sea juzgada, pero con el correr de las sesiones descubrirá que su orientación no es un agravante.

El fiscal Rubén Sarlo, un tipo hábil en la batalla, es el encargado de formular la acusación. El abogado defensor Ni-

colás Malpeli, que fue a la cárcel a ofrecerle sus servicios a cambio de nada, es su máxima esperanza. Como en un sueño, Marcelo ve pasar por delante pericias balísticas, dermatests, informes médicos y planimétricos. Los testigos aparecen de a uno y cuentan la historia de su vida: el trato de su familia, la ligera discapacidad de su hermano Carlitos, la posibilidad de que a su madre le disgustara su orientación sexual, el acoso de los pibes de Bavio que se bajaban los pantalones delante de él en joda, la certeza de que los disparos se efectuaron desde más de cincuenta centímetros, la polémica posibilidad del desgobierno en su conciencia. Él mismo también declara. Mira fijo a los jueces y les dice que tendría que haberse ido de su casa para evitar ese final.

Pero el fiscal no cree en su justificación. Se basa en lo que dijeron los peritos psiquiatras y descarta la posibilidad de un estallido emocional que hubiera borrado la conciencia de Marcelo en el momento del crimen. Agrega que en su declaración se contradijo más de una vez. Por ejemplo, cuando admitió que su hermano Carlitos lo acercaba en auto a ver a su novio, Matías, porque el propio Carlitos iba a Bavio a ver a su amante, una mujer mayor. Los hermanos habían establecido una suerte de pacto de silencio para ocultarle sus aventuras a la madre. El fiscal tampoco cree que la familia fuera un infierno: la tía de Marcelo lo desmiente. “Creo que si existió un móvil para este doble crimen fue por otro motivo”, dice el acusador Sarlo en su alegato. “Y estoy plenamente convencido de que el imputado planeó el hecho, tomó la escopeta y ejecutó por la espalda a las víctimas. Obró sobre seguro y sin ningún riesgo. Luego pergeñó la discusión con Carlos en el corral, la amnesia parcial y ese miedo que lo llevó, según su coartada, a inventar un robo.”

---

## Una antología de no ficción

Al abogado defensor Malpeli le toca responder. Admite que hay escasez de testigos en cuanto al maltrato familiar, pero señala que todo quedaba puertas adentro. El defensor dice que Bernasconi no ha mentado. Y que, aislado en el campo, no pudo, no supo o no quiso pedir ayuda. “El fiscal dice que no encontró móvil, que no existe”, sigue. “Yo creo que sí. Diría que más que un móvil es una historia de vida.”

A Marcelo le corresponden las palabras finales. Habla de “una familia que para afuera era todas sonrisas y para adentro era un infierno”. Dice que el campo es un lugar muy cerrado para los homosexuales. Y que él quería lo mejor para sus víctimas: “Por eso no me fui de casa, porque si no me hubiesen importado, me hubiese ido y los hubiese dejado tirados en la calle”. Y entonces recuerda la estrofa de una canción que siempre le gustó, que tenía en su casa grabada por Miguel Ángel Robles. Y la recita, para los jueces: “Resistiré aunque los vientos de la vida soplen fuertes/ soy como el junco que se dobla pero siempre sigue en pie/ y aunque los sueños se me rompan en pedazos/ resistiré”.

### XIV

“... El tribunal por unanimidad resuelve en la Causa nro. 3399 de su registro: condenar a CRISTIAN MARCELO BERNASCONI, argentino, soltero, instruido, nacido el 06 de Junio de 1990 en Magdalena (Pcia. de Buenos Aires), hijo de Carlos Héctor Bernasconi y de Juana Alicia Pérez, con domicilio en ruta 36, Estancia ‘El Rosario’ (partido de La Plata, Pcia. de Buenos Aires), por los hechos cometidos el día 26 de Mayo de 2009, a la pena de PRISIÓN PERPETUA, ACCESORIAS LEGALES Y COSTAS en orden a los delitos de HOMI-

CIDIO CALIFICADO POR EL VÍNCULO Y POR ALEVOSÍA (cometido con el uso de arma de fuego) en concurso ideal entre sí – víctima Juana Alicia Pérez –; y HOMICIDIO CALIFICADO POR ALEVOSÍA (cometido con el uso de arma de fuego), víctima Carlos Martín Bernasconi; EN CONCURSO MATERIAL ENTRE SÍ.

“CÚMPLASE.

“FIRME y consentida, permanezca el imputado a disposición del Sr. Juez de Ejecución por el lapso de duración de la pena, a los fines de su control y cumplimiento.

“REGÍSTRESE. NOTIFÍQUESE”.

(En la sentencia del Tribunal Oral en lo Criminal Número 4 de La Plata, 16 de marzo de 2010.)

## XV

– Todos los crímenes son melodramas. Algunos más, otros menos – dice el fiscal Rubén Sarlo.

La ciudad bulle a sus espaldas, detrás de un ventanal espejado. La torre del Poder Judicial de la Provincia de Buenos Aires mira a una plaza del centro de La Plata y es una rara excepción de esos edificios anticuados y sobrecargados de expedientes, aunque aquí tampoco faltan. Entonces el fiscal se lamenta por no haber visto durante el juicio el arrepentimiento de Marcelo.

– Después de la atrocidad que cometió, no tomó conciencia de lo bueno que hubiera sido el simple hecho, pero no tan simple, de mirar para arriba y pedirle perdón a ese hermano y a esa madre a los que mató como perros – dice.

El fiscal Sarlo nunca se convenció de la versión de Bernasconi. Y cuando la tía del acusado habló en el estrado y dijo

---

## Una antología de no ficción

que la madre estaba orgullosa porque el chico limpiaba y cocinaba, el fiscal supo que había gato encerrado. Desde entonces le queda la duda de un móvil diferente: ¿cabía la posibilidad de que todo hubiera estado relacionado con el dinero del seguro de vida del padre? ¿Podría Marcelo haber calculado con frialdad el crimen para cobrar e irse a vivir con su novio a otro lugar?

### XVI

El gatito recién nacido pasa sus días lejos de los perros, porque la dueña de casa, Irma, teme que se lo coman. Parece una metáfora fácil para ilustrar la amenaza constante que representaban para Marcelo los vecinos bravucones del pueblo de Bavio. Irma era su amiga y lo recuerda con cariño. Para ella no hay razones para pensar que el crimen fue por codicia:

– No lo trataban bien y un día el chabón se cansó.

En su casa, Irma invita con mate y trae a la mesa algunas de las cartas que Marcelo le escribió desde la cárcel. En la del 27 de agosto de 2009, con letra prolija y redondeada, anotaba: “Cometí un gravísimo error, exploté sin darme cuenta de lo que hacía y ahora estoy acá enfrentando al futuro”.

– Mucha gente piensa que Marcelo hizo lo que hizo por su novio – dice ella. – Obviamente no fue así. En una época todos hablaban del asunto y cuando aparecía Matías se callaban.

Otros vecinos, en cambio, se quedaron con la sensación de que Marcelo no era la persona con la que habían compartido su vida cotidiana. Todos coinciden en que no era un chico violento. Matías también se asombró y hasta hoy no cae, incluso habiéndolo visitado en la Comisaría 9ª de La Plata y en un penal del Servicio Penitenciario Bonaerense. Es

que Marcelo quería ser una persona libre. Por eso era tan raro verlo tras las rejas.

XVII

“... Si yo hubiera conocido alguna historia como ésta, tal vez las cosas hubieran sido distintas. Ahora espero que la mía le sirva a alguien más. Yo exploté para afuera, matando a los que no quería matar, y hay otros que explotan para adentro, matándose a sí mismos.

“Después del hecho sentí mucha paz. Ya nunca más tuve esas vocecitas atrás que me recriminaban todo. Sé que voy a perder mi juventud acá adentro. Y lo primero que haga cuando salga va a ser ir al cementerio para comprobar con mis ojos que los maté. Ahora lo único que me queda son los sueños. Hay uno que siempre recuerdo: estoy con mi abogado en la sala del juicio, él llora porque no me puede salvar y veo en un pasillo a mi mamá y a mi hermano. Me sorprende, pero ella me ignora y va derecho al abogado y le dice: ‘Salvalo a Marcelo, que por algo te puse’.

Ya no vivo en el campo, sino en el pabellón de homosexuales de la Unidad 32 de Florencio Varela. Mi rutina acá es muy diferente: a las ocho me desengoman y voy a la escuela, limpio la entrada del penal y trabajo en una huerta. A la tarde ponemos música y bailamos. Trato de estar alegre para no pensar. Si te ponés a pensar, la cabeza te mata. Si fuera por mí, pondría solamente a Thalía y a Shakira. Y vería muchas películas de homosexuales, como *Más que un hombre*, la de Dady Brieva. Me recomendaron que lea a Manuel Puig, pero todavía no lo hice. Me dijeron que escribía historias parecidas a la mía... Al final del día cocino para mi rancho con otras chicas.

---

**Una antología de no ficción**

Ah, sí, acá hay chicas y chongos. Y yo estoy entre las chicas. A veces me maquillo. A veces me pinto las uñas. O uso tacos. Y me gusta: vuelvo a mi niñez.”

*[Publicado en Rolling Stone Argentina, N° 155, en febrero de 2011]*

## Réquiem para la familia Tchestnykh

*La desaparición de una hija, la muerte dudosa de dos hijos y el asesinato de la madre enlutan a inmigrantes rusos. Un fiscal obsesionado, un clarividente uruguayo y una detective ad honorem buscan la verdad.*

—Cada una de las actitudes que demostró Ilia Tchestnykh parecían hacerlo pensar que nos iba a superar a todos —dice el fiscal Juan Ignacio Bidone en su despacho, en la fiscalía de delitos complejos de la ciudad de Mercedes.

Bidone es un hombretón pesado, todavía joven. Un poco rústico, bastante acostumbrado a lidiar con delincuentes y más bien desprolijo. Habla aspirando las eses. En su despacho, que es pequeño y está plagado de papeles resalta la iconografía católica barata. Más allá, el sol calienta y se cuele por la ventana: la paz del mediodía en esta pequeña ciudad (en la que se concentran varias de las investigaciones más calientes del oeste bonaerense) trae silencio. Las palabras del fiscal son directas:

—Sí, en definitiva Ilia nos superó a todos.

El fiscal Bidone se refiere a la serie Tchestnykh: una cadena de desgracias que involucra una desaparición y un homicidio, aparte de la muerte misteriosa de los dos imputados.

Todas las víctimas pertenecen a una familia de inmigrantes rusos y probablemente la respuesta al horror esté en ese solo círculo. Los Tchestnykh llegaron a la Argentina el 13

---

## Una antología de no ficción

de abril de 1999 desde Jimki, un suburbio de Moscú, cuando el padre tomó la decisión de evitarle a sus tres hijos varones la milicia y la guerra de Chechenia. Como los viejos inmigrantes rusos del siglo XIX, los Tchestnykh habían pensado en tres posibles destinos, muy en boga para sus ancestros de cien años atrás: Canadá, Australia y la Argentina. Descartaron los primeros dos porque les resultaban caros y les exigían un examen de inglés. La Argentina, en cambio, no les pedía demasiado. Pero tampoco les decía demasiado su nombre. En Rusia nunca se habían fijado en el virtuoso juego de Maradona ni en la música de Gardel, ni tampoco habían reparado en la gesta del Che Guevara. Valeri, el padre, no sabía que estaba viajando al país que en la década del 1970 era conocido como el país de los desaparecidos. Simplemente tenía un amigo en Moscú cuyo cuñado vivía en Buenos Aires y trabajaba bien con una cadena de lavaderos. Con su mujer habían estado de vacaciones en los países del sur de la ex Unión Soviética, Kazajistán y Turkmenistán, y también en Turquía y en Dubai. En esos países las frutas eran baratas, y pensaban que en Argentina, un país sudamericano, las frutas también iban a estar baratas, y que la carne iba a ser abundante. Pero cuando llegaron, se sorprendieron de que la banana en Moscú fuera más barata que en Buenos Aires. A pesar de que era un ingeniero civil educado en un país de vanguardia, Valeri trabajó sin parar desde que llegó como obrero, agente de seguridad privada y finalmente taxista.

Durante algunos años los Tchestnykh vivieron en la rutina, pero una nube negra los cubrió cuando en 2009 la madre, Ludmila Kasian, volvió a la Argentina desde Rusia, hacia donde había partido en 2003 para vender un departamento y quedarse por una larga temporada de seis años. Desde enton-

ces, la familia sufrió, como una maldición, el homicidio de la madre, la desaparición de una hija y la muerte de dos hijos.

La última de las tragedias de la serie Tchestnykh ocurrió el 30 de marzo de 2012, cuando Ilia, el hermano mayor, fue hallado muerto en la playa del Gramadal, en la localidad peruana de Salaverry. Lucía un agujero en la sien izquierda y dos decenas de cartuchos de bala se desparramaban a su alrededor, junto a una bolsa de cocaína y a una pistola automática Bersa que lo habría acompañado durante los trece meses en los que permaneció prófugo de la justicia argentina.

Su huida había sorprendido a los investigadores. Ilia tenía 28 años cuando el 15 de diciembre de 2010 cruzó la frontera de Aguas Blancas hacia Bolivia, corriendo vertiginosamente en las rutas del norte con su hermano Sergei —un joven de sonrisa pícaro, diez años menor— en el asiento del acompañante. Viajaban en un Volkswagen Polo negro y amarillo, el taxi con el que el padre de ambos trabajaba en las calles de Buenos Aires catorce horas por día.

Llegaron a Bolivia luego de recorrer medio país, pasando por la provincia de Entre Ríos y por las termas de Río Hondo, donde se enteraron de que el fiscal Bidone los acusaba del crimen de su madre, ocurrido unas semanas atrás, cuando, en noviembre de 2011, Kasian había sido ejecutada en su casa con dos disparos a la cabeza y uno al pecho. Algunos días después de ese crimen, la computadora de Ilia, secuestrada en un allanamiento sorpresivo, reveló en su interior dos pistolas escondidas. Una de ellas era una Taurus a nombre del propio Ilia, y era el arma homicida. El fiscal acusó entonces a los dos hermanos de matar a su madre. Según su hipótesis, querían vengar la desaparición —o tal vez la muerte— de Vera, su hermana, una chica de grandes y piadosos

ojos verdes que desapareció para siempre en el día de su cumpleaños número 26.

\*

El jueves 6 de mayo de 2010, el día que se la vio por última vez, Vera Tchestnykh respetó la rutina de la caminata, como si fuera un día cualquiera y no su cumpleaños. Salió a recorrer los caminos de El Ensueño —un barrio del oeste bonaerense que no se parecía en nada a los bosques nevados de Moscú— y no volvió más.

Vera había nacido en la Rusia de 1984, que por entonces era el miembro fuerte de una Unión Soviética en rápida descomposición. Su padre, Valeri, era un ingeniero civil. Su madre, Ludmila Kasian, que era ama de casa, se encargaba de educar a los hijos, una mujer y tres varones. Kasian fue ejecutada con tres disparos el sábado 13 de noviembre de 2010, en su propio hogar del barrio de El Ensueño, sin testigos a la vista.

Antes, en agosto de ese mismo año, un hombre fue sorprendido en el interior por uno de los hermanos de Vera y sacó un arma de fuego cuando se vio descubierto. Fue uno de esos momentos en los que el destino se tensa: el extraño gatilló ocho veces, pero el arma escupió una sola bala, que dio en la pierna del joven ruso.

La sucesión de incidentes desconcertó a los tres fiscales de la Justicia de la localidad de Mercedes que investigaban los hechos por separado. Sus expedientes flacos no daban con la tecla. El probable hilo conductor de la maldición que había caído sobre la familia no se dejaba ver. Por eso decidieron enviarle todo a Juan Ignacio Bidone, de la fiscalía de delitos complejos. Desde la fiscalía de Bidone admiten que los mati-

ces familiares deben ser investigados a fondo, aunque no hay una hipótesis predominante.

— La familia Tchestnykh tenía un buen pasar en Rusia. Pero largaron todo y llegaron a la Argentina en 1999 porque el padre no quería que sus tres hijos fueran a la guerra en Chechenia. La madre, que nunca se adaptó, volvió en 2003 a Rusia para vender una de las propiedades y terminó quedándose hasta 2009 — dice María Esther Cohen-Rua, una mujer redonda y de expresión algo cansada, que a todos lados carga carpetas con fotos de personas perdidas.

Cohen-Rua, que lee a Haruki Murakami y que lleva algunas medallitas en el cuello, es la directora de la Comisión Esperanza, una ONG dedicada desde 1993 a la búsqueda de personas desaparecidas. Cohen-Rua busca entre sus papeles y muestra una foto en la que Vera Tchestnykh aparece como una muñeca de rostro redondo, expresión distendida pero seria, y ojos amables, cautivantes.

— En los últimos tiempos, Vera parece haber iniciado un viaje hacia dentro de sí misma — dice Cohen-Rua, como si la desaparecida fuera una matrioska, entonces, que podría guardar en su interior la llave secreta que abre todas las puertas del violento misterio que rodea a su familia.

El vegetarianismo y la vida sana que Vera predicaba en su adolescencia habían adquirido en los últimos meses la forma de un ecologismo radical, desconocido en Occidente, de raíz eslava: Vera se entusiasmaba con el movimiento Anastasia, construido sobre los cimientos literarios concebidos por el ruso Vladimir Megré, un best-seller que desde 1996 viene desarrollando la historia de una mujer de nombre Anastasia, a quien dice haber conocido a la orilla del Río Ob. Allí, en el medio de la estepa siberiana, ella le habría develado el secreto del hombre en relación a la naturaleza, al universo y a Dios.

---

## Una antología de no ficción

Tal vez en busca de alguno de esos libros de Anastasia, Vera se acercó a la biblioteca de la Casa de Rusia, en Caballito. Su padre y su hermano se enteraron más tarde del asunto, cuando tuvieron que cancelar una deuda que ella había contraído con un tal Mikhail, un habitué del lugar que le había prestado unos mil pesos, tomando su pasaporte como garantía. La chica desapareció antes de pagar. Su familia recuperó el pasaporte buscando al tal Mikhail y pagándole. Pero nadie puede explicar para qué había pedido el dinero Vera.

Ella, que en su adolescencia vestía con ropa blanca y sobria, y tocaba el arpa con un nivel demasiado elevado para el Conservatorio López Buchardo —adonde había llegado en 1999, pocas semanas después de inmigrar a la Argentina— se había transformado en los últimos tiempos en una mujer de cabello rapado que paseaba por las calles que bordeaban al Country San Diego, cuando salía a caminar o a correr.

—La Vera de la adolescencia y la Vera de los últimos tiempos parecen dos personas distintas —dice Cohen-Rua.

Las fotos que se ven en el grupo de Facebook “Buscando a Vera Tchestnykh” lo corroboran.

—Su casa de la calle 24 de Noviembre, del barrio de Balvanera, adonde había vivido antes de mudarse a El Ensueño, era una casa típicamente rusa en todo, incluso en los olores —dice Judith, la creadora del grupo.

Judith y Vera se conocieron en el conservatorio, adonde la joven inmigrante llegó con un vocabulario que incluía una sola frase: “Hola, me llamo Vera”. Con Judith, su primera amiga en la Argentina, ella aprendió el español cotidiano y comenzó a despegarse del diccionario que siempre llevaba encima.

—Vera era una chica culta, como todos los de su familia. En su habitación, que era muy prolija, tenía sus perfumes,

sus adornitos y sus libros — dice Judith. — Hace tres años nos fuimos alejando, por esas cosas de la vida, y la última vez que fui a su casa todo en su cuarto había cambiado: tenía alfombras, tules de colores y cortinas alrededor de la cama. Vera se había vuelto... más liberal.

La evolución continuó en El Ensueño: a veces Vera salía a caminar descalza, para tomar contacto directo con la tierra. Solía detenerse a contemplar a los pájaros o a los árboles. Y entonces los guardianes del barrio cerrado San Diego se sentían perturbados por su mirada extraña y su silencio, y llamaban a la policía para que alejara a la chica de los ojos verdes.

En el entorno íntimo no admiten punto medio: creen que a Vera la secuestró una red de trata o que ya falleció. Pero descartan de plano la huida voluntaria. Un llamado anónimo a la Comisión Esperanza trajo una pista al respecto: una voz anónima dijo haber visto a una joven similar en una fecha cercana a la desaparición. La chica se mostraba asustada, parecía estar escapando de algo y mencionaba un problema con un country.

— La persona me dijo que la chica estaba como escapada de un manicomio — dice Cohen-Rua. — La vio venir corriendo desde el lado del barrio cerrado Campos de Álvarez hacia La Reja Chica, sucia y diciendo que una camioneta la perseguía. La persona que nos llamó estaba muy asustada y no dejó un teléfono, pero prometió volver a llamar.

Esa historia nunca se corroboró.

\*

Valeri trabaja en su taxi, recorriendo las calles porteñas de siete de la mañana a once de la noche, de lunes a lunes. Al

volante recibió las peores noticias de su vida, que, aunque los investigadores insistan, él no cree conectadas:

— En estos últimos días estoy muy desesperanzado...  
— dice un día de diciembre de 2010, cuando su hija ha desaparecido y su esposa ha sido asesinada. — Con Vera tengo sólo dos opciones. La peor es que ya la mataron. La otra, que le da calor a mi alma, es que está secuestrada. Cuando hicimos la denuncia en la policía, me dijeron que se habría ido con unos amigos y que ya iba a volver. Pero yo no pensé lo mismo. Con respecto a la mamá, la policía me dijo que fue una ejecución. ¿Para qué? Ludmila no tenía dinero ni era jefa de nadie. Yo pienso que entraron a robar y como no había dinero se volvieron locos y la mataron. Pero es mi opinión... tal vez haya algo que no sé. Éste es un drama que cambió mi vida, que destruyó todo. Fue una masacre, no hay otra palabra para describirlo.

Valeri toma de una taza, en una cafetería del centro porteño, y se quiebra en el relato sin comprender qué es lo que está pasando a su alrededor, con su familia. O por qué los investigadores — bajo el mando del fiscal Juan Ignacio Bidone — sí sospechan que los incidentes se relacionan entre sí e interrogan con insistencia a los miembros de la familia.

“Vera no aparece desde ayer”, fue lo que le dijo Ludmila a Valeri, cuando lo llamó el 7 de mayo de 2010. Valeri lo recuerda como si fuera un sueño. Y habla de la búsqueda infructuosa y de las esperanzas que se consumen con el paso del tiempo. En su relato, el padre evoca los choques que vivieron Vera y Ludmila cuando la madre volvió de Rusia (luego de un viaje que se había prolongado demasiado, entre 2003 y 2009, y que había producido la separación de los padres). Cuando la madre volvió, Vera ya era grande y tenía carácter fuerte, como el de Ludmila. Valeri habla luego del arpa, que le

sacó llagas en los dedos a su niña cuando la tomó por primera vez a los 12 años, para dominarla con sus maestros moscovitas, que le enseñaron el secreto de la armonía para que ella pudiera resolver en tres años lo que a sus compañeros argentinos les llevaba ocho en el conservatorio. Y habla de las piezas clásicas de Mozart que ella escuchaba, y de la arcilla que moldeaba y de la madera que tallaba. Valeri se cruza también con la historia de Anastasia, el movimiento ecologista y *new-age* de raíz eslava al que Vera se había acercado a través de los libros y con el que a veces se convencía de volver a Rusia para vivir en una aldea rural.

— Pero claro, una cosa es decirlo y otra es hacerlo — se justifica el padre.

Y los libros... Páginas y páginas impresas con letras cirílicas o latinas: un tesoro para sus ojos verdes.

— Vera conocía muy bien la historia rusa en todas sus versiones y también la historia argentina — dice Valeri. — Yo no he leído como ella. Incluso había leído la historia de Rusia de Nikolái Karamzín, un famoso escritor de principios del siglo XIX. Vera no hablaba con nadie, pero tenía un mundo interior muy grande.

Desconsolado, Valeri recuerda cuando le ofrecía a Vera un préstamo para iniciar un emprendimiento y Vera le respondía que lo iba a pensar. “Me tengo que buscar algo para hacer...”, decía. Pero antes de que pudiera darle una respuesta, se la llevaron.

De algún modo y luego de una hora, Valeri se ha bebido su café. Su diccionario reposa al lado de la taza. Casi no lo ha tocado. Sólo lo necesitó para decir “casualmente” y “aburrirse”. Para alguien que aprendió a hablar en español a la fuerza, es notable. Por su lado, Vera ya había dejado su

diccionario hacía rato y hablaba español de corrido. A veces los hijos, que se salvaron del terror de los chechenos, le preguntan a Valeri para qué vinieron a la Argentina.

—Si uno supiera lo que iba a pasar... —se excusa él.

Ellos, entonces, se distienden. Admiten que ya están habituados a Buenos Aires y reconocen que si volvieran a Moscú tendrían que empezar todo de nuevo. Sin embargo, Valeri sabe que ya no puede irse de ninguna manera. No, por lo menos, hasta descubrir qué fue lo que pasó con la madre de sus hijos y —todavía más importante— adónde está Vera. Pero es diciembre de 2010 y en pocos días el fiscal va a acusar a los dos hermanos de Vera del crimen de su madre. Y ellos van a escapar hacia el norte.

\*

Con la fuga de los dos hermanos rusos, a fines de 2010, el caso cayó en un paréntesis durante algunos meses. Ilia lo rompió cuando, desde la clandestinidad, habló vía Skype con el diario *Clarín* y con el sitio de noticias *24Con*: “¿Yo soy tan estúpido de matar a mi propia madre, con mi propia arma, dejando mis propias huellas en el arma? ¿Después me puse guantes para revolver la casa, después guardé mi arma en mi propia computadora y esa computadora se la entregué al fiscal? ¿Tan estúpido soy yo? Volver y entregarme sería firmar mi sentencia de muerte”, dijo, sin dejar de reclamar por la legalidad del allanamiento.

Luego, y como en el juego del gato y el ratón, Ilia volvió a esconderse en su madriguera. La próxima vez que se supo algo de él fue porque ya estaba muerto. Era marzo de 2012.

“Ilia no se suicidó. Fue asesinado”, asegura vía Facebook su mujer, la joven Svetlana Jlebushkina, que lo acompañó en Bolivia y en Perú. Durante algunos meses, ella fue la voz misteriosa que se dio a conocer como “Cyber-x-Gangx-ter” en el grupo de Facebook “Buscando a Vera Tchestnykh”, donde aportó noticias más o menos precisas sobre la suerte de la familia Tchestnykh. Ahora explica: “Salió de noche, en Perú, con el fin de dar un paseo. Me había invitado a ir con él, pero me quedé dormida y fue por eso que se llevó la llave del cuarto, como para no despertarme”. Ilia nunca volvió, y a la mañana siguiente Svetlana pensó en lo peor. Recorrió entonces hospitales y comisarías, y al borde de las lágrimas trepó un cerro junto a dos vecinas que habían escuchado algo del asunto. Caminaron allí tres kilómetros hasta que dieron con el cadáver del chico ruso. “Según mis teorías, subió para observar el mar desde arriba”, continúa Svetlana en su mensaje. “Rodeó el puerto y lo confundieron con un ladrón ya que llevaba ropa oscura. Allí lo balearon y luego lo llevaron en camioneta hasta la playa del Gramadal, donde fue hallado. Jamás en la vida tenía la intención de ir tan lejos. Lo sé porque vivía con él. Era mi marido”.

La muerte de Ilia —la tercera en la serie Tchestnykh, luego del crimen de Kasian y del misterioso hallazgo en septiembre de 2011 del cadáver de Sergei, el hermano menor, atragantado en su propio vómito, intoxicado o quizás envenenado, en un hotel de La Paz— parece haber sorprendido, incluso, al fiscal Bidone, que sigue guiándose con la hipótesis de un drama intrafamiliar, aunque admite:

— Ahora me tengo que poner a pensar en alguna otra cuestión de fondo. Es difícil encontrar una familia con una patología tal. Me tomo entonces el recaudo de pensar que esto tal vez no termine acá.

El fiscal dice que conoce datos que demarcarían una versión distinta a la que han sostenido los miembros de la familia Tchestnykh sobre su llegada a la Argentina.

—Aparentemente, hay algún pasado delictivo en Rusia, que motivó que toda la familia viniera para acá —explica.

Sin embargo, el fiscal es cauto. Para él, la chance de una venganza ejecutada por el largo brazo transnacional de la mafia rusa no cuadra.

—Para eso, tendríamos que imaginar un nivel de complot muy grande y ésta era una familia que vivía en el barrio de Moreno, como cualquier vecino humilde. Además, si los hubieran estado matando, ellos no habrían mantenido sus domicilios tal como hicieron.

“Alguien implicado en el asunto está encubriendo algo”, sigue en su mensaje de Facebook la mujer de Ilia, consciente de que la muerte de los dos hermanos acrecienta la duda de que haya algo que nadie estaría viendo. Svetlana cuenta que durante su huida Ilia nunca tuvo problemas. “Muchas veces pasamos en Bolivia frente a las comisarías e incluso delante de la sede de Interpol, y jamás tuvo miedo por la simple razón de que él sabía que no era culpable de lo que se le acusaba. No se sentía prófugo, aunque desconfiaba de la gente falsa.” Del mismo modo, la joven rusa le resta dramatismo al nombre falso “Elías Besov” que usaba Ilia, y con el que primero se informó su muerte. “Ilia viajaba con su nombre real, pero quizás a veces se lo simplificaba, igual que yo, porque nadie sabía escribirlo bien. La identidad ‘Elías Besov’ era su sobrenombre. Yo se lo asigné. ‘Elías’ es la traducción de ‘Ilia’. Nos gustaba jugar así, aunque en realidad derivaba del hecho de que yo había empezado a redactar un libro con esos sobrenombres para contar la verdad. Al registrarnos en el hotel, yo, por error, escribí su

sobrenombre. Él, repito, no se estaba ocultando de nada. Estaba tranquilo. Viajábamos tranquilos.”

Sobre Ilia también puede hablar María Esther Cohen-Rua, la titular de la Comisión Esperanza, que lo vio a medida que el caso se cerraba más y más en el misterio. Ella fue quien empujó la investigación desde que recibió a Valeri, el padre desesperado de Vera, el 8 de octubre de 2010, poco antes de que todo se desatara como un vendaval.

—La primera vez que vi a Ilia fue en la comisaría DDI de General Rodríguez, cuando acompañé a la familia a denunciar la desaparición de Vera. “Mucha vergüenza... mucha vergüenza para mi familia”, decía. La segunda vez que lo vi fue el día de la muerte de su madre: cuando llegué, corrió hacia mí y me abrazó temblando como una hoja. La tercera vez fue en el allanamiento; me llamó por teléfono, quejándose del trato y diciéndome que habían roto una lámpara traída de Rusia. Se mostraba muy ruso, si cabe la expresión, hablando de una sola lámpara cuando en realidad toda la casa estaba muy desordenada. Entiendo que él tomaba esa lámpara como un símbolo.

Cohen-Rua hace un alto y cierra la carpeta donde guarda los informes y los recortes de varios casos célebres (los de Érica Soriano y María Leonor Carmona, entre ellos).

—Nada me conforma —suspira. —Yo he colaborado en muchos casos de final trágico, pero de alguna manera las piezas terminaron por encajar. Acá no está pasando eso.

\*

En imágenes difusas, a Ilia también parece haberlo visto el clarividente uruguayo Marcelo Acquistapace, a quien acudió

---

## Una antología de no ficción

la familia Tchestnykh en ayuda por el paradero de Vera, la hermana desaparecida. Conocedor del sorprendente éxito de Acquistapace — que ayuda a la policía uruguaya en los casos más enigmáticos, aun oficialmente — el padre de Vera viajó hasta Montevideo y le dejó al vidente algunas fotos y un conjunto deportivo amarillo de su hija.

Con la prenda, Acquistapace esperó el momento para entrar en trance; “Trabajo en publicidad, soy artista plástico, escribo, tengo tres niños y estoy esperando otro: me tengo que hacer un tiempo para trabajar en los casos... No es tan fácil”, le explicó antes al padre ruso. Pero cuando finalmente lo logró, tomó contacto con ese otro mundo que lo rodea. Y dibujó.

Luego, Valeri recibió de él la noticia menos deseada: “Lamentablemente, las prendas y fotografías de Vera me generan un muy fuerte desprendimiento de energía; por lo general eso es señal de muerte”. El uruguayo le habló de la agresión de “Un hombre blanco de pelo corto, cercano a unos 30 años”. ¿Ése era Ilia Tchestnykh?

Ahora, por teléfono y desde la otra orilla del Plata, Acquistapace, que comenzó a desarrollar sus capacidades mentales a los 17 años, explica:

—Dentro de la percepción extrasensorial existe la psicometría, que busca obtener información a través de las prendas. Creo que hay una base física en esto, y que, si uno tiene desarrollado el potencial, percibe imágenes o sensaciones de la víctima o del asesino.

En cuanto a Vera, cree que está enterrada cerca de un puente o cerca de un cruce de dos rutas importantes, a veinte kilómetros de donde vivía; un sitio que, en trance, dibujó con trazos negros reiterados, sobre una hoja blanca. El clarividente no conoce ese lugar, pero cuenta que allí hay una estación

---

**Javier Sinay**

de servicio y un restaurante para camioneros. En ese sitio, la imagen que percibe de Vera no es feliz.

—Hay un golpe en la cabeza, posiblemente de una pala o de una herramienta pesada; la tierra la cubre y está envuelta en algo azul, que puede ser una cortina o un encerado.

\*

De nuevo en la fiscalía, Bidone suspira y detiene su torrente de palabras.

—Ilia era un muchacho muy inteligente — dice. — Pero me parece que subestimaba a todos los que tenía a su alrededor. Si yo hubiera tenido una sospecha más firme podría haberlo aprehendido, pero se escapó. Es que las sospechas estaban dadas más por sus silencios que por sus palabras, y sabía explotar el asunto del idioma: cuando lo acorralábamos, simulaba que no nos entendía.

Ahora Ilia está muerto: es un nuevo eslabón en el horror de la serie Tchestnykh.

*[Publicado en elidentikit.com, el 1° de diciembre de 2010  
y el 4 de abril de 2012]*



## El Petiso Orejudo: el niño que mataba niños

*En los primeros años del siglo XX, Cayetano Santos Godino encarnó, asesinando a otros niños como él, los miedos de la próspera sociedad argentina. Hoy, con adolescentes violentos en los noticieros, el debate sobre la inocencia de los niños continúa.*

Un hombre entró en una comisaría de Buenos Aires para entregar a su hijo. Estaba cansado de Cayetano Santos Godino, el más endiablado entre su prole, que tenía nueve años y unas cicatrices decorando su cráneo. Las palizas del padre ya no servían de nada. Ese día, antes de ir a la comisaría, el padre se había percatado de que el zapato que se quería poner le quedaba chico. Siempre lo usaba, pero de repente ya no le entraba. Había algo ahí adentro. Era un pajarito muerto. Después encontró el resto: una caja debajo de la cama, llena de pajaritos muertos. Decidió llevar a su hijo a la policía.

Allí el comisario de Investigaciones anotó que el niño era “absolutamente rebelde a la represión paterna, resultando que molesta a todos los vecinos, arrojándoles cascotes o injuriándolos”. Y aceptó dejarlo guardado por un tiempo. Lo que el padre no sabía era que su hijo ya había cometido su primer asesinato. Había sido en el silencio de una tarde invernal de 1906, siete días antes de ser remitido a la comisaría.

Su víctima no había sido un pajarito.

Había matado a una niña de dos años.

---

## Una antología de no ficción

La había raptado de la puerta de un almacén y, después de fallar con el estrangulamiento, la había enterrado viva en un baldío.

Era la época en que Argentina, que estaba por convertirse en una de las diez naciones más prósperas del mundo, recibía miles de inmigrantes cada día. Fiore Godino había llegado desde Italia y trabajaba encendiendo con querosene el alumbrado público de la ciudad de Buenos Aires. Encender faroles era como un consuelo para alguien como él, un alcohólico y sifilítico que había engendrado nueve hijos, y de ellos perdido a dos, cuidado a uno con epilepsia y dejado a otra en manos de una tía. Ese mismo hombre entregó a la policía a quien sería el más célebre de sus hijos.

Algunos peritos de la época, convencidos de la teoría criminológica de moda, creían que la maldad del Petiso Orejudo residía en sus orejas.

A principios del siglo XX, entendidos bajo la luz de las hipótesis positivistas del médico italiano Cesare Lombroso, los criminales se distinguían por su físico: cráneos y quijadas enormes eran atavismos que nos acercaban al hombre de Neanderthal, una suerte de identikit delincuencia.

El resto del cuerpo del chico tampoco lo favorecía.

Siete años después de su primer asesinato, los doctores Alejandro Negri y Amador Lucero lo describían así:

“La flexibilidad simiana de las manos, cuyos dedos se doblaban hacia el dorso; la viciosa implantación, el tamaño y las malformaciones de las orejas que con su talla le han valido los exactos apodos de ‘petiso’ y ‘orejudo’; la excavación del paladar y la simetría no muy notable del cráneo y de la cara responden a defectos originarios de desenvolvimiento físico que en los alienados tienen el significado clínico de ser estigmas de la degeneración hereditaria”.

Flaco ya era. Durante sus primeros años había padecido una enteritis que lo había llevado a consumirse.

Pero estaba ocurriendo algo más. Cayetano Santos Godino estaba perdiendo su nombre.

Se estaba convirtiendo en el Petiso Orejudo. O en “el delincuente con el que soñaba la criminología argentina”, como dice el escritor Osvaldo Aguirre en su libro *Enemigos Públicos*.

Cuando su padre lo entregó a la policía, lo enviaron a la Alcaldía Segunda División, un calabozo benevolente.

Allí pasaría dos meses añorando los vasos de leche de su madre, las copitas de ginebra de su hermano y los cigarrillos que encontraba en la calle.

Estaba contento de estar lejos de los golpes de su padre y de los de sus hermanos mayores.

Contento de estar lejos de las clases de las cinco escuelas que había abandonado.

Hoy la denuncia del padre en la comisaría del barrio de San Cristóbal, en el centro sur de la capital, se conserva en un expediente que cien años después es una de las piezas más buscadas por estudiantes y profesores en el Archivo General de los Tribunales de Buenos Aires. “Cesare Lombroso murió antes que Godino, pero si lo hubiera conocido se lo llevaba a Italia: ese chico corroboraba todas sus teorías”, dijo Carlos Elbert, un ex juez y autor de libros de criminología en un coloquio que en el siglo XXI rememoró los asesinatos del Petiso Orejudo, lo que llevó a ese juez y a otros disertantes —psiquiatras, historiadores, policías, urbanistas y periodistas— a evocar al niño asesino fue su carrera en el delito. Había sido breve pero intensa: luego de cometer su primer asesinato a los nueve años, el Orejudo se dedicó, en menos de una década

---

## Una antología de no ficción

da, a prender fuego a corralones y depósitos, a matar a tres niños más y a intentarlo con al menos otros siete. Cuando al fin lo capturaron el niño que mataba niños resultaba tan perturbador que la justicia de la época lo mandó de por vida al fin del mundo: la prisión de Ushuaia. Hoy una estatua del Petiso Orejudo es la mayor atracción turística en esa cárcel que ahora es un museo. Los turistas saben que, a pesar de que ese monumento viste a la moda de la década de 1910, no es un habitante del pasado. El Petiso Orejudo nos obsesiona porque todavía no sabemos qué hacer con los niños como él.

\*

Queremos pensar que la maldad es sólo aprendida y que la justicia es un asunto de adultos. La psicología tradicional aseguraba que los niños son criaturas amorales y que la sociedad (padres, escuela) tenían la tarea de civilizarlos. Pero los estudios más recientes sugieren que, además de cultural, la moralidad tiene también un origen biológico. Incapaces de pensar que los niños pueden ser malos —simplemente malos—, les hemos asignado una plenitud de derechos sin detenernos a pensar en sus obligaciones. Hasta que actúan como adultos.

Jon Venables y Robert Thompson tenían diez años en 1993 cuando secuestraron a un bebé de dos años. Lo tomaron de la mano en un *shopping* de Liverpool, lo torturaron y lo mataron en un descampado. Venables y Thompson eran dos niños regordetes, graciosos. No daban con el tipo de niño-asesino. Pero una vez capturados, se convirtieron en las personas más jóvenes en ser condenadas a prisión por un homicidio en el siglo XX en Reino Unido. Un cuarto de siglo antes, y también en Inglaterra, Mary Bell, de diez años, estranguló en una

casa abandonada a un niño de cuatro años. Cuando admitió haber cometido el crimen, la policía no le creyó: parecía un ángel de grandes ojos verdes y mirada inofensiva. Cuando los investigadores se convencieron, ella y una amiga ya habían estrangulado a otro niño de tres años y lo mutilaron con una tijera cortándole cabellos, piernas y pene. Treinta años después, en Florida un jovencito de catorce años llamado Joshua Earl Patrick Phillips se unió a cientos de sus vecinos en la búsqueda de una niña del barrio. Sólo Phillips sabía que el cuerpo de la chica yacía bajo su propia cama con once puñaladas. Siete días después, el olor que emanaba el cadáver lo delató. A principios de este siglo, Natsumi Tsuji, una chica de once años aficionada al basket y el animé que tenía un elevado coeficiente intelectual de ciento cuarenta puntos, mató a su amiga Satomi Mitarai en un colegio de Nagasaki. En un aula vacía le vendó los ojos y le pasó un cúter por el cuello. Después volvió a clase con el uniforme salpicado de sangre. En la Argentina, en una escuela de la minúscula ciudad de Carmen de Patagones, en el inicio de la Patagonia, "Junior", un chico con reputación de buen estudiante, fan de Marilyn Manson y de los libros de historia de la Segunda Guerra Mundial, fue a clase con el arma de su padre y, antes del inicio de la primera hora, se paró frente al pizarrón y la descargó sobre sus compañeros. Mató a tres e hirió a cinco. Como ellos, cualquier niño pacífico puede ser un enigma.

Un siglo después seguimos buscando en el Petiso Orejudo una pista para comprender el horror y la fascinación que nos produce la maldad infantil. En la época en que Cayetano Santos Godino cometió sus crímenes, nadie usaba el vocabulario que hoy es normal tanto en sanatorios como en colegios: depresión, ansiedad, ataque de pánico, trastorno de déficit

---

## Una antología de no ficción

de atención e hiperactividad, trastorno obsesivo-compulsivo, desorden sensorial de integración, trastorno asocial de la personalidad. El *bullying* no era una epidemia juvenil. Tampoco existían el gangsta rap que dedica canciones a las armas ni los videojuegos que crean un marco de virtual masacre al alcance de la mano —o del dedo. O esa estrella de rock a la que los políticos conservadores insisten en adjudicarle la responsabilidad de los tiroteos en los colegios: Marilyn Manson.

En la Argentina reciente, un niño de trece años con dos dientes de conejo en la sonrisa mató a cuatro personas. Fue en diciembre de 2011 y lo hizo como lo hacen los que deben economizar recursos o los que, como él, no tienen la edad suficiente para comprar un arma de fuego: a puñaladas. En una casa sencilla de la provincia de Mendoza, al pie de la cordillera de los Andes, acuchilló a un amigo de diez años, a la madre de éste y a los abuelos. El chico de los dientes de conejo se presentó como único testigo de una masacre cometida por un inexistente hombre de negro. Después aseguró que su amigo había atacado a toda la familia y que él lo había tenido que matar en defensa propia, pero su ADN, regado por toda la casa, confirmó que su mano era la única que había manipulado el cuchillo. El móvil nunca quedó del todo claro pero se dijo que el de trece años había querido violar al de diez: el rumor de una mancha de semen en la ropa de aquel y la visita a sitios de pornografía en Internet abonaron esta hipótesis. Acaso fue la madre del más pequeño quien lo descubrió en pleno abuso. Acaso ese encuentro desató la ira del adolescente. Como sea, el cuádruple crimen pasó al olvido pronto: en un crimen con muchos “acaso”, los argentinos guardaron silencio con inédito pudor ante este

caso que dejaba entrever muerte, sexo, crueldad y violencia. Todo a cuenta de un chiquillo.

Un mes después de las puñaladas, el fiscal de Justicia de menores le comunicó al chico de los dientes de conejo que era considerado como el único autor de la masacre. Pero por su edad no podía ser acusado formalmente. Quedó en manos del Estado: fue enviado a una dependencia para recibir tratamiento psicológico.

Él, Junior y el Petiso Orejudo comparten algo: nadie sabe qué hacer con niños como ellos.

\*

El Petiso Orejudo recordaba los dos meses que había pasado en su primer encierro en un calabozo. Dos años más tarde hubo otro y de nuevo fue su padre quien lo entregó a la policía. Cayetano Santos Godino fue alojado en el Depósito de Contraventores 24 de Noviembre, un sitio a seis cuadras de su casa al que también eran llevados mendigos, prostitutas y locos. El Orejudo pasó una semana allí. Cuando tenía doce años, fue enviado a un reformatorio de varones en la periferia de la ciudad. El sitio lucía abandonado, sucio y revuelto. Ahí se castigaba con latigazos y hambre a sus niños pasajeros. En ese sitio el Petiso Orejudo aprendió el catecismo, a leer algunas letras, a firmar con su nombre y a contar hasta trescientos, y escuchó a un profesor hablar sobre la gesta libertadora del General José de San Martín. Ni los castigos ni la religión ni la enseñanza lograron serenarlo. El Petiso Orejudo arrojaba gatos y zapatos a las ollas de la cocina donde hervía el puchero.

Tres años después, Cayetano Santos Godino volvió a su casa. La ciudad de Buenos Aires crecía a ritmo vertigino-

---

## Una antología de no ficción

so: los tranvías de caballo eran reemplazados por los eléctricos, las obras municipales brotaban aquí y allá, la población se multiplicaba con la llegada diaria de miles de inmigrantes europeos. El Petiso Orejudo, que no sabía los nombres de las calles, repasó a pie y de memoria la geografía de sus crímenes. El baldío donde a los ocho años había golpeado a un bebé de un año y nueve meses llamado Miguel de Paoli.

El solar donde a los nueve había atacado con una piedra a Ana Neri, niña regordeta como una muñeca.

El corralón donde a los doce años había intentado ahogar a otro niño, en la pileta donde los caballos bebían agua.

La puerta de la vecindad donde, seis días después, apoyó un cigarrillo encendido en el párpado de otro bebé.

Así vio pasar Godino Navidad y Año Nuevo de 1911.

El mes siguiente fue un enero húmedo. El Petiso Orejudo recordó los placeres de la calle: la compañía de sus amigos, un farolero y un aprendiz de zapatero, los cigarrillos, los tres vasos diarios de grapa o whisky a los que se acostumbró imitando a su padre y al mayor de sus hermanos varones, las monedas, las golosinas robadas. Las oportunidades.

A Arturo Laurora, un gordito de trece años, lo conoció en la calle. La promiscuidad y la mugre de los conventillos expulsaba a sus moradores: la vida cotidiana se daba en el zaguán y en la vereda. El Petiso Orejudo le dio una moneda a cambio de ir juntos a un sitio que conocía, uno de sus escondites preferidos: una casa deshabitada en el 1541 de la calle Pavón, en el barrio de Boedo, otro caserío de obreros inmigrantes que trabajaban todo el día donde nadie prestaba demasiada atención al vecino. Godino sabía que allí nadie podría verlos. Si jugaron, no importa. Lo que importa es que en ese enero húmedo la muerte lo excitó de nuevo.

Ya era un púber de quince años.

Creer es un modo de encontrar un sitio en el mundo. Es un error decir que un niño es un adulto incompleto y que por eso merece un trato de excesivo privilegio, opina Hugo Marietán, un psiquiatra especializado en psicopatías. “El niño tiene la moral que le corresponde, armada con la moral de los padres y la moral de la escuela. Pero los niños son plenamente conscientes de lo que hacen y saben qué es lo que está mal.” Hoy, por su sadismo, se cree que el Petiso Orejudo tuvo una personalidad con rasgos psicopáticos. Aunque todavía no hay un test para diagnosticar la psicopatía en niños, se cree que puede detectarse a los cinco años. O incluso antes. “Adulto o niño, el psicópata se llena de ira cuando algo no le sale bien y le produce frustración, y eso trae una desorganización psíquica”, explica el psiquiatra, “que puede desencadenar un asesinato brutal”. En su tiempo, a Cayetano Santos Godino lo examinarían varias juntas médicas. En uno de los exámenes psiquiátricos a los que se prestó, se lee: “Actitud: humilde. De fisonomía: estúpida. Atención: disminuida. Memoria: conservada, excelente para recordar fechas y lugares. Asociación de ideas: enlentecida. Imaginación: pobre. Juicio: por momentos ilógico, en general ligereza, irreflexión. Afectividad: inafectivo, indiferente, sentimientos morales inexistentes. Voluntad: muy débil. Impulsivo, inadaptado. Inteligencia: deficiente, imbecilidad, sugestionabilidad y automatismo, picardía. Sexualidad: pederasta pasivo”. La fealdad y la desproporción corporal de Godino empeoraban el cuadro clínico. El Petiso Orejudo no sentía ternura, solidaridad o amor.

Desde hace décadas sabemos que el tamaño de las orejas de un niño no revela su inclinación al crimen. Y desde hace décadas, también, los científicos estadounidenses bus-

can el secreto de la mente de los criminales. Adrian Raine, un psicólogo de la Universidad de Pennsylvania, pionero de la aplicación de la neurociencia en la criminología, pregunta: “Si pudiera decirle, como padre, que su hijo tiene un 75% de probabilidades de convertirse en un criminal, ¿no le gustaría saberlo para tal vez poder hacer algo al respecto?”. Pero los científicos reconocen que la predicción de la criminalidad puede sonar ridícula, de seguro políticamente incorrecta: los psiquiatras de la época del Petiso Orejudo —que también quisieron hacer predicciones— carecen hoy de relevancia científica. Raine ha estudiado los cerebros de delincuentes juveniles durante años. Y cree haber encontrado la causa del crimen en un desarrollo anormal de la amígdala —la zona neuronal que aloja el sentido del miedo—, incluso en niños, pero sabe que el cerebro puede cambiar con el tiempo y que el propio entorno tiene que ver con estas reacciones. La hipótesis es que la ignorancia ante el miedo incrementa la violencia, y que los niños sin miedo no temen al castigo cuando se portan mal. Pero así como la psicopatía y la criminología positivista no tuvieron la respuesta, la biología no es destino. Nadie nace con un cerebro en blanco. Julián Axat, un experimentado defensor oficial de menores de La Plata, la capital de la provincia de Buenos Aires, prefiere explicaciones más complejas: “Hay una base neuronal, una base fisiológica, una base psicológica y una base en la libertad o en la aleatoriedad pura, que es la situación de oportunidad”, dice Axat. Y aunque estamos acostumbrados a convivir con la maldad adulta, todavía nos cuesta aceptar la perversidad infantil. Nos resistimos a creer que el cerebro de un niño pueda estar tan dañado como el de un adulto. “No sé en qué fallamos”, dijo la madre de uno de los asesinos de Liverpool después del hecho. “Le dimos

a nuestro hijo toda la atención y el amor que pudimos. Fue educado. Tuvo vacaciones como los demás. Tuvo regalitos de Navidad. Tuvo protección de sus padres y amor de sus hermanitos.” En Japón, Satomi Nitarai había hostigado por Internet a Natsumi Tsuji —su futura asesina— diciéndole que era gorda y fea, y por eso Natsumi, bajo la excusa de un juego, la degolló en un aula vacía. El abogado defensor de Joshua Earl Patrick Phillips dijo, durante el juicio, que el chico había matado a su vecina en medio de un ataque de pánico —luego de que ella recibiera un pelotazo en un juego y comenzara a llorar a gritos—, como si el chico fuera un personaje novelesco de Stephen King.

Cayetano Santos Godino, que no salió de la imaginación de un escritor de terror, aturdió a su amigo Arturo Laurora con un golpe de puño —un roscazo salido de una de sus enormes manos— y después le enroscó en el cuello la soga con que sujetaba sus pantalones. Le dio varias vueltas y tiró de él tal vez hasta que los ojos de Arturo Laurora se convirtieron en dos huevos saltones y su rostro se amoratara. Con la saliva espumosa en boca de su amigo, y del otro lado del lazo, Godino recordó haber sentido un temblor. Un sacudón fuerte como una avalancha que lo recorrió de la cabeza a los pies. Quiso morder algo o a alguien. Jadeó y el jadeo rebotó en el eco de la casa vacía y se mezcló con el gemido ronco y último del otro niño.

Minutos después, Arturo Laurora estaba muerto.

El Petiso Orejudo arrastró el cuerpo hasta un baño vacío y allí le quitó los pantalones. Los policías que llegaron al día siguiente, el 27 de enero de 1912, lo encontraron con la barriga hinchada por los gases cadavéricos, los pies descalzos y el pito diminuto. La camisa levantada hasta el pecho dejaba entrever el cuadro impúdico.

---

## Una antología de no ficción

En los días siguientes Cayetano Santos Godino volvió a trabajar. Su padre necesitaba el dinero y lo había enviado a una fábrica de tejidos de alambre. Era su primer empleo estable. Otros niños compartían allí la línea de producción con él. Al cabo de unos días lo despidieron. Se empleó luego en una fábrica de caramelos. Tampoco duró. Lo echaron por insultar a las mujeres.

Al año siguiente, en el Hospicio Las Mercedes, adonde había llegado por orden de un juez, ya en condición de procesado, los médicos Cabred y Estévez lo entrevistaron:

— ¿Es usted un muchacho desgraciado o feliz?

— Feliz — responde el Petiso Orejudo.

— ¿No siente usted remordimientos de conciencia por los hechos que ha cometido?

— No entiendo lo que ustedes me preguntan.

— ¿No sabe usted lo que es el remordimiento?

— No, señores.

— ¿Siente usted tristeza o pena por la muerte de los niños Giordano, Laurora y Vainicoff?

— No, señores.

Los médicos Cabred y Estévez insisten.

— ¿Piensa usted que tiene derecho a matar niños?

— No soy el único — dice el Petiso Orejudo. Otros también lo hacen.

— ¿Por qué mataba usted a los niños?

— Porque me gustaba.

— ¿Por qué buscaba usted los terrenos baldíos o una casa deshabitada para cometer sus atentados?

— Porque así nadie me veía.

— ¿Por qué huía usted después de matar a los niños y de producir los incendios?

—No quería que me agarrara la policía.

\*

El año 1912 fue para el Petiso Orejudo un auge de diversión, maldad e imaginación. Todo lo que un pibe como él puede querer. Dos meses después de estrangular a Arturo Laurora, aprovechó un descuido de la madre de Reina Bonita Vainicoff, de cinco años, y acercó un fósforo a su vestido en la calle Entre Ríos del centro de Buenos Aires. A Cayetano Santos Godino le gustaba el fuego y le gustaba ver cómo trabajaban los bomberos. A través de su vida incendió galpones, aserraderos y corralones. Reina Bonita Vainicoff ardió hasta que un vigilante se lanzó desde un tranvía y le echó una manta para apagarla. El abuelo, que había visto todo desde la calle de enfrente y corrió a salvarla, fue atropellado en pleno cruce por el mismo tranvía. La niña murió dieciséis días después. El abuelo, en el acto.

El Petiso Orejudo escapó entre la multitud.

En septiembre de ese mismo año, fue empleado en un corralón. Veinte días después lo despidieron: su patrón lo acusó de matar a uno de los caballos de tres puñaladas. En noviembre montó una seguidilla. El octavo día ató los pies y estranguló a Roberto Camelo Russo, de dos años y medio; el decimosexto día golpeó a Carmen Ghittoni, de tres años; y el vigésimo día pateó a Catalina Neolener, de cinco años. No pudo matar a ninguno de ellos porque siempre acudía alguien ante los gritos. En esos días, el Petiso Orejudo había ajustado su teatro: ante los adultos simulaba haber llegado para salvar a los niños del ataque de un bandido imaginario. Un psiquiatra de hoy podría diagnosticarle trastorno asocial de personalidad. Refutaría a sus antecesores la observación

---

## Una antología de no ficción

de rasgos de “imbecilidad” y concluiría que aunque Godino careció de estimulación psicosocial, su inteligencia —la astucia para engañar a adultos— era indiscutible. Sólo por uno de sus intentos —el de Roberto Camelo Russo— pasó un día en una comisaría, adonde fue conducido por alguien que no le había creído. Los demás testigos, en cambio, le agradecían con chocolates y monedas.

En la mañana del 3 de diciembre de 1912 Cayetano Santos salió a la calle y encontró unos niños en el umbral de una casa. Una niña y un niño. Quería jugar con ellos. Primero le ofreció caramelos a la nena, pero ella se asustó y se metió. Después se los dio al varón, quien aceptó. Jesualdo Giordano tenía tres años. Era, como Godino, el hijo de un inmigrante italiano. El Petiso Orejudo lo llevó de la mano hasta un almacén cercano donde apoyó una moneda de diez centavos en el mostrador y recibió a cambio más caramelos de chocolate y unos centavos de vuelto. Por un caramelo Jesualdo Giordano acompañó al muchacho de las orejas grandes una cuadra más, y luego por otros dos lo siguió hasta el portón de un solar deshabitado adonde habían funcionado unos hornos de ladrillos.

El niño no quiso pasar. Pero el Petiso Orejudo ya lo había decidido. Lo tomó del brazo y tiró de él. Adentro, lanzó al suelo a Jesualdo Giordano y, montado sobre él con la rodilla en su pecho, ató sus manos y sus pies y le dio trece vueltas de piolín alrededor del cuello. Tiró tan fuerte como pudo hasta que el niño quedó en silencio. El Petiso Orejudo sintió una vez más el sacudón y la tentación. Como un perro, quiso morder un trozo de carne y mordió al niño. Cuando ya se estaba por ir, notó que el niño todavía respiraba. Entonces divisó, en un rincón y de casualidad, un clavo de tres pulgadas. Se lo clavó en la sien tan adentro como pudo. Martilló con una piedra

hasta que sintió el cerebro blando. Después, y casi por respeto, cubrió con una lámina de zinc el cuerpo ensangrentado. Y huyó corriendo.

Llegó hasta la casa de su hermana mayor y aceptó un mate. Mientras chupaba de la bombilla, el Petiso Orejudo no imaginaba que los policías reconstruían su camino. No se había percatado de que en su itinerario con Jesualdo Giordano había dejado varios testigos. Pero la pesquisa le daría unas horas de ventaja y, siguiendo aquello de que siempre se vuelve al lugar del crimen, Godino regresó al sitio tras despedirse de su hermana. Había una muchedumbre reunida allí. Unos policías trabajaban en la recolección de pruebas. El Petiso Orejudo se confundió entre la gente y observó el drama.

Por la noche se presentó en la casa del muerto. El Petiso Orejudo se paró frente al ataúd.

La paz en el rostro de Jesualdo Giordano era muy diferente al frenesí de su última expresión. El adolescente asesino se preguntó si aún conservaría el clavo en la sien, como si fuese un Frankenstein niño, y acarició su cabecita fría. Recordó después que sintió entonces un dolor agudo y propio, un aguijón en el cerebro. La mirada acuosa de los adultos desconsolados. La pulsión amorosa de una nueva travesura sin castigo. El cuerpecito frío de otro muñeco. El joven Godino se abrió paso a la carrera, entre todos, y ganó la calle.

Esa noche dormiría poco.

A las cinco y media de la madrugada, la policía llegó a tocar su puerta.

El Petiso Orejudo estaba listo para convertirse en una leyenda.

*[Publicado en Etiqueta Negra, N°114, en octubre de 2013]*



# Personas



## Verso y reverso de Hormiga Negra

*El último de los gauchos bandidos vio enrarecer sus días cuando se convirtió en un mito viviente y la literatura y el periodismo le construyeron altares de palabras que a él sólo lo confundieron.*

No es lo mismo matar a un hombre de verdad, en carne y sangre, que matarlo en el papel de las novelas y los poemas. Lo dijo, a sabiendas, ese gaucho viejo —sabedor de las cosas amargas de la vida— en que se había convertido Guillermo Hoyo, el Hormiga Negra de San Nicolás de los Arroyos, cuya fama había trascendido las pulperías con el folletín biográfico *Hormiga Negra*, que el febril Eduardo Gutiérrez publicó en el diario *La Patria Argentina* en 1881 —y que se terminó convirtiendo en una de las mayores entre las treinta y un obras que escribió aquel en sólo diez años.

“Ya sabemos lo que son novelas y lo que son cuentos...”, le dijo el gaucho a un periodista de *Caras y Caretas* que lo fue a visitar en 1912 (y que publicó la entrevista en la edición del 24 de agosto bajo el título de “El último gaucho”). Para entonces, Hormiga Negra ya había purgado varios años a la sombra y otros tantos a la luz prófuga de las estrellas de los campos alejados de la ley, y llevaba en sus manos la sangre de varias víctimas: el peón Santiago Andino, el malandrín Pedro Soria, el gaucho Pedro José Rodríguez, la vieja Lina Penza

---

## Una antología de no ficción

de Marzo, varios soldados patrios enviados tras él, un niño al que había degollado no más que para quitarle unos quesos y el músico ambulante Mariano Rivero, a quien le había robado su acordeón, dejándolo herido con un disparo de trabuco en el pecho. Los diarios lo señalaron una y cien veces como el último gaucho malo: si muchos de esos crímenes no habían sido obra propia, no importaba porque su mito, aun en vida, era más grande que su verdad y su culpa ante la opinión pública, más grande que sus confesiones íntimas.

Es cierto, de todos modos, decir que de Hormiga Negra, o de Guillermo Hoyo, se sabe mucho. A diferencia de Juan Moreira, de Antonio Mamerto Gil, de Juan Cuello, de Juan Yacaré, del Gato Moro, de Calandria, de Pastor Luna y de los hermanos Barrientos, este gaucho matrero es un hombre de los tiempos modernos; el último de una dinastía brava que hizo del coraje su religión y del duelo un modo de las relaciones sociales. Pero también, que se habituó al desorden y se entregó a “la vida bárbara de las pulperías, vida que no es más que una serie de trancas que no se interrumpe nunca, amenizada por un par de homicidios al mes”, según anotó Gutiérrez en las páginas de la novela *Hormiga Negra*.

Sin embargo —y como ningún otro—, el matrero Hoyo murió de viejo, en paz, el 1° de enero de 1918. Lejos del filo de los facones. Pero esto no significa que el inicio del nuevo siglo lo hubiera encontrado lejos de la ilegalidad: “Si en la juventud fue apresado como gaucho malo, en la vejez sería perseguido como una especie de enemigo público”, comenta Osvaldo Aguirre, con el avance de los tiempos, en su libro *Enemigos públicos*.

El último capítulo de la leyenda de Hormiga Negra comienza el 14 de septiembre de 1902, con el relámpago de

dos cuchilladas fatales sobre el pecho de Lina Penza de Marzo, una italiana que vendía verduras en una chacra de San Nicolás donde aquél solía abastecerse. “¡Unas puñaladas que le abrían el pecho cuanto era, un garrazo de tigre de los que sólo Hormiga Negra era capaz de dar, viejo y todo!”, a decir de Albino Dardo López, en la edición de *Caras y Caretas* del 7 de septiembre de 1918, otro de los artículos que la revista le dedicó a su bandido preferido. El mismo día del crimen llegaron los gendarmes a la casa de Hoyo: alguien lo había visto en el lugar del hecho y él mismo había admitido que había ido a comprar siete kilos de batatas a la chacra de la víctima. Que se hubiera despedido de la mujer con una sonrisa, dejándola viva y coleando, no importaba. Al viejo Hoyo ya nadie le creía.

Eduardo Gutiérrez había muerto de tuberculosis hacía más de diez años y la Justicia moderna no iba a dejar pasar los delitos que varios jueces de paz —algunos de ellos, anal-fabetos— habían permitido en otras épocas. “Para ser malo no basta querer serlo”, dice Hormiga Negra en el papel del folletín, y es suficiente para atraer el respeto de la criollada y las sospechas de los pesquisas de la vida real, que lo enviaron a la penitenciaría en cuanto pudieron. El proceso fue largo: el gaucho ya encorvado por los años vio pasar 1903, 1904 y 1905 desde la cárcel. Sólo en 1906 se cayeron los endeble testimonios de varios testigos, cuando el sargento Inocencio Moreira presentó a un nuevo informante que decía saber que el asesino era otro. Y es que esta vez Hormiga Negra era inocente.

A decir verdad, la paisanada lo había salvado: Inocencio Moreira no era cualquier policía, sino el primo de otro bandido famoso, Juan Moreira, quizás el más famoso entre los gauchos malos. Reclutado en castigo por sus travesuras

---

## Una antología de no ficción

delictivas de campo, Inocencio había terminado por hacer carrera en la policía y había descubierto al matador de la vieja italiana, que se llamaba Martín Díaz y que le guardaba rencor desde que aquella le había negado un préstamo. Pero cuando su propia mujer entregó a los jueces el botín de joyas robadas, él — ya capturado — se acercó a Hoyos y le dijo: “Perdón, don Hormiga”. Y perdón recibió.

Hormiga Negra recuperó su libertad, pero el mito y la realidad nunca dejaron de enredarse y confundirse. Vuelto a casa, vio pasar al célebre circo criollo de los hermanos Podestá, que venía de pueblo en pueblo, echando polvo y representando su vida en base al texto de Gutiérrez. “Andan diciendo que uno de ustedes va a salir delante de toda la gente y va a decir que es Hormiga Negra”, los reprendió el cuchillero. “Les prevengo que no van a engañar a nadie, porque Hormiga Negra soy yo.” Fue inútil para los actores tratar de explicarle. Si alguno se atrevía a autoproclamarse Hormiga Negra, él, aun anciano, lo atropellaría con su temible facón. Y del mismo modo su hija nonagenaria, Prudencia Hoyo, demandó a las editoriales Tor y El Boyero en la década de 1950, cuando publicaron varias ediciones — exitosas y baratas — del texto de Gutiérrez.

“No sé si el ‘verdadero’ Guillermo Hoyo fue el hombre de viaraza y de puñaladas que describe Gutiérrez; sé que el Guillermo Hoyo de Gutiérrez es verdadero”, opinó Jorge Luis Borges, un apasionado del matrerismo y de la gauchesca, pero también de los juegos de espejos que la realidad, como extrañada de sí misma, suele poner ante el camino de los hombres. En el mismo artículo (“Eduardo Gutiérrez, escritor realista”, de la edición del 9 de abril de 1937 de la revista *El*

*Hogar*), anotaba Borges: “Eduardo Gutiérrez, autor de folletines lacrimosos y ensangrentados, dedicó buena parte de sus años a novelar el gaucho según las exigencias románticas de los compadritos porteños. Un día, fatigado de esas ficciones, compuso un libro real, el *Hormiga Negra*. Es, desde luego, una obra ingrata. Su prosa es de una incomparable trivialidad. La salva un solo hecho, un hecho que la inmortalidad suele preferir: se parece a la vida”.

El tremendo *Hormiga Negra*, terror de policías y taita del gauchaje, pareció vivir sus últimos días sumido en esa confusión. Para un hijo de la pampa, la fama de las letras masivas era cosa ‘e Mandinga. ¿Y qué es la verdad cuando el Quijote es más real que Cervantes y cuando — como una convicción — lo leído pasa a formar parte de lo vivido con igual intensidad?

“Ustedes los hombres de pluma, le meten nomás, inventando cosas que interesen, y que resulten lindas”, le reprochó *Hormiga Negra* al periodista de *Caras y Caretas* en 1912, ya cerca de su muerte. “Y el gaucho se presta pa’ todo. Después que ha servido de juguete para la polesia lo toman los leteratos para contar d’él a la gente lo que se les ocurre. Así debe ser el gaucho de novela, peleador hasta que no queden polesias, o hasta que se lo limpien a él de un bayonetazo, como a Moreira...”. Y es que matar no es lo mismo en carne y sangre que en el papel de las novelas y los poemas.

[Publicado en *El Guardián*, el 29 de diciembre de 2011]



## La última noche del Gato Bonica

*En una madrugada de 1984, un delincuente mató a dos federales y a una vecina, y baleó un helicóptero. Murió acribillado junto a su novia, perseguido por un detective académico y cien policías.*

Los hombres de la División Homicidios bajaron del coche dispuestos a todo, sin sospechar que realmente todo estaba por ocurrir en pocos minutos, a las tres de la madrugada de aquel miércoles 24 de octubre de 1984, en una calle céntrica de Buenos Aires. El inspector Luis Aníbal Fuensalida iba adelante, con la metra Halcón en sus manos y la orden de allanamiento en el bolsillo de su chaqueta negra. Los dos suboficiales que trabajaban con él sabían el riesgo que corrían: “Hasta que no te pongas el chaleco antibalas, no te vamos a dejar bajar”, le habían dicho. Fuensalida, que venía siguiéndole los pasos a Jorge Alberto Bonica, golpearía, junto a sus colegas de la policía bonaerense — que también lo buscaban —, la puerta del 10º G del edificio de Hipólito Yrigoy en 1310 y le daría la voz de “¡Abra, policía!” para esperar una respuesta incierta. No sería la primera vez que escuchara la voz del hombre buscado. El inspector lo conocía bien. Sabía que le decían “el Gato”, por su agilidad, y que no erraba en la puntería. Y también sabía que era un tipo de cuidado. En su teléfono pinchado, Bonica le había dicho a su madre: “Me están siguiendo muy de cerca,

vieja, y me tengo que ir ya mismo. Pero si me llegan a agarrar antes, te juro que al menos me llevo a dos conmigo”.

Una prostituta de un cabaret de San Telmo fue la que les había pasado el dato de que Bonica estaba escondido junto a su mujer, Miriam Gerónima Herrera —que también había conocido los puticlubs—, en un departamento de dos ambientes a pocas cuadras del Departamento Central de Policía.

Para Bonica, la venganza había sido la perdición. Es que ya no toleraba a su socio, Carlos Colazzo: los celos volvían siempre y no importaba que su mujer le dijera que la relación que habían tenido ya fuera parte del pasado. La desconfianza crecía con la certeza de que, cuando robaban juntos, Colazzo metía sus manos en la parte del botín que no le correspondía. El Gato Bonica, que tenía un apodo fino pero que no era ningún *gentleman*, sorprendió entonces a su socio después de un asado en el aguantadero de la calle Mirella, en Mataderos, y con la ayuda de algunos más lo ató a una mesa, donde lo torturó con agua hirviendo y con electricidad, y le abrió dos surcos con el gancho de un gran anzuelo en las mejillas. A Colazzo ya no le quedaban ganas de reírse cuando recibió el tiro del final en la nuca. Precavido, Bonica trozó sus dedos para evitar el reconocimiento y descuartizó sus restos para desparramarlos por ahí, mientras la sangre se espesaba en todos los rincones del aguantadero. Pudieron identificar a Colazzo, apenas, por los tatuajes de sus brazos desmembrados.

Fuensalida, el inspector que aquella noche golpeó la puerta, también tiene sus ilustraciones. En el brazo izquierdo se lee, en letras hebreas, “Tzahal”, la sigla del ejército israelí. En el brazo derecho su propio nombre, también en aquellas

letras milenarias, subrayado por una daga. “Sí, soy judío”, le dijo — ya como director de la oficina argentina de Interpol — a Paul Schäfer, aquel viejo nazi y degenerado que se ocultaba en la Colonia Dignidad, del otro lado de los Andes, el día que le puso las esposas y una Estrella de David brilló en su cuello. Obsesionado por demostrarle a sus colegas que los judíos no eran cobardes, Fuensalida, que había ingresado como un muchacho del barrio clasemediero de Caballito a la policía, se convirtió con los años en un referente operativo e intelectual, dueño de varias medallas y títulos académicos. Pero en aquella noche larga Bonica no estaba dispuesto a dar ni dos centavos por la historia de su perseguidor.

Y Miriam tampoco: “¡Un minutito que busco las llaves!”, respondió desde el otro lado de la puerta. Sin embargo, el ruido que hacía no era de llaves, sino de cargadores, y Fuensalida miró al de la bonaerense, el principal Ángel Salguero, para, sin más, arremeter a patadas contra la puerta. Como esperaban, la mujer los esperaba en el vestíbulo del departamento, sorprendida en ropa interior, y el saludo tronó desde su .38.

Los policías respondieron con mejor puntería y el pleito se resolvió a pocos centímetros, en un instante. Sobre el cuerpo de Miriam, Fuensalida y Salguero entraron de lleno y notaron que la habitación de Bonica tenía, además de la puerta, una salida al balcón terraza. “¡Cubríme!”, pidió Fuensalida para cruzar hacia el balcón, pero Bonica fue más rápido e hizo fuego desde la habitación con pulso certero: el primer tiro dio en las costillas del inspector, que giró con el impacto y recibió el segundo de lleno en el corazón. (Aquel día Fuensalida nació de nuevo: el chaleco lo salvó para siempre).

---

## Una antología de no ficción

En el suelo, aturdido como si hubiera recibido una trompada de Ringo Bonavena, veía la nieve que caía sobre él sin comprender que era la mampostería de la pared a la que Bonica le daba sin quitar el dedo del gatillo, hasta que un agujonazo en el pie —un tercer balazo— lo trajo de nuevo al *living* endemoniado. “¡Vení, vení!”, le gritaban sus compañeros desde la puerta, pero el inspector no podía correr y tuvo que esconderse, herido, detrás de un carretel de madera que hacía de mesa, a pasos del dormitorio en penumbras donde Bonica escupía fuego. Fuensalida recobró su frialdad —no era su primer enfrentamiento; en 1979 había perdido medio dedo frente a un ladrón de autos— y esperó el momento para vaciar su ametralladora en esa cueva inexpugnable en que se había transformado la habitación.

Pero el Gato seguía vivo y maullaba plomo sin asco. Se había cargado a ocho tipos y no le importaba que los refuerzos sumaran pronto más de cien policías y un helicóptero que barría su habitación con ráfagas de metralla. Cuando el principal Horacio Belcuore pudo rescatar a Fuensalida, el Gato ya había decidido morir en su ley, como el último pesado del crimen nacional. Y fue Belcuore uno de los dos policías muertos que le había prometido a su madre. El otro, Jorge Verti, enceguecido por la masacre, entró tirando y cayó cerca del asesino. Una vecina que se asomó en el piso de abajo, Cristina Arce de Tutzer, fue la quinta víctima, cuando una bala cayó en su cabeza.

El diálogo de balas fue infinito: a las seis de la mañana todos estaban maltrechos y fatigados, pero seguían disparando, ya sin puntería. El Gato sabía que sus proyectiles se consumían como un reloj de arena para señalar la vida que

---

**Javier Sinay**  
se le resbalaba a cada gatillazo. El tiempo era cruel. El golpe final fue con gases lacrimógenos y disparos azarosos al todo y a la nada de esa humareda que se iba con la brisa suave de la noche: hicieron fuego sin cesar, hasta que ya nadie respondió. El cadáver del Gato Bonica apareció cuando se dispersó el humo.

*[Publicado en El Guardián, el 15 de diciembre de 2011]*



## La pluma asesina

*En un diario de Macedonia, Vlado Taneski demostraba, con sus primicias, que nadie sabía tanto como él sobre una serie de crímenes. Pero su secreto era atroz: él era el homicida.*

¿Hay algo peor para un periodista que faltar a la verdad? Como si la pregunta brincara en su cabeza, Vlado Taneski se comportaba de un modo bastante extraño, y llegaría a boicotearse a sí mismo con tal de responderla de un modo decoroso. Al mismo tiempo, hay un comentario tóxico que se escucha en los pasillos de las redacciones cuando alguien se ofende con un compañero que trabaja demasiado: “Aquél es periodista antes que persona”, se dice, en voz baja. Quizás, Taneski nunca haya escuchado este comentario. Pero con su decisión de no faltar a la verdad fue, acaso, periodista antes que persona.

Su pluma rodó por las páginas de *Nova Makedonija*, de *Vreme*, de *Spic* y de *Utrinski Vesnik*, entre otros diarios y revistas de la república de Macedonia. Taneski escribió allí sobre la vida cotidiana de la ciudad de Kičevo, situada en el medio de las praderas donde alguna vez Aristóteles formuló sus *Virtudes* y su *Ética*, y de donde Alejandro Magno emprendió su larga guerra por el dominio del mundo. La ciudad de Kičevo, varias centurias después de Aristóteles y de Alejandro Magno, fluctúa entre su pequeña economía, su industria quedada

y su alto desempleo. Y sus habitantes, macedonios y albanos que al inicio del siglo XXI chocaron en una guerra civil, se miran con recelo. En ese escenario, el melancólico Vlado Taneski —recluido en una casa de campo desvencijada, alejado de su mujer y de sus dos hijos, armado con un teléfono y una máquina de escribir que sólo de vez en cuando remplazaba por la computadora— se convirtió en un corresponsal eficaz para los medios de la capital, Skopie. Los editores sabían bien que a lo largo de 25 años Taneski había ganado tres veces el premio nacional al mejor artículo de prensa y esperaban un cuarto galardón. Deportes, política, cultura y economía: nada de lo que ocurría en la ciudad le era ajeno al corresponsal. Ni siquiera el crimen. Mucho menos, el crimen.

“El cadáver de Ljubica Lichoska, una mujer de cincuenta años de edad desaparecida hace tres meses, fue encontrado tres días atrás en una bolsa de plástico en un basural. La realización de la autopsia demostró que se trató de una muerte violenta”, anotaba Taneski en la edición del 5 de febrero de 2008 del *Utrinski Vesnik*. La señora Lichoska había trabajado como empleada de limpieza y de seguridad para sostener a sus hijos y a un hermano internado en un psiquiátrico. Sus redondos y tristes ojos negros sólo miraban ahora desde las páginas de un diario, al lado de las líneas de Taneski, que anotaba que una persona así no podía tener enemigos. Y sin embargo, la señora Lichoska había terminado estrangulada con un cable de teléfono, en una bolsa de nylon negro, arrojada a un abismo de unos 15 metros a la vera de un camino suburbano, donde fue hallada por un recolector de basura. Los forenses, sorprendidos, señalaron que el homicidio se había cometido una semana antes, de modo que durante más de dos meses

el asesino había mantenido cautiva a la señora Lichoska. En palabras de Vlado Taneski: una atrocidad.

Ella no era la primera víctima. En enero de 2005 otro chatarrero había encontrado, entre las columnas de un pabellón de deportes abandonado, el cuerpo sin vida de otra mujer mayor, Mitra Siljanovska, que también era empleada de vigilancia. A Siljanovska la habían mantenido cautiva durante dos meses, como a la otra mujer, para luego ahorcarla con un cable. Su crimen había sido idéntico al de la señora Lichoska y eso a Taneski no se le escapaba: “Mientras la policía trabaja en el caso, la mayoría de los ciudadanos piensa que el caso está relacionado con otros dos crímenes.” Se refería, además del asunto de Lichoska, al homicidio de Radoslav Bozhinovski, un viejo que en diciembre de 2004 fue asaltado, torturado y asesinado en su casa. Los criminales, que eran dos, sólo se llevaron algunos billetes.

Cuando por fin fueron condenados por los dos crímenes —el del viejo Bozhinovski y el de la señora Lichoska— sólo confesaron el del hombre. Eran dos jóvenes de menos de 30 años sin escrúpulos, sobre los que Taneski redactó, habiendo concurrido al juicio: “Miraban al techo con ojos inexpresivos y de rato en rato susurraban, como para sí mismos: ‘Todo terminó, ahora pagaremos por nuestros crímenes’”. Pero si estaban presos, ¿cómo podía ser que el crimen de la señora Siljanovska tuviera algo que ver con ellos? El hecho estremecedor de que el ADN del asesino de Lichoska —tomado de los rastros de semen de la violación— no coincidiera con el de ninguno de los dos condenados no servía para despejar sospechas. A eso había que agregar el caso de Gorica Pavlevska, otra mujer mayor que había desaparecido y que nunca

había vuelto a verse en las calles de Kičevo, cada vez más aterradoras.

Envuelto en ese remolino, Vlado Taneski buscaba información en los pasillos policiales y en los tristes hogares de las víctimas, y despachaba sin parar sus crónicas de sangre y de misterio. Su ciudad estaba finalmente en el centro de la nación y él era el único —o, al menos, el mejor— que podía contar los hechos de primera mano. De alguna manera, los crímenes le habían dado una revancha a un hombre que había sido un líder juvenil en los años del comunismo en la vieja Yugoslavia, un incipiente poeta, un editor de Radio Kičevo y un empleado del diario de mayor tirada, *Nova Makedonija*, antes de ser despedido con una reducción de personal, acusado de plagio por sus colegas, señalado como un ermitaño por los vecinos y relegado por dos padres intolerantes que poco lo habían ayudado y que murieron de modo indigno: papá, ahorcado por su propia mano; mamá, pasada de pastillas.

Sólo entonces, cuando Taneski parecía volver a vivir, comenzó su ruina. Un nuevo cuerpo, un cuarto cadáver, había aparecido cerca del estadio del FC Vlazrimi Kičevo. Era el cadáver de Zivana Temelkoska, de 65 años, que respondía el mismo patrón de violación, estrangulación y bolsa, y el tiempo de Taneski de repente se acabó: el 20 de junio de 2008, la policía golpeó su puerta. Los detectives tenían buenas razones para creer que los rastros de sangre hallados en varias de las víctimas pertenecían a él. Por otro lado, el periodista debía explicarles por qué sus artículos incluían informaciones que sólo podían ser conocidas por el asesino y por la policía, y que la policía nunca había develado. A la vez que lo condenaban, esos mismos artículos sobrevolaban, como aves victoriosas, la

opinión pública de una pequeña nación que no estaba preparada para tanto.

\*

Y si Vlado Taneski las había matado y luego lo había escrito todo, ¿qué juicio merecía? ¿El de un criminal perverso o el de un periodista polémico? Y luego, ¿hay algo peor para un periodista que faltar a la verdad?

\*

Para los criminalistas, el caso Taneski es, apenas, algo más que una anécdota. Su poca originalidad le causa bostezos a los teóricos: Vlado era un asesino serial clásico, un tipo de inteligencia superior a la media, conflictuado con su madre, insistente en sus sacrificios esquemáticos, regodeado en el dolor ajeno y acechado por una falta de ideas que Hannibal Lecter consideraría escandalosa. El nudo de los homicidios, en cambio, pasa por el *affaire* periodístico.

La ética de un periodista y su buen nombre caminan en terreno gris cuando él mismo es noticia, cuando sabe más de lo que debería, cuando desafía a las autoridades policiales y las burla. Cada cual tiene su límite y el de Taneski parece haber sido la mentira, como si hubiera estado dispuesto a cualquier cosa, menos a engañar a su público... al menos en cuanto a los detalles. Y no lo hizo cuando informó que la última víctima, Zivana Temelkoska, había sido estrangulada con el mismo cable con el que luego sería maniatada. En este oficio, un pequeño dato puede ser la llave que abra la puerta de una gran verdad.

---

## Una antología de no ficción

Sin embargo, del caso Taneski se puede decir más. Mucho más. “Un periodista debe ser veraz, debe desasirse de prevenciones, debe ser amplio en cuanto a no tomar partido y, sobre todo, debe mantenerse ajeno en todo lo posible a lo que sucede, para poder transmitir datos que existen fuera de sí y que serían de importancia para los demás”, dice Fernando Sánchez Zinny, un miembro de la Academia Nacional de Periodismo de la Argentina que le impugna al macedonio su protagonismo. “Lejos de pecar de *voyeur*”, sigue, “Taneski es un perverso en acción que suministra él, de manera directa, material para esa suma de novelitas macabras espantaburgueses que constituye la razón de ser de las secciones policiales”.

Para Javier Darío Restrepo, el experto en ética de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI), “si el periodista es noticia puede asumir la información en primera persona con todos los riesgos de credibilidad que le generan o informar en tercera persona con el aplomo y la autoridad moral de un testigo fehaciente”. Pero no debe haber lugar para el provecho propio: “Sus intereses y sentimientos personales deben subordinarse al interés común”.

Las primeras formas del periodismo eran doctrinarias, pero Sánchez Zinny también niega que lo de Taneski tenga que ver con aquello. “¿Y si no es periodismo, qué es en realidad lo que ha escrito?”, se pregunta. “Podría tratarse de literatura, quizá como un esbozo del género de ‘memorias’: Taneski, así visto, andaría tras los pasos de Raskolnikoff”.

Luego, si la verdad siempre está en juego, también vale la pena preguntarse de qué verdad se debería hablar. En ese sentido, Restrepo apunta que “al periodista no le basta decir la verdad de los hechos, que tiene un impacto social del

que él es responsable. Por eso no la dice sólo por decirla, sino con una intencionalidad de beneficio a la sociedad, de ahí que las verdades de Taneski, al revelar en tercera persona sus propios crímenes, carecen de ese peso y se convierten en trucos truculentos para acceder a la verdad de los hechos”.

Pero ni siquiera Raskolnikoff —el desafortunado protagonista de la novela *Crimen y castigo*, de Fyodor Dostoyevsky— terminó tan mal como Vlado Taneski, que fue hallado sin vida en su celda tres días después de ser detenido. Lo encontraron al lado de un balde de agua con el que se había ahogado. ¿Fue un suicidio? ¿O un nuevo crimen? El misterio nunca se aclaró. Pero la policía mostró una carta de despedida. Y dijo que no había señales de lucha y que, en fin, que el periodista-monstruo se había sentido humillado ante su comunidad, por lo que había decidido acabar para siempre con sus crímenes... y con sus crónicas.

“Más que un gran periodista, Vlado Taneski es un gran personaje novelesco”, propone ahora Jorge Fernández Díaz, secretario de redacción del diario *La Nación* y autor de varias novelas exitosas (*Alguien quiere ver muerto a Emilio Malbrán* es la última). “Tal vez era tan buen periodista que no pudo resistir usar sus conocimientos como asesino para darle más fuerza a las crónicas que publicaba. De ser así, su vanidad de periodista lo traicionó. Es interesante pensar entonces que el periodista le ganó al asesino. Y que resolvió los crímenes que él mismo había cometido. Pero si podemos bromear sobre el asunto es porque Macedonia nos parece un lugar mítico y lejano. Aquí es asesinada una mujer cada treinta horas. Si los asesinatos hubiesen ocurrido en el Tigre o en Lomas de Zamora, no nos parecería una historia tan fas-

---

**Una antología de no ficción**  
cinante y cómica. Si Vlado fuera mi compañero de redacción,  
no me parecería tan glamoroso. Me parecería simplemente  
un monstruo y alguien que le hace un daño catastrófico a  
mi castigado oficio. Dejémoslo lejos, en el terreno resbaloso  
entre la realidad y la ficción.”

*[Publicado en El Guardián, el 12 de abril de 2012]*

## En la mente de Mariano Castex

*La historia del hombre que ha sido psiquiatra y cura, peronista y antiperonista, rico y pobre, libre y prisionero. Y que hoy es uno de los peritos preferidos para los crímenes más resonantes.*

En la sala de pericias de los tribunales de San Isidro, el hombre que deliraba había comenzado a gritar sin que nadie se lo esperara. Fueron las esposas: cuando descubrió que se las habían ajustado demasiado y que le habían quedado marcas, empezó a insultar, se desbordó y le subió la presión. Alguien pidió entonces que se llamara al SAME.

Los guardias le habían apretado los garfios porque le tenían pánico: Horacio Conzi atravesaba su proceso con la fama de ser un tipo despiadado y poderoso. Desde el primer momento estuvo claro que había asesinado a Marcos Schenone por una mujer que había deseado una noche —y que venía a ser la novia de la víctima. Lo que había que dilucidar durante la investigación era su estado mental. Ante el escándalo que armó con las esposas, el perito psiquiatra de la familia Schenone echó una sonrisa diagonal: “¿Ven? Es un simulador”, dijo, tomando como obvio que el asesino quisiera pasar por loco para evitar la prisión. El perito de la defensa, en cambio, estaba convencido de los delirios y de la agresividad repentina de Conzi.

---

## Una antología de no ficción

Este perito era el célebre Mariano Castex, hombre de larga trayectoria y de sinuosas experiencias, de estudios destacadísimos y de ideas singulares. Algún tiempo después de aquella pericia fallida, Castex escribía un artículo: “En la calle, se cree erróneamente que el hecho de que un victimario sea psicótico (‘loco’ en el decir del vulgo) implica salvarlo de la prisión. Nada más alejado de la verdad. [Su] internación equivale en la práctica a una condena a perpetuidad...”.

En su coqueto estudio de la calle Arroyo, Mariano Castex recuerda a su antiguo cliente e insiste —a pesar del fallo que lo condenó a 25 años de prisión— con que era un delirante:

—Hasta el día de hoy me tolera porque dice que mentí para salvarlo, sin darse cuenta de que está loco, loco, loco.

De la misma manera habla de otros acusados famosos como el cura Grassi, condenado por abuso infantil:

—Es un inmaduro afectivo. Todos lo somos, pero su grado de inmadurez es propio de un cura: a muchos curas les falta experiencia de vida.

De Martín Ríos, el tirador de Belgrano, que abrió fuego en la calle porque sí y mató a una persona cualquiera:

—Reconocí que en un principio estaba instigado a exagerar su sintomatología, pero realmente era un psicótico activo.

De Fabián Tablado, que mató a su novia con 113 puñaladas:

—Si está en condiciones similares, podría repetir el incidente: nunca fue tratado y es explosivo y epileptoide.

Y de Lucila Frend, acusada de matar a su amiga Solange con cuatro puñaladas en el cuello mientras dormía:

—Me llamó la atención la reconstrucción del hecho,

donde ella se quebró. Luego anularon la pericia por supuestas presiones, que para mí no existieron.

Si algo tienen en común todos ellos, es que Castex los ha peritado. También participó en la acusación del asesinato del periodista Mario Bonino, señaló a los verdugos del soldado Omar Carrasco, corroboró las actas de autopsia de Carlos Menem Jr., peritó a las víctimas de la tragedia en el boliche República de Cromañón e investigó ciertas ejecuciones de la última dictadura.

Castex es uno de los peritos más requeridos y prestigiosos de los últimos treinta años. Es, también, un fiscal de la mente que prefiere la clínica y la conversación a los tests, un detective de la neurosis que dice:

—Lo primero que hago es ubicar al sujeto: ¿Qué le pasó? ¿Por qué está acá? ¿Qué siente? Voy creando círculos para ingresar: ¿Por qué cree que llegó a lo que hizo? ¿Qué recuerda del hecho? Es todo sutil, yo no sigo esquemas.

Mientras el estudio se colma con su tesis cotidiana, afuera bulle esa zona pintoresca de la ciudad en la que el barrio de Retiro se amalgama con el de Recoleta y los aires franceses invaden los umbrales. Ésta es la pequeña patria del doctor Mariano Castex, nacido en 1932, hijo del famoso médico Mariano R. Castex, nieto de Mariano S.C.J. Castex, bisnieto de Mariano Castex A., padre de Mariano R. Castex y sexta generación de Castex en suelo argentino.

Castex —este Castex— habla con elegancia, con gracia y con cortesía. Su cultura es vastísima y aparece en la conversación sin alardes, pero con distinción: en un momento el perito se reconocerá como un militante ciceroniano para defenestrar a César; luego hablará de la novela barroca que escribió

---

## Una antología de no ficción

gracias a la Beca Rockefeller y que nunca entregó; finalmente se entusiasmará con la teología especulativa escolástica. Su currículum supera las doscientas páginas. Castex es Doctor en Medicina, Doctor en Derecho Canónico, médico legista y del trabajo, especialista en Psiquiatría y Psicología, licenciado en Filosofía, vicepresidente segundo de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires y miembro de la National Geographic Society y de otra docena de instituciones. Ha sido cura jesuita durante quince años. Es profesor aquí y allá, y asesor en una docena de entidades. Ha publicado —además de sus novelas, sus obras de teatro y sus ensayos— cerca de cuatrocientos trabajos científicos.

Pero en un momento de la charla, con el mismo tono gentil con el que defiende a Cicerón, agudiza la mirada de un ojo penetrante que refleja un rayo de luz y asegura:

—Estuve preso en dos ocasiones. La primera, en 1953. La segunda, entre 1981 y 1982. Y puedo decir que la cárcel fue una escuela superior a todas las demás.

\*

La primera vez fue en un sótano oscuro del Palacio de Tribunales pero —luego se daría cuenta— más acogedor de lo que podrían resultar otros lugares. El joven Castex, de 21 años, pasó noventa días preso cuando fue descubierto en la planificación de un atentado. Si el asunto hubiera resultado, Castex se habría convertido en uno de los villanos más grandes de la historia. Para algunos. Para otros, en uno de los héroes más recordados. Es que Castex, junto con sus compañeros de la FUBA, quería matar a Perón. Corría 1953 y la facultad de Medicina se dividía por sectores políticos.

—El Che Guevara iba dos años antes que yo —recuerda Castex. —Él era del PC y nosotros lo odiábamos cordialmente tanto como al peronismo.

Perón entraba en la etapa más conflictiva de su gobierno y los frentes abiertos se multiplicaban.

—Teníamos por referentes a los maquis franceses —evoca Castex. —Inspirados en los paracaidistas enviados a Praga en 1942 para matar al segundo de Hitler, teníamos la idea de cargar un jeep con explosivos el 17 de octubre y volarlo por control remoto al paso del presidente por la avenida Alem. Yo fui de los que estudió el *timing*.

En abril de ese año, un grupo de radicales habían sido acusados de un atentado en Plaza de Mayo, que dejó siete muertos. Entre los detenidos estaba Roque Carranza, vinculado al grupo de jóvenes que en el Día de la Lealtad querían acabar con Perón. Pero la operación se frustró cuando Diego Muñiz Barreto (futuro diputado peronista, desaparecido en 1977) largó todo en un día de curda y provocó la captura de los conspiradores.

Todos fueron a parar a la Alcaidía de Tribunales. La historia olvidó el simpático nombre con el que la prensa conoció aquel borroso intento: “La conspiración Bebé”. Tres meses después, gracias a una amnistía votada por el Congreso, Castex pudo buscar asilo en el Uruguay de los liberales.

\*

En la Basílica de San Pedro, el epitafio del Papa Pío X rezaba: “Su tiara estaba formada por tres coronas: pobreza, humildad y bondad”. El viejo Papa acababa de ser canonizado y Castex

---

## Una antología de no ficción

—que había completado sus estudios de Medicina en Montevideo y se había lanzado de viaje a Europa— se estremeció al pie de la tumba con una mística que nunca antes había sentido. Supo, con la convicción con la que se saben las cosas importantes, que su viaje había terminado. Que debía volver a Buenos Aires para ingresar al noviciado de la Compañía de Jesús y ser cura.

Y lo hizo.

Con los jesuitas se licenció en Filosofía y en Teología, recorrió las villas miseria y estudió los clásicos, aprendió el desapego de lo material, abrazó la riqueza de lo eterno y se refugió durante un tiempo de las confusiones políticas del antiperonismo en el laboratorio de Biología anexo al Observatorio de Física Cósmica de San Miguel, una obra jesuita que había contado con subsidios generosos de Perón. Allí pudo hacer trabajos de cirugía experimental sobre reinjertos de manos en perros y monos, hasta que dos viejos camaradas de militancia antiperonista, Roberto Roth y Muñiz Barreto, lo llamaron para sumarse como asesor científico a la Secretaría General de la Presidencia durante el gobierno de Onganía.

“Necesitamos un cura muy elegante que vaya a tomar el té con [el titular de la SIDE] Eduardo Señoranz y le explique que un socialista no es un comunista”, le dijo Roth. Señoranz estaba de caza y no estaba tan lejos la Noche de los Bastones Largos —con la que la policía había desalojado a palazos a los docentes y estudiantes contrarios a la política educativa del Onganiato en la Facultad de Ciencias Exactas, el 29 de julio de 1966. Castex, cuyo padre había sido rector de la UBA, aceptó la misión, tomó té con el hombre de hierro y tuvo la chance de decirle a Onganía que aquel atropello había sido “un disparate”.

—Onganía lo admitió. Yo lo digo, pero nadie lo quiere creer —dice ahora Castex.

En 1981 publicó un libro con sus memorias sobre la época, *El escorial de Onganía*:

—Yo divido a la gente en cúbicos y esféricos. Onganía era cúbico, pero reconocía errores y era honesto —agrega.

Durante esos años (y con el apoyo de Onganía) Castex asumió la dirección del Observatorio de San Miguel y fundó la Comisión Nacional de Estudios Geoheliofísicos.

—Queríamos darle un lugar a todos los profesores expulsados de la Universidad —explica. El paso del tiempo trae algo de picaresca: —Algunos me decían que yo había hecho una lista de Schindler criolla y científica. Entre 1967 y 1970 lo convertí en un reducto subvencionado por Onganía pero lleno de zurdos: todos los científicos de primera línea expulsados de la UBA estaban ahí. Y me peleé con el sector de derecha, que me acusaba con eso del “reducto de zurdos”.

—¿Y era verdad que era un “reducto de zurdos”?

—Era más complejo. Pasaban cosas divertidas ahí... Había tipos de la ultraderecha, como Jorge Klappenbach, que era subsecretario de Onganía y le ponía la *Marcha de la Falange* a los científicos de Meteorología, que le respondían con *La Internacional*. Convivíamos. A muchos hombres de derecha les molestaba que yo dijera que si en la universidad diez tipos son inteligentes, nueve son zurdos y el restante no lo es, pero es bastante tonto.

—¿Y usted cómo se ubica dentro de esos diez?

—Ah, no. Nunca se me ocurrió incluirme...

—En esa época también decían que usted era el confesor de Onganía...

---

## Una antología de no ficción

—Nunca lo fui. Una vez se lo comenté, en broma. Me miró, muy serio, y me dijo: “Yo ya tengo confesor”.

El chiste del confesor no duró demasiado tiempo. En 1970 se terminó todo: Onganía cayó en junio; Castex abandonó a la iglesia a fin de año. Tenía 38 años y era un hombre muy diferente al joven que había soñado con ser jesuita. Tan diferente, que incluso se había hecho peronista.

\*

La primera carta llegó poco tiempo después de la muerte del Padre Juan Bussolini, el director del Observatorio que precedió a Castex. Un fulano escribía de parte de Perón para saber cómo estaba aquel cura a quien había apoyado con subsidios en otra época más feliz.

—Le respondí que el Padre Bussolini había fallecido y le dije a Perón que en el Observatorio se lo recordaba con mucho cariño porque eso era una obra de él — dice Castex. — En mi carta le conté que yo había combatido contra él. Y Perón me respondió. Se ve que le interesaba conocer a un hombre de Onganía.

Lo que no sabía Perón era que Castex podía ser hombre del enemigo, pero en su corazón ya no lo era tanto.

—El peronismo era la doctrina social de la Iglesia con una mezcla de fascismo y algunos ribetes de nacional-socialismo. Y yo tenía entendido que el país no podía funcionar sin peronismo.

A medida que abrazaba al peronismo, Castex abandonaba su lugar en la Iglesia. Poco a poco se iba convirtiendo en un personaje desconocido, en un Castex extraño: un hombre diferente al que había creído que sería.

—Soy un tipo que siempre ha amado la libertad y la independencia —dice, a modo de ilustración, restándole interés a las paradojas de su vida.

Y sin demasiado entusiasmo cuenta que su crisis de fe se dio de golpe, a mediados de 1970. En ese momento partió en su última misión científica a la República Federal de Alemania y aprovechó el aventón para tramitar en Roma su reducción al estado laical. Que era su renuncia.

—Creo que fue una desilusión: me desilusioné de las peleas terribles entre los conservadores y los tercermundistas —explica. —Mi impresión era que si seguía ahí adentro me iban a triturar por estar en el centro. Cuando dije que me iba me ofrecieron el oro y el moro. Desde Monseñor Angelelli, que me ofreció irme con él a La Rioja hasta Monseñor Plaza, que me dijo que si era por un problema de sexo no me preocupara.

Pero el aventón europeo daba para más. Y sus ánimos renovadores también. De vuelta de Roma, Castex aterrizó en Madrid. Destino: Puerta de Hierro. López Rega e Isabelita lo recibían en la puerta del búnker peronista. El General esperaba más adentro. Charlarían un rato, con sus famosos perritos como testigos, y sellarían el encuentro con una foto.

—Me impactó su visión: quería la reunión con Balbín, ya no era el Perón de 1953. Y se identificaba con De Gaulle, a quien veía como un hombre de la tercera posición —dice.

Castex volvió a la Argentina convencido de que el exilio había pulido a su antiguo objetivo y lo había transformado en un estadista.

De regreso, vio sumirse en la clandestinidad a sus compañeros del peronismo de base, se animó a darle asilo do-

---

## Una antología de no ficción

méstico a algunos alumnos montoneros y lloró el secuestro y la desaparición de su amigo Muñiz Barreto, el conspirador Bebé devenido en diputado peronista.

Hasta que, en enero de 1981, llamaron a su puerta. Venían de la División Drogas de la Policía Federal. Castex dirigía entonces en una clínica en el centro.

— Me acusaron de haber recetado anfetamínicos y era verdad: yo era psiquiatra y tenía todo el derecho de hacerlo. Pero había unas recetas truchas, hechas por un secretario mío, y tardé dos años en probarlo. Fue todo una farsa descarada.

Se trataba, en realidad, de un ajuste de cuentas. Algún tiempo atrás había descubierto a dos empleados — un psicólogo y un médico, ambos con vínculos en la Fuerza Aérea — practicando un aborto clandestino en su clínica.

— Los eché y me tuvieron entre ojos.

Por su apoyo al CELS, fundado por Emilio Mignone, sus enemigos recordaron aquel “reducto de zurdos” del Observatorio.

— Los primeros 20 veinte días no tenía idea dónde estaba — sigue. — Era una causa claramente política.

Su segunda experiencia en prisión había comenzado. Su nombre y sus influencias le salvaron la vida y le sirvieron para ocupar una plaza oficial en la cárcel de Devoto. De los dos años que pasaría tras las rejas, Castex recuerda dos cosas: los libros y los prisioneros. Un montonero que había caído por un secuestro extorsivo y que había ido a parar a la biblioteca le pasaba las novelas de Eduardo Mallea, de Mario Vargas Llosa y de Alejo Carpentier, y los libros de historia de José Luis Busaniche.

— Me leí su *Historia Argentina* y confieso que me la afané. “Este libro no lo editan más”, pensé, y fui cortándola en

pedacitos y mandándosela a mi abogado. Cuando salí lo encuaderné de nuevo, ¡pero ya había salido una nueva edición!

Tras las rejas, Castex comenzó a trabajar sobre los presos comunes torturados. Junto a Edgar Sa y Alba Castillo organizó el Servicio de Acción Solidaria Integral con el Detenido (SASID) para luchar desde adentro por los derechos de los detenidos. Y en el medio de aquel recuerdo es cuando asegura aquello de que “la cárcel fue una escuela superior a todas las demás”. Y más:

— Si Cristo es el hermano de miserables como esos que en cualquier momento se podían pelear con vos y convertirte en una empanada es porque eran seres humanos. Yo los quería y cuando me fui juré que iba a hacer todo lo posible para sacar de la cárcel a todos los que pudiera.

Adentro de la cárcel Castex escribió *El país del Minotauro*, una novela de un lenguaje exuberante que denuncia el estado policial de la época.

— La iba sacando en pedazos, con mi abogado, y cuando salí la hice pasar a máquina y la compuse.

En 1983, la novela agotó sus ejemplares.

\*

De nuevo en la calle, Castex, que había elegido la Medicina y la Psiquiatría al colgar la sotana, se acercó a las tareas forenses.

— Cuando estuve preso fui víctima de malos peritajes — explica. — Por eso decidí convertirme yo mismo en perito, para tomar el toro por las astas.

Entonces comenzaron a desfilar los acusados.

---

## Una antología de no ficción

—Los asesinos son enfermos, pero no he conocido a nadie que no se pueda no querer. Incluso, a los tipos jodidos.

Al inicio de la década menemista, la vida de Castex dio un nuevo giro cuando estuvo a punto de ingresar al Cuerpo Médico Forense. Había ganado el concurso por unanimidad para ocupar un lugar en ese órgano de puertas cerradas y sillas exclusivas. Pero el nombramiento tardaba en llegar. Entonces, una pista: la primera Corte Suprema de Menem lo miraba con recelo.

—Creían que yo era peligroso por haber sido ex cura y me dijeron que si no tenía el apoyo de algún obispo poderoso no iba a ser nombrado —recuerda.

Castex se movió rápido: fue a ver a Carlos Corach —por entonces en la Secretaría de Presidencia— y confirmó el rumor. “Las ideas de un ex cura son peligrosas”, le dijo el funcionario. “Nadie va a ir preso si usted es perito”. Castex no se rindió y reclamó a la Corte. Pero un sector conservador le había hecho la cruz. La respuesta: la Corte no está obligada a fundamentar nada.

—Me hicieron un gran favor porque no tuve el ataque al corazón que hubiera tenido y tampoco me prostituí —dice ahora.

En cambio, el incidente elevó su fama como perito. Y entonces llegaron los acusados famosos. Y los clientes insistentes a los que Castex les advierte que su función es garantizar la constitucionalidad de la pericia e iluminar aspectos importantes que el perito oficial no se anime a plantear. Y también los que son asesinos evidentes, esos a los que también examina.

—Yo creo que la culpabilidad no tiene nada que ver.

La función del perito tiene que ver con el derecho a la defensa. Y se cumple con ética y sin mentir.

\*

Muchos de los recuerdos que Castex ha volcado en esta charla están archivados en algunas cajas, arriba de un armario, en su estudio. En esas cajas hay carpetas —prolijamente rotuladas— que guardan cartas escritas por y para Castex, manuscritos de novelas inéditas, trabajos científicos mecanografiados, pericias anónimas, dibujos de sus hijos, informes judiciales que alguna vez fueron de reserva y más. El papel se torna amarillo. Las fotos hablan de los múltiples personajes que ha sido Castex a lo largo de su vida. De los recuerdos sólo quedan los más valiosos.

La mirada penetrante de Castex también puede parecer cansada luego de tanto andar. Parece imposible encontrar el sello que resuma su ondulante camino. ¿Dónde buscar? ¿Dónde tropezarse con el elemento que resuma en sí mismo las luchas políticas, espirituales y humanísticas que libró este soldado de la vida? Cuando Castex dice “*Siddhartha* me impactó” parece que va a agregar un nuevo eslabón a su discurso intelectual. Pero no. *Siddhartha* lo impactó porque es el sello que lo contiene todo. La novela de Hermann Hesse es el elemento que resume el trozo de la historia argentina que vive bajo el nombre de Castex.

—Me lo dio en la cárcel de Devoto un pibe, un pobre negro de arrabal al que habían metido por borracho y por pegarle a la policía, que manguaba grasa y no tenía más que una mina sensacional. “Usted no lo quiere leer porque se lo

---

**Una antología de no ficción**  
recomendé yo, que no soy nadie”, me dijo un día. Y tenía razón. Cuando lo leí me di cuenta de que *Siddhartha* era mi vida: el tipo místico que se refugia en lo religioso y se cansa; que después se refugia en la lujuria y se cansa; y que finalmente cruza con un barco y encuentra la transformación final: la madurez.

— **¿Y usted se refugió en la lujuria?**

— Si vos entrás a la Orden a los 21 años y creés en la virginidad y vivís tu castidad... te hacés mierda, porque la castidad te hace mierda. Cuando salí fui el adolescente que no había sido. En el año anterior a mi casamiento conocí más garitos que en toda mi vida.

— ¿Y cuál era el mejor?

— Frecuentaba uno de San Miguel que se llama El Paraíso. Era un lugar de copas de un japonés que se llamaba Ozú. Iba casi todas las noches. Una vez me encontré en México con un pibe montonero que me dijo que los tipos que me seguían estaban azorados, porque el tipo que había estado con Onganía ahora estaba con los otros... ¡y encima era un fiestero de la gran puta!

— ¿Este Paraíso se parecía al paraíso que usted vislumbraba cuando quería ser cura?

— Creo que era otra forma de paraíso... Hay un psicólogo, Abraham Maslow, un tipo bastante respetado en la década de 1950, que habla de la experiencia pico y llega a asimilar el arte de la creación con el orgasmo y la experiencia mística. Y yo creo, realmente, que él tiene razón.

— Usted pasó por todas esas experiencias.

— Aunque no lo sé racionalmente, lo sé de manera intuitiva. La plenitud de un orgasmo integrado en amor es la

---

**Javier Sinay**  
de una apertura hacia el infinito. Y es la misma sensación que  
tenés en el acto creativo y en el acto místico: una apertura y  
una entrega. Yo las he probado y creo que todas tienen algo en  
común.

*[Publicado en elidentikit.com, el 4 de abril de 2012]*



### Ricardo Ragendorfer, periodista

*El último representante de una legendaria casta de prensa revisa el oficio y explica por qué el mundo de los policiales es más real que el de las secciones de política, deportes o espectáculos.*

“Dagemblomer había descubierto, inesperadamente, casi sin ninguna experiencia previa, unos cuantos meses atrás, que era un gran peleador callejero. A pesar de su corta estatura, de la dimensión mansa a la que te trasladaba su mirada, cuando alzaba los puños era cosa seria, tenías que seguirla hasta matarlo porque el tipo no se rendía”. Dagemblomer es, según anota Enrique Symns en su libro de memorias *El señor de los venenos*, “el periodista Roberto Dagemblomer, más conocido en el ambiente como ‘Patán’.”

Symns —testigo de los excesos de la década del ochenta— no quiere que el nombre de guerra que inventó aleje a la anécdota de su dueño (aunque también cabe la posibilidad de que Symns nunca haya sido bueno para inventar nombres) y lo cierto es que aquél ya no se pelea más, pero todavía es conocido como “Patán”, por su risa, que recuerda a la del perro animado de Hanna-Barbera. Su nombre real es Ricardo Ragendorfer.

—La época que cuenta Symns era bastante divertida. Pero debido a la intensidad de esas noches me quedan pocos recuerdos —dice.

---

## Una antología de no ficción

El campeón de los periodistas policiales ahora toma un café detrás de otro en el bar de la esquina y observa, cada tanto, su reloj. La información corre, como siempre, y Ragendorfer edita la sección “Delitos y pesquisas”, del periódico *Miradas al Sur*, y tiene allí su blog.

Patán no es un periodista más. Autor de varios libros (*La Bonaerense*, junto a Carlos Dutil; *La secta del gatillo*, *A pura sangre* y *Robo y falsificación de obras de arte en Argentina*), es también el único de su generación que puede jactarse de haber sido representado en el cine. Un actor — Jorge Sesán — se puso un sobretodo e interpretó el papel de “Ricardo” en la película *El túnel de los huesos*, donde se cuenta la legendaria fuga del penal de Devoto de 1991, en la que siete presos cavaron un largo conducto desde el hospital de la prisión hasta la calle y encontraron, con horror, los restos óseos de un grupo de presos políticos desaparecidos en la última dictadura.

La nota que Ragendorfer escribió dos años después para la revista *Página/30* lo llevó a ganar el premio Príncipe de Asturias.

— Esa crónica tenía todos los condimentos para ser una historia interesante: era una fuga contada por su principal protagonista con maestría, y por eso la calidad del texto se basaba en la calidad de sus dichos — dice.

El premio era resonante y merecido, pero lo que no podía esperar aquel joven Ragendorfer era que 20 años después el asunto llegara al cine en la ópera prima de su amigo Ignacio Garassino, con quien compartiría trabajo en *El otro lado*, el programa de televisión de Fabián Polosecki en el canal ATC. Sin embargo, el director no eligió contar la historia de la fuga, sino la de la génesis de la nota: por eso *El túnel de los huesos*

es, antes que nada, una película de periodistas. Y después sí, una de presos.

Ragendorfer se convirtió en uno de los pocos testigos vivos de aquella fuga histórica. La mayoría de los presos que la llevaron adelante ya no están entre nosotros. Raúl Taibo interpreta a “Vulcano”, el líder del grupo, que murió en un tiroteo algunos meses después del escape. El único que sigue vivo y coleando es Óscar Hugo Sosa, celebridad del sindicato del crimen, a tal punto que su alias es doble, con nombre y apellido: Cacho la Garza, le dicen.

— Es nuestro Keith Richards — dice Ragendorfer.

En una reciente entrevista, aquel famoso hampón dijo sentirse “el mejor ladrón de la historia de este país” y cuando fue entrevistado por Susana Giménez, a propósito del estreno de la película, opinó que “este muchacho, Ragendorfer, es muy respetado en el ambiente”. Después, al calor de los flashazos de la *avant première* del film y mientras se abrazaba con el periodista, le susurró: “Tenemos que hacer algo juntos, Ricardito”.

— ¡Yo todavía lo estoy pensando...! — dice Ragendorfer ahora, y se ríe como Patán.

El periodista Osvaldo Aguirre también habló de Patán. Los dos comparten la misma pasión por la obra de Gustavo Germán González, el mítico GGG, cronista de policiales en el diario *Crítica* y secreto mejor guardado del periodismo nacional, sólo celebrado en el mundillo de la tinta roja. Ragendorfer descubrió a GGG con el librito *El hampa porteña*, que encontró en un kiosco de revistas al que iba a leer a la salida de la escuela; Aguirre en cambio lo celebró con una trilogía de novelas publicadas en la colección Negro Absoluto, que lo tienen por protagonista.

---

## Una antología de no ficción

Aguirre dice que hoy, cuando el periodismo se ha convertido en una máquina poco romántica, apenas un solo periodista le recuerda a GGG, y ese es Ricardo Ragendorfer.

—Él sigue siendo un cronista, sigue en la calle y todavía mantiene una conciencia del oficio y de la tradición —dice Aguirre. —No es casual que titule a uno de sus libros *La secta del gatillo*, como una serie de notas policiales de Rodolfo Walsh, o que duplique el gesto de GGG de colarse en una autopsia caliente, haciéndolo en la del cantante Rodrigo.

—Pero si me atraso tres meses en las expensas se va todo al tacho, por más que ocupe algún lugar en el periodismo —se desmarca Patán. —Uno no tiene una estrategia *a priori*: hace lo que le sale y de pronto se encuentra en lugares donde uno no esperaba estar y se encuentra ausente de otros donde sí pensaba estar. Lo que sí me parece correcto es hablar de las influencias: yo sí leí y amé durante mi infancia y adolescencia a GGG; a Fray Mocho y a Juan José de Soiza Reilly; a Roberto Arlt, cuya crónica “He visto morir”, del fusilamiento de Severino Di Giovanni, es la más bella que se ha escrito en este país, la más profunda, la más triste y también la que está más llena de vida; a Rodolfo Walsh y a Emilio Petcoff; y por último a Cacho Novoa, maestro de cuerpo presente con quien trabajé en el viejo diario *Sur* y aprendí el modo de ver para hacer policiales en serio.

Todo había empezado, en realidad, con algo de ruido. El joven Ragendorfer, militante montonero de la facultad de Ciencias Económicas, se hallaba exiliado en México D.F., donde vivía entre argenmex y proscritos, y había conseguido un decibelímetro en el Instituto Alemán de la Sordera. Con ese aparato llegó a la redacción de *Interviú*, donde Carlos Ulano-

vsky lo mandó a hacer una nota sobre el ruido de la ciudad. Después vino la segunda, en una secta. “Quiero que hagamos una nota sobre estos tipos, pero no sé cómo entrarles”, le decía Ulanovsky. “Entrando”, le propuso Ragendorfer.

—Y así fue como me metí como alumno, pero en realidad era un periodista infiltrado — dice.

—Patán era un tipo muy audaz y comprometido, que trataba de entender la realidad en la que estábamos viviendo — recuerda ahora Ulanovsky. — Así fue que inmediatamente empezó a hacer notas importantes.

Patán también se convirtió en el lazarillo nocturno del director de la revista, Pedro Álvarez del Villar, una celebridad del periodismo latinoamericano que cada noche terminaba emborrachándose en un cabaret antes de que su joven escudero le mojara la oreja con limón, lo metiera en un taxi y se lo entregara a su esposa.

Y volvió a la Argentina en 1982.

—Yo, que carecía de educación, descubrí a partir de aquella primera nota que era periodista y que me gustaba — asegura. — Ésa era la única manera de que me pagaran por escribir y la más divertida de ser pobre: en el periodismo, ir a la oficina es vivir cada día una aventura diferente.

De ahí a la sección de policiales había apenas un paso para alguien que leía novelas negras sin parar y que se sumergía antes que nada en las páginas sangrientas de los diarios baratos.

— Ese mundo era y sigue siendo más real que el que cubren en la sección de política, de deportes y de espectáculos: nuestros personajes son seres humanos que llegan a un límite desgraciado. Y me fue llamando la atención, cada vez

---

**Una antología de no ficción**  
más, el pequeño detalle humorístico de esas situaciones y las historias de vida que siempre se desnudaban por detrás. Así, y con un costo altísimo, el caso Candela instaló la figura de Carola, la madre.

Este periodista, que vivió como editor la mediatización afiebrada de aquel resonante crimen, también tiene palabras para analizar lo que pasó en esa semana trágica:

—Más allá de su vergonzoso instinto de vampirizarlo todo, en el caso Candela el periodismo actuó dentro de una estrategia policial. La cana tiraba migajas que los periodistas convertían en primicias fugaces, pero el objetivo era ajeno. En consecuencia, y más allá de la vergonzosa vampirización de la que ya hablé, acá hubo algo todavía peor: el periodismo dejó de responder a su función de registro de la primera versión de la historia para convertirse en una parte miserable de ella. ¡Y además la cana no le había pedido tanto!

Tal vez por todas esas cosas de las que habla, Ragen-dorfer no quiere poner su fina pluma al servicio de la imaginación. Es que la realidad criminal argentina le muestra situaciones que le interesan más que las de la ficción.

—Si viviera en Suiza, tal vez me dedicara a la ficción, pero ¿hacerlo acá? Vamos... ¡Sería un desperdicio!

*[Publicado en elidentikit.com, el 15 de diciembre de 2011]*

## Eugenio Zappietro (a) Ray Collins: historia e historieta del crimen

*El director del Museo Policial es, también, un célebre guionista de cómics que se codeó con Pratt y con Oesterheld.*

La lucha eterna entre la ley y el hampa se da más allá, no muy lejos, en los varios metros cuadrados del Museo Policial. Pero en la oficina del director todo está bajo control. El comisario inspector Eugenio Zappietro, que ocupa el puesto de jefe de la División Museo Policial e Investigaciones Históricas, cuenta que el proyecto del Museo se inició en 1892 y que recién se concretó en 1899, pocos años después de la inauguración del museo de Scotland Yard, que es el más antiguo del mundo. Durante más de un siglo, algunas de las esquirlas de aquella guerra entre la ley y el hampa han encontrado su destino final detrás de estas vitrinas. Aquí, en el séptimo piso de San Martín 353, se encuentran —entre muchas otras piezas— los revólveres de Severino Di Giovanni; la cédula de identidad número 1, otorgada en 1907 a José Rossi; los célebres restos descuartizados de François Farbos, de Alcira Metygher, de Virginia Donatelli y de Arturo Conrado Schneider, todos reproducidos en yeso; y una carterita de hilo tejida por el vindicador Simón Radowitzky. Los retratos custodian las amplias salas: los de Evaristo Meneses y José Sixto Álvarez —también conocido como Fray Mochó—, pero también el Petiso Orejudo.

---

## Una antología de no ficción

El director del Museo es uno de los autores del libro que cuenta la historia de la Policía Federal desde el año 1580, pero sus ojos, que brillan por detrás de un par de lentes gruesos, chispean también con la llama del cómic: Zappietro es un héroe oculto de la historieta nacional. Zappietro es Ray Collins, el guionista de mil y una series que despuntaron entre los años 60 y los 80.

Algunas de las piezas de Ray Collins deberían ingresar, también, en un museo: fueron publicadas en las revistas más exitosas de la Editorial Columba (*El Tony*, *Fantasia* y *D'Artagnan*), que vendían unos 250 mil ejemplares por semana a mediados de la década de 1970, y también fueron firmadas con otros pseudónimos, que las hacen imposible de compilar. Zappietro publicó sus historias en miles de páginas. Guionó las series de *Joe Gatillo*, *Johnny Rosco*, *Garret*, *Los Vikingos*, *Larry Mannino*, *El Cobra*, *Skorpio*, *Henda*, *Mandy Riley*, *Black Soldier*, *Larrigan*, *El Corso*... Firmó fotonovelas en las revistas *Leoplán*, *Vosotras* y *Para Ti*. Y escribió algunas novelas. Una de ellas, *Tiempo de morir*, fue finalista en el Premio Planeta de España, en 1967.

Pero su obra máxima es *Precinto 56*, "una de policías" protagonizada por el sargento Zero Galván, que el italiano Hugo Pratt —creador del *Corto Maltés* y leyenda del cómic mundial— le encargó el día en que *Garret*, una de cowboys, se le antojó triste y amarga.

"Hacete una policial", le dijo Pratt, que entonces vivía en la Argentina y dirigía la revista *Misterix*. "¿Pero cómo la querés?", preguntó Zappietro, sorprendido. "Vos sabés bien cómo la quiero".

Basado en la música de la serie *La ciudad desnuda*, que a su vez venía de una película de 1948 con Barry Fitzgerald, que

a su recontravez se había inspirado en un libro de fotografías del reportero Weegee, de 1945, Zappietro hizo *Precinto 56*, “que curiosamente es el único precinto que no hay en Nueva York, pero eso yo lo descubrí después, porque a Nueva York nunca fui”, dice ahora, detrás de su escritorio, en el Museo Policial.

—¿Usó algo de su experiencia policial para escribir *Precinto 56*?

—Si le dijera que no sería mentira. Porque después de diez años de comisaría, uno se impregna de lo que pasa. A uno le llega de todo y se convierte en un psicólogo aficionado que sabe de los comportamientos humanos y se da cuenta, cuando alguien le hace denuncia, de lo que es verdad y de lo que es mentira.

\*

Si Pratt fue “uno de los más grandes guionistas”, Héctor Germán Oesterheld fue, para Zappietro, “un poeta”. Y además, autor de *Mort Cinder*, una de las obras preferidas del comisario.

—Yo tuve la suerte de conocer al Viejo, como le decíamos cariñosamente —dice Zappietro—. —Y he tenido conversaciones con él de las que aprendí mucho. Por ejemplo, a trabajar los personajes por dentro, algo que se nota mucho en *Ernie Pike*.

Ray Collins continuó algunas historias del creador de *El Eternauta*, antes y también después de que aquél —que militaba en Montoneros— fuera secuestrado, en el oscuro otoño de 1977: *Santos Palma*, *Loco Sexton*, *El Indio Suárez* y *Nekrodamus* fueron algunas.

—Me quedo con la integridad de sus personajes, con eso de que no se venden —dice—. —Porque hay un poco de

idealismo en la historieta: todavía creemos en la palabra dada y en la dignidad.

Hacia 1978 se supone que Oesterheld fue asesinado. A Zappietro se le nublan sus ojos azules.

—Eso fue un misterio, y no lo digo para sacarme el peso de encima. Pratt me preguntó en ese momento si sabía algo y yo le dije que no sabía cómo había sido, ni quién. Porque el “quién” podría parecer fácil de saber. Y sin embargo no lo pude saber. Vivíamos en un tiempo difícil, en una olla a presión. Qué encrucijada... Oesterheld por un lado, yo por el otro. Parecía una encrucijada digna de una novela de Graham Greene, pero fue en serio y terrible. El desastre era cuestión de todos los días. Y no hay nada peor que la muerte real.

\*

Hace poco, el comisario, que es del '36, festejó los cincuenta años de su primera historieta publicada. Un par más lleva, incluso, de vida policial.

—Le daba a mi trabajo de policía la misma intensidad que al de escritor de la editorial Abril, donde trabajé unos cuantos años —dice.

En un momento los planetas se alinearon y pasó a trabajar en el área de comunicación de la Federal y a dirigir la revista *Mundo Policial* en horas francas de servicio (un *hobbie* que duró quince años).

—Usted me pregunta por mi capacidad de trabajo. Tengo un privilegio: a los once años mi padre me envió a las Academias Pitman. Egresé dando las cincuenta palabras que había que dar en el examen, entre cuarenta y cinco y cincuenta palabras por minuto. Pagaba tres pesos por mes. Estudié

once meses. Todo esto me costó treinta y tres pesos. Y llegó un momento en el que aprendí a pensar a máquina, como un automatismo.

Así, a máquina, estará pensando su nuevo libro, una novela de *Precinto 56* que todavía no está terminada. Así también habrá elaborado su historia anterior: un policial —que todavía no llegó a corrección— ambientado en la Buenos Aires de la fiebre amarilla, en 1870.

— A veces escribir es una necesidad, aunque no publique lo que haga — dice Zappietro.

La charla continuará durante algún rato. El director del museo se irá por las ramas, trazará firuletes discursivos y volverá al tema principal. Hablará de detectives legendarios (y reales) y de dibujantes inolvidables. De la vocación y de la inspiración. De la bohemia y del servicio. Y en un momento, antes de contar que en 1959 el director de la editorial Abril le dijo: “Búsquese un nombre de fantasía, en lo posible que sea americano o inglés”, porque estaba a punto de entregarle la historieta *Joe Gatillo* y el guionista debía llevar un nombre anglosajón (y así apareció, prístino e imprevisible, el pseudónimo de “Ray Collins”); antes de desembuchar toda esa historia, entonces, será cuando Zappietro se acomode los lentes, espante a los fantasmas hampones del Museo Policial de un manotazo y reflexione sobre el oficio que lo ha convertido en un policía diferente.

— Uno escribe porque hay algo que no puede explicar — dirá. — Porque ahí, en algún lugar suyo, hay un misterio que contar.

[Publicado en *elidentikit.com*, el 4 de enero de 2011]



## Pequeño cuento chino de verano

*Acusado de pertenecer a la mafia, Shu Xi Lin fue detenido bajo cargos de extorsión y amenazas, pero recuperó su libertad cinco días después.*

Seis chinos fueron capturados el domingo 27 de febrero a las tres de la mañana. Y un dominicano.

No se lo esperaban, pero la DDI de San Martín y la UFI número 8 del mismo distrito les venían siguiendo los pasos desde hacía algunos días. A mediados de febrero se habían recibido diez denuncias de extorsión y amenazas en supermercados chinos de la zona. Algunos comerciantes tuvieron el coraje para aportar datos concretos, cosa que ocurre más bien poco. Con eso —y la última amenaza que recibió uno de ellos, incluso teniendo custodia: alguien le dejó un papel con una bala pegada— la policía pudo devolverle al menos un golpe a la mafia china.

Mientras en distintos estratos de la colectividad china y de la Justicia argentina se discute si “mafia” es el término adecuado para referirse a los grupos pequeños y autónomos que operan, las extorsiones son cada vez más frecuentes. Y nadie parece entender de qué se trata todo esto.

El operativo del domingo 27 metió a ciento veinte policías en trece domicilios para detener a los siete acusados cuyos teléfonos habían sido espiados con el programa VAIC,

---

## Una antología de no ficción

Vínculos por Análisis Informático de las Comunicaciones. Los vigilantes cantaron bingo cuando vieron que además se iban a llevar ferretería importada: secuestraron una Magnum .357, un revólver .32, una pistola Gerincoch .40 y dos pistolas Bersa .22. Y también un Toyota Corolla, treinta celulares, quince computadoras y 150 mil pesos.

Un par de días más tarde, algunos de los detenidos son liberados cuando demuestran que, en un principio, no son parte de ninguna asociación ilícita, sino apenas, amigos o parientes de los pocos detenidos que parecen más comprometidos.

En un supermercado del barrio de Lomas del Mirador, Shu Xi Lin, uno de los liberados, parece feliz de la vida, aunque se ha quedado sin empleados. Se fueron mientras estuvo detenido y ahora debe atender solo.

—No soy de la mafia. Todo mentira. Trabajé cuatro años sin parar; sólo cinco días de descanso —dice, refiriéndose a su paso por el calabozo, con un español difícil, pero ávido por limpiar su nombre.

El lenguaje es poder: en promedio, a un chino le lleva siete años aprender español. Shu cuenta que era maestro en China y que ahora vive bien con su negocio, aunque ya ha padecido “dos saqueos”. Pero no fueron saqueos, sino robos. En la memoria colectiva argenchina, diciembre de 2001 permanece inalterable.

—Todo mentira... —insiste, mientras abre una lata de Speed y observa con satisfacción que la gente vuelve a entrar a su comercio, como antes.

*[Publicado en elidentikit.com, el 16 de marzo de 2011]*

**JAVIER SINAY** es periodista. Además de *Los crímenes de Moisés Ville*, publicó los libros *Sangre joven. Matar y morir antes de la adultez* (Tusquets, 2009), que mereció el Premio Rodolfo Walsh en la XXIII Semana Negra de Gijón; *100 crímenes resonantes que conmovieron a la sociedad argentina* (Planeta, 2010, en coautoría con Norberto Chab); y la nouvelle *El que a hierro mata* (sigueleyendo.es, 2011).

Sus textos han aparecido en los diarios *Clarín* y *Crítica* de la Argentina, y en las revistas *Rolling Stone*, *Ñ*, *Orsai*, *El Guardián*, *Hombre*, *TXT*, *Gatopardo* y *Zona de obras*, entre otras; e integró los equipos de producción de los programas de televisión *Forenses*, *Fiscales* y *Ser Urbano*.

Ganó tres Premios Perfil a la Excelencia Periodística, un Premio TEA y un premio del Fondo Nacional de las Artes por la revista *Estrella de la Argentina*, que editó junto a Julián Gorodischer. Estudió Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Buenos Aires.





Este libro se imprimió en la Ciudad de México en  
el mes de abril del año 2016.

Distribución gratuita.

Queda prohibida su venta.  
Todos los derechos reservados.